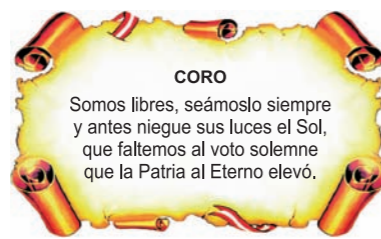


SÍMBOLOS DE LA PATRIA



Bandera Nacional



CORO
Somos libres, seámoslo siempre
y antes niegue sus luces el Sol,
que faltemos al voto solemne
que la Patria al Eterno elevó.

Himno Nacional



Escudo Nacional

DECLARACIÓN UNIVERSAL DE LOS DERECHOS HUMANOS

El 10 de diciembre de 1948, la Asamblea General de las Naciones Unidas aprobó y proclamó la Declaración Universal de Derechos Humanos, cuyos artículos figuran a continuación:

Artículo 1

Todos los seres humanos nacen libres e iguales en dignidad y derechos y, (...) deben comportarse fraternalmente los unos con los otros.

Artículo 2

Toda persona tiene los derechos y libertades proclamados en esta Declaración, sin distinción alguna de raza, color, sexo, idioma, religión, opinión política o de cualquier otra índole, origen nacional o social, posición económica, nacimiento o cualquier otra condición. Además, no se hará distinción alguna fundada en la condición política, jurídica o internacional del país o territorio de cuya jurisdicción dependa una persona (...).

Artículo 3

Todo individuo tiene derecho a la vida, a la libertad y a la seguridad de su persona.

Artículo 4

Nadie estará sometido a esclavitud ni a servidumbre; la esclavitud y la trata de esclavos están prohibidas en todas sus formas.

Artículo 5

Nadie será sometido a torturas ni a penas o tratos crueles, inhumanos o degradantes.

Artículo 6

Todo ser humano tiene derecho, en todas partes, al reconocimiento de su personalidad jurídica.

Artículo 7

Todos son iguales ante la ley y tienen, sin distinción, derecho a igual protección de la ley. Todos tienen derecho a igual protección contra toda discriminación que infrinja esta Declaración (...).

Artículo 8

Toda persona tiene derecho a un recurso efectivo, ante los tribunales nacionales competentes, que la ampare contra actos que violen sus derechos fundamentales (...).

Artículo 9

Nadie podrá ser arbitrariamente detenido, preso ni desterrado.

Artículo 10

Toda persona tiene derecho, en condiciones de plena igualdad, a ser oída públicamente y con justicia por un tribunal independiente e imparcial, para la determinación de sus derechos y obligaciones o para el examen de cualquier acusación contra ella en materia penal.

Artículo 11

1. Toda persona acusada de delito tiene derecho a que se presuma su inocencia mientras no se pruebe su culpabilidad (...).
2. Nadie será condenado por actos u omisiones que en el momento de cometerse no fueron delictivos según el Derecho nacional o internacional. Tampoco se impondrá pena más grave que la aplicable en el momento de la comisión del delito.

Artículo 12

Nadie será objeto de injerencias arbitrarias en su vida privada, su familia, su domicilio o su correspondencia, ni de ataques a su honra o a su reputación. Toda persona tiene derecho a la protección de la ley contra tales injerencias o ataques.

Artículo 13

1. Toda persona tiene derecho a circular libremente y a elegir su residencia en el territorio de un Estado.
2. Toda persona tiene derecho a salir de cualquier país, incluso el propio, y a regresar a su país.

Artículo 14

1. En caso de persecución, toda persona tiene derecho a buscar asilo, y a disfrutar de él, en cualquier país.
2. Este derecho no podrá ser invocado contra una acción judicial realmente originada por delitos comunes o por actos opuestos a los propósitos y principios de las Naciones Unidas.

Artículo 15

1. Toda persona tiene derecho a una nacionalidad.
2. A nadie se privará arbitrariamente de su nacionalidad ni del derecho a cambiar de nacionalidad.

Artículo 16

1. Los hombres y las mujeres, a partir de la edad núbil, tienen derecho, sin restricción alguna por motivos de raza, nacionalidad o religión, a casarse y fundar una familia (...).
2. Sólo mediante libre y pleno consentimiento de los futuros esposos podrá contraerse el matrimonio.
3. La familia es el elemento natural y fundamental de la sociedad y tiene derecho a la protección de la sociedad y del Estado.

Artículo 17

1. Toda persona tiene derecho a la propiedad, individual y colectivamente.
2. Nadie será privado arbitrariamente de su propiedad.

Artículo 18

Toda persona tiene derecho a la libertad de pensamiento, de conciencia y de religión (...).

Artículo 19

Todo individuo tiene derecho a la libertad de opinión y de expresión (...).

Artículo 20

1. Toda persona tiene derecho a la libertad de reunión y de asociación pacíficas.
2. Nadie podrá ser obligado a pertenecer a una asociación.

Artículo 21

1. Toda persona tiene derecho a participar en el gobierno de su país, directamente o por medio de representantes libremente escogidos.
2. Toda persona tiene el derecho de acceso, en condiciones de igualdad, a las funciones públicas de su país.
3. La voluntad del pueblo es la base de la autoridad del poder público; esta voluntad se expresará mediante elecciones auténticas que habrán de celebrarse periódicamente, por sufragio universal e igual y por voto secreto u otro procedimiento equivalente que garantice la libertad del voto.

Artículo 22

Toda persona (...) tiene derecho a la seguridad social, y a obtener, (...) habida cuenta de la organización y los recursos de cada Estado, la satisfacción de los derechos económicos, sociales y culturales, indispensables a su dignidad y al libre desarrollo de su personalidad.

Artículo 23

1. Toda persona tiene derecho al trabajo, a la libre elección de su trabajo, a condiciones equitativas y satisfactorias de trabajo y a la protección contra el desempleo.
2. Toda persona tiene derecho, sin discriminación alguna, a igual salario por trabajo igual.
3. Toda persona que trabaja tiene derecho a una remuneración equitativa y satisfactoria, que le asegure, así como a su familia, una existencia conforme a la dignidad humana y que será completada, en caso necesario, por cualesquiera otros medios de protección social.
4. Toda persona tiene derecho a fundar sindicatos y a sindicarse para la defensa de sus intereses.

Artículo 24

Toda persona tiene derecho al descanso, al disfrute del tiempo libre, a una limitación razonable de la duración del trabajo y a vacaciones periódicas pagadas.

Artículo 25

1. Toda persona tiene derecho a un nivel de vida adecuado que le asegure, así como a su familia, la salud y el bienestar, y en especial la alimentación, el vestido, la vivienda, la asistencia médica y los servicios sociales necesarios; tiene asimismo derecho a los seguros en caso de desempleo, enfermedad, invalidez, vejez y otros casos de pérdida de sus medios de subsistencia por circunstancias independientes de su voluntad.
2. La maternidad y la infancia tienen derecho a cuidados y asistencia especiales. Todos los niños, nacidos de matrimonio o fuera de matrimonio, tienen derecho a igual protección social.

Artículo 26

1. Toda persona tiene derecho a la educación. La educación debe ser gratuita, al menos en lo concerniente a la instrucción elemental y fundamental. La instrucción elemental será obligatoria. La instrucción técnica y profesional habrá de ser generalizada; el acceso a los estudios superiores será igual para todos, en función de los méritos respectivos.
2. La educación tendrá por objeto el pleno desarrollo de la personalidad humana y el fortalecimiento del respeto a los derechos humanos y a las libertades fundamentales; favorecerá la comprensión, la tolerancia y la amistad entre todas las naciones y todos los grupos étnicos o religiosos; y promoverá el desarrollo de las actividades de las Naciones Unidas para el mantenimiento de la paz.
3. Los padres tendrán derecho preferente a escoger el tipo de educación que habrá de darse a sus hijos.

Artículo 27

1. Toda persona tiene derecho a tomar parte libremente en la vida cultural de la comunidad, a gozar de las artes y a participar en el progreso científico y en los beneficios que de él resulten.
2. Toda persona tiene derecho a la protección de los intereses morales y materiales que le correspondan por razón de las producciones científicas, literarias o artísticas de que sea autora.

Artículo 28

Toda persona tiene derecho a que se establezca un orden social e internacional en el que los derechos y libertades proclamados en esta Declaración se hagan plenamente efectivos.

Artículo 29

1. Toda persona tiene deberes respecto a la comunidad (...).
2. En el ejercicio de sus derechos y en el disfrute de sus libertades, toda persona estará solamente sujeta a las limitaciones establecidas por la ley con el único fin de asegurar el reconocimiento y el respeto de los derechos y libertades de los demás, y de satisfacer las justas exigencias de la moral, del orden público y del bienestar general en una sociedad democrática.
3. Estos derechos y libertades no podrán en ningún caso ser ejercidos en oposición a los propósitos y principios de las Naciones Unidas.

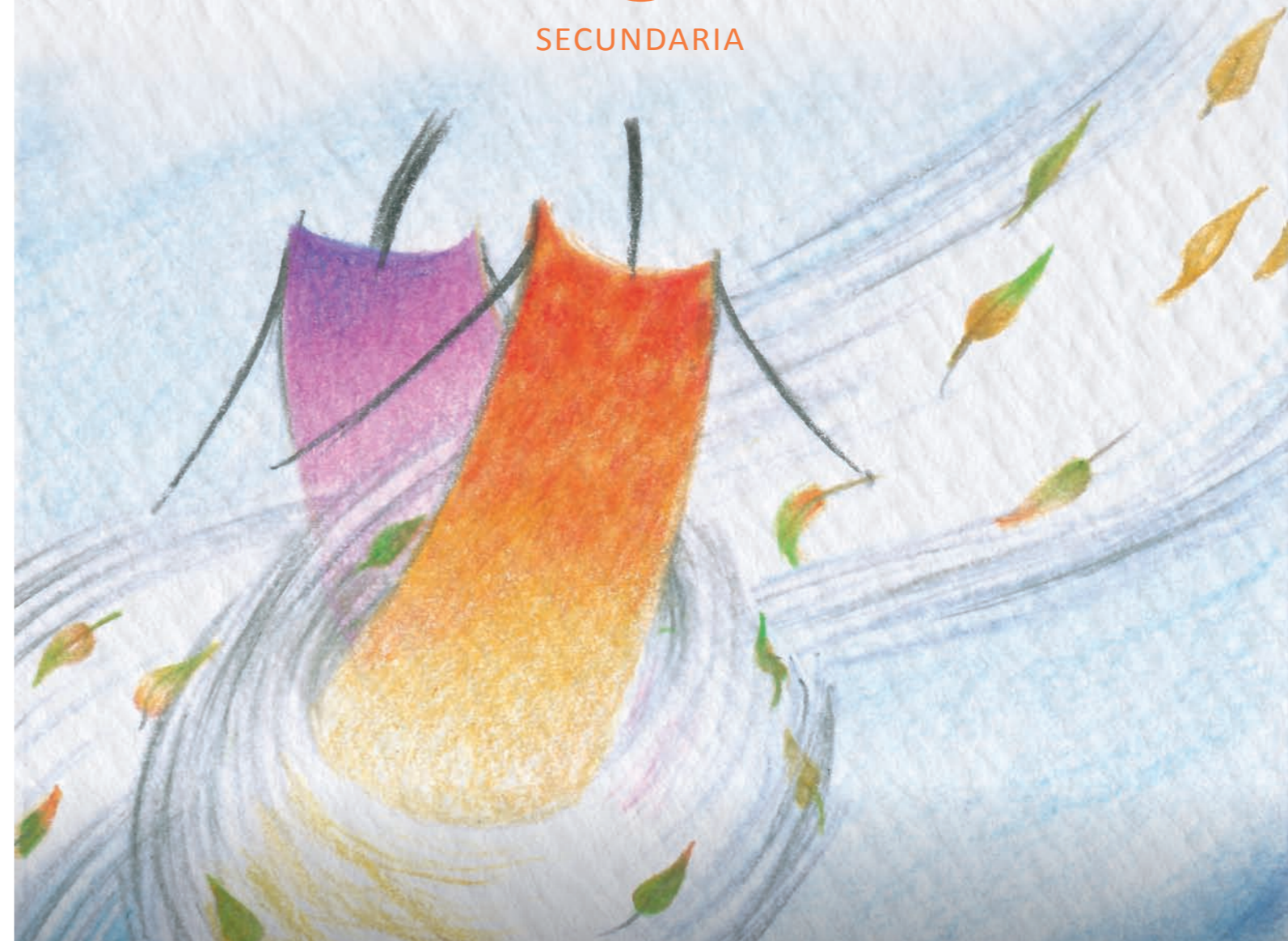
Artículo 30

Nada en la presente Declaración podrá interpretarse en el sentido de que confiere derecho alguno al Estado, a un grupo o a una persona, para emprender y desarrollar actividades (...) tendientes a la supresión de cualquiera de los derechos y libertades proclamados en esta Declaración.

Antología literaria

5

SECUNDARIA



MINISTERIO DE EDUCACIÓN

EL ACUERDO NACIONAL

El 22 de julio de 2002, los representantes de las organizaciones políticas, religiosas, del Gobierno y de la sociedad civil firmaron el compromiso de trabajar, todos, para conseguir el bienestar y desarrollo del país. Este compromiso es el Acuerdo Nacional.

El acuerdo persigue cuatro objetivos fundamentales. Para alcanzarlos, todos los peruanos de buena voluntad tenemos, desde el lugar que ocupemos o el rol que desempeñemos, el deber y la responsabilidad de decidir, ejecutar, vigilar o defender los compromisos asumidos. Estos son tan importantes que serán respetados como políticas permanentes para el futuro.

Por esta razón, como niños, niñas, adolescentes o adultos, ya sea como estudiantes o trabajadores, debemos promover y fortalecer acciones que garanticen el cumplimiento de esos cuatro objetivos que son los siguientes:

1. Democracia y Estado de Derecho

La justicia, la paz y el desarrollo que necesitamos los peruanos sólo se pueden dar si conseguimos una verdadera democracia. El compromiso del Acuerdo Nacional es garantizar una sociedad en la que los derechos son respetados y los ciudadanos viven seguros y expresan con libertad sus opiniones a partir del diálogo abierto y enriquecedor; decidiendo lo mejor para el país.

2. Equidad y Justicia Social

Para poder construir nuestra democracia, es necesario que cada una de las personas que conformamos esta socie-

dad, nos sintamos parte de ella. Con este fin, el Acuerdo promoverá el acceso a las oportunidades económicas, sociales, culturales y políticas. Todos los peruanos tenemos derecho a un empleo digno, a una educación de calidad, a una salud integral, a un lugar para vivir. Así, alcanzaremos el desarrollo pleno.

3. Competitividad del País

Para afianzar la economía, el Acuerdo se compromete a fomentar el espíritu de competitividad en las empresas, es decir, mejorar la calidad de los productos y servicios, asegurar el acceso a la formalización de las pequeñas empresas y sumar esfuerzos para fomentar la colocación de nuestros productos en los mercados internacionales.

4. Estado Eficiente, Transparente y Descentralizado

Es de vital importancia que el Estado cumpla con sus obligaciones de manera eficiente y transparente para ponerse al servicio de todos los peruanos. El Acuerdo se compromete a modernizar la administración pública, desarrollar instrumentos que eliminen la corrupción o el uso indebido del poder. Asimismo, descentralizar el poder y la economía para asegurar que el Estado sirva a todos los peruanos sin excepción.

Mediante el Acuerdo Nacional nos comprometemos a desarrollar maneras de controlar el cumplimiento de estas políticas de Estado, a brindar apoyo y difundir constantemente sus acciones a la sociedad en general.

MINISTERIO DE EDUCACIÓN
Dirección de Educación Secundaria

Antología literaria

5



MINISTERIO DE EDUCACIÓN

Título: Antología literaria 5

Ministerio de Educación
Calle Del Comercio N.º 193, San Borja
Lima 41, Perú
Teléfono: 615-5800
www.minedu.gob.pe

Primera edición: 2015
Segunda edición: junio de 2017
Tiraje: 388 419 ejemplares

Coordinadora
Karen Coral Rodríguez

Antologadores
Marco Bassino Pinasco
Marcel Velázquez Castro

Asistente pedagógica
Sara Vela Alfaro

Editor
Alfredo Acevedo Nestárez

Recopiladores de textos
Elizabeth Lino Cornejo
Agustín Prado Alvarado

Ilustrador
Oscar Casquino Neyra

Diseñadora y diagramadora
Hungria Alipio Saccatoma

Revisión de contenidos para la segunda edición
María Susana Ricalde Zamudio

Impreso en el Perú / *Printed in Peru*

Consortio Corporación Gráfica Navarrete S.A.; Amauta Impresiones Comerciales S.A.C.; Metrocolor S.A.
Se terminó de imprimir en setiembre del 2017, en los talleres gráficos de Amauta Impresiones Comerciales S.A.C.,
sito en Juan del Mar y Bernedo 1298 - Lima.

© Ministerio de Educación
Todos los derechos reservados. Prohibida la reproducción de este libro por cualquier medio, total o parcialmente, sin
permiso expreso de los editores.

Hecho el Depósito Legal en la Biblioteca Nacional del Perú
N.º 2017-10997

En esta antología, se ha optado por emplear términos en masculino para referirse a los géneros de las personas. Esta
medida no implica faltar el respeto que todos los seres humanos merecemos.
Asimismo, en los relatos, cuentos y poemas se ha respetado el uso de las variedades regionales del castellano
cuando, por voluntad del narrador o autor, el texto original lo propone.
Por último, se está aplicando la normativa ortográfica vigente del español, publicada el año 2010.

ÍNDICE

PRESENTACIÓN.....	5
INTRODUCCIÓN.....	6
EL CABULIWALLAH	10
Rabindranath Tagore	
CABALLOS DE MEDIANOCHE	16
Guillermo Niño de Guzmán	
NO OYES LADRAR LOS PERROS	23
Juan Rulfo	
EMMA ZUNZ	26
Jorge Luis Borges	
CALIXTO GARMENDIA	30
Ciro Alegría	
FUTURO ANUNCIADO	34
Giovanna Pollarolo	
MATERNIDAD	35
Rocío Silva Santisteban	
ACTIVIDADES	36
ÁNGEL DE OCONGATE	44
Edgardo Rivera Martínez	
ROSAMUNDA	46
Carmen Laforet	
AUSENCIA	49
Cristina Fernández Cubas	
LA VIDA ES SUEÑO	58
Pedro Calderón de la Barca	
ACTIVIDADES	60
LOS FUGITIVOS	66
Alejo Carpentier	
UN HOMBRE LLAMADO ZIEGLER	75
Hermann Hesse	
LA AGONÍA DE RASU-ÑITI	79
José María Arguedas	
EL BÚHO QUE SE CONVIRTIÓ EN SER HUMANO	87
Tradición oral chayahuita	
ACTIVIDADES	89
LA LAGUNA	94
Joseph Conrad	
SANGRE EN LA BOCA	105
Milagros Socorro	
ENTONCES EN LAS AGUAS DE CONCHÁN (verano 1978)	111
Antonio Cisneros	

VENID A VER EL CUARTO DEL POETA	113
César Calvo	
EL ACHIQUEÉ	114
Tradición oral de Taricá	
LA SISIMIQUE Y EL HOMBRE	116
Tradición oral de Nicaragua	
ACTIVIDADES	117
GARCÍA MÁRQUEZ Y YO	122
Jorge Ninapayta de la Rosa	
EN EL BOSQUE	125
Ryunosuke Akutagawa	
PREGUNTAS DE UN OBRERO QUE LEE	133
Bertolt Brecht	
YA PUSE ESTOS VERSOS COMO RAMAS DE OLIVO...	134
Enrique Verástegui	
POSESIÓN	136
Gabriel Celaya	
A LA POESÍA	137
Leopoldo Chariarse	
LA CAPILLA ALDEANA	138
Vicente Huidobro	
EL GUARDIÁN DEL HIELO	139
José Watanabe	
ACTIVIDADES	140
UN ARTISTA DEL TRAPECIO	146
Franz Kafka	
PARECE TAN DULCE	149
Rosa Montero	
YO VI GÜJES	153
Tradición oral de Cuba	
ACTIVIDADES	154
HE DEJADO DESCANSAR TRISTEMENTE MI CABEZA...	158
Emilio Adolfo Westphalen	
PRIMERA MUERTE DE MARÍA	160
Jorge Eduardo Eielson	
EL FÉRETRO AMBULANTE	162
Tradición oral de Ayaviri	
EL MONJE DE LAS CATACUMBAS DE LA IGLESIA DE LA PUNTA	163
Tradición oral de Pomalca	
ACTIVIDADES	165
REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS	167

PRESENTACIÓN

Para Jorge Luis Borges el libro era un instrumento asombroso. Decía que la humanidad había inventado muchos instrumentos que eran extensiones de su cuerpo: el telescopio era extensión de sus ojos; el teléfono, de sus oídos; el arado, de sus brazos. Pero el libro..., el libro era una extensión de su memoria e imaginación.

Así, en la antología que tienes en las manos, varios escritores y escritoras han extendido su imaginación y han creado historias que te llevarán a varios países, te trasladarán al pasado o te sumergirán en mundos fantásticos de los que saldrás transformado. En sus escritos te asomará al amor de la madre que gesta, verás a través de los ojos de una mujer enajenada o vivirás la angustia de un padre por el destino de sus hijos.

Al emprender la lectura de sus páginas, comprobarás que este no es un libro más, sino la prolongación de un acto creativo que te alcanza, te abraza, te rodea... Tal vez te hagas preguntas sobre lo que habrás de iniciar. Imaginamos algunas y aquí vamos con ellas y sus respuestas:

¿Tengo que leer todos los textos?

Lee los textos que quieras. Lee los textos que te atraigan. No todas las lecturas son para todos.

Una vez que he comenzado una lectura, ¿debo terminarla?

Las lecturas de esta colección están aquí para que las disfrutes. Ante la primera dificultad, no abandones, dales a la historia y a sus personajes una oportunidad de convencerte, de interesarte.

¿Hay un orden para leer los textos?

Empieza a leer por donde gustes. Cada texto te traslada a un tiempo distinto, a una vivencia particular. Hay lecturas que tienen su momento, su lugar. Un día quieres una aventura o reírte un poco, otro experimentar algo que te dé miedo o despertar tu curiosidad y vivir el suspenso. Así como eliges qué comer, qué ropa usar, a dónde ir... puedes elegir qué texto leer.

¿Tengo que leer estos textos solamente en clase?

Puedes leerlos donde quieras: en el bus, en un parque, en tu casa, junto a un río, frente al mar o en el campo. Puedes leerlos donde te provoque. Este libro es tuyo.

¿Tengo que hacer las actividades?

Te aconsejamos que las revises, pues te pueden ayudar a orientarte en tu lectura, a mirar un texto desde otro punto de vista o tal vez a imaginar nuevas historias y escribirlas. Todo gran viaje empieza con un paso.

Anímate. Pasa las páginas.

Un escritor o una escritora han echado a volar su imaginación...

¡Y tú estarás volando con ella!

Marco Bassino Pinasco

Con el fin de orientar el tratamiento de los textos seleccionados, se ofrece a los docentes una *Guía pedagógica para el uso de las antologías literarias*, que encontrará en el siguiente enlace: http://jec.perueduca.pe/?page_id=3208

INTRODUCCIÓN

El lenguaje es una facultad constitutiva de la especie humana que ha producido, a lo largo de miles de años, las lenguas o idiomas del mundo. La literatura se instaaura como un trabajo sobre la lengua particular por cada escritor para crear una estructura material novedosa que produce significados mediante una forma estética. Se denomina soporte verbal al anclaje en la palabra de todo texto literario; mientras que la función estética refiere al placer sensorial y cognitivo en el acto mismo de la lectura. Además, la literatura se ha convertido desde hace mucho en una institución social con prácticas, criterios de valor y tradiciones: la academia universitaria y el mercado desempeñan un papel significativo en el campo literario.

En esta antología, se te ofrece una muestra de la más alta narrativa: la sutileza e ironía de Jorge Luis Borges, la fuerza expresiva de Juan Rulfo, la dulzura envenenada de Rosa Montero, los vaivenes morales de los personajes de Joseph Conrad y los límites de la verdad y la realidad que exhiben los cuentos de Ryunosuke Akutagawa y de Franz Kafka. Todos ellos autores de valor universal, capaces de interpelar a lectores de cualquier cultura y cualquier lengua. Entre los peruanos, tenemos la articulación del tiempo mítico con la vida de los artistas populares en José María Arguedas, la angustia existencial por la identidad cultural en Edgardo Rivera Martínez, los infiernos cotidianos en Guillermo Niño de Guzmán y el delirio humorístico en Jorge Ninapayta.

Estos textos narrativos, desde la perspectiva de un narrador, relatan acciones emocionantes y significativas con temáticas asociadas al inmenso universo de las relaciones familiares, los conflictos individuales y sociales, la perplejidad ante lo extraño, la presencia de lo siniestro, las figuras de la muerte y las fluctuaciones de la identidad, entre otras.

En esta antología, incluimos algunos fragmentos de la obra dramática *La vida es sueño*, de Calderón de la Barca, clásico del teatro barroco español. El monólogo de Segismundo posee no solo intensidad lírica y fuerza dramática, sino una célebre reflexión sobre la naturaleza de la vida.

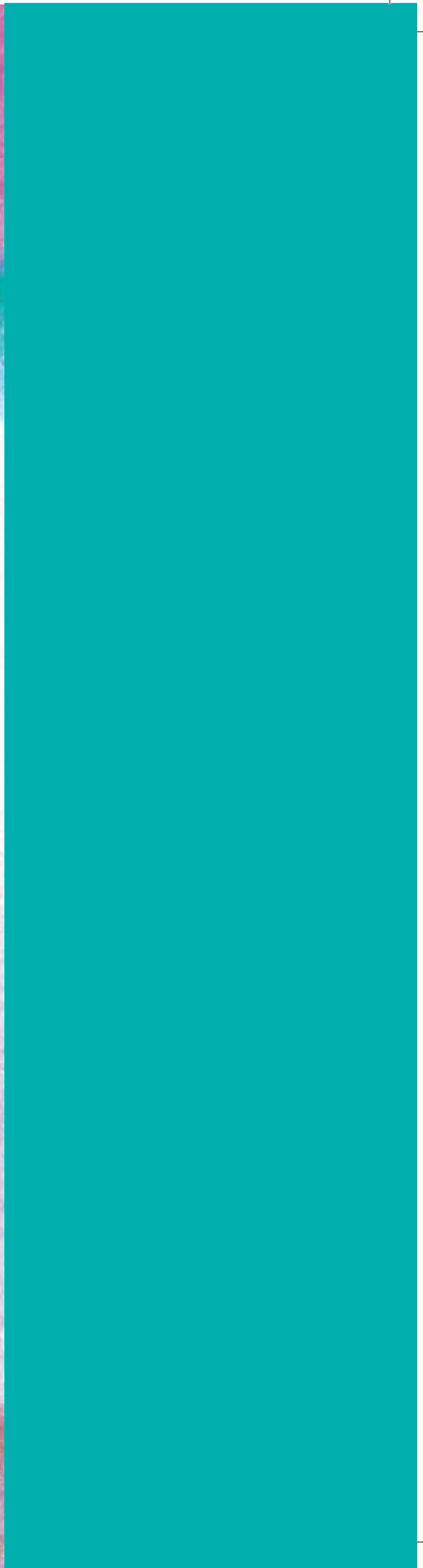
Además, en estas páginas encontrarás poemas. Los que hemos elegido ofrecen registros expresivos y horizontes estéticos variados. Poetas peruanos contemporáneos, Emilio A. Westphalen, Antonio Cisneros, José Watanabe, Jorge Eduardo Eielson, Giovanna Pollarolo y Rocío Silva Santisteban, muestran las posibilidades de la palabra para producir novedosos significados asociados a experiencias comunes como la maternidad, las expectativas familiares o la crítica ante las injusticias sociales; otros formalizan sentimientos intensos como el desasosiego ante lo efímero de la vida, la exaltación de la creación poética o la angustia ante lo inexplicable.

Por último, se han incluido algunos textos de la abundante y heterogénea tradición oral del Perú y América. Relatos que explican una cosmovisión o validan creencias sociales acerca de seres sobrenaturales o miedos ancestrales. Estos textos orales han sido recopilados de pueblos andinos, amazónicos, afrocubanos e indígenas nicaragüenses. La tradición oral trasciende las fronteras geográfico-políticas, pues expresa cultura y visión de mundo de pueblos ancestrales y originarios. ¿Quiénes son los depositarios de esa memoria que perdura a lo largo del tiempo? Los individuos pertenecientes a sus respectivas comunidades poseen la capacidad de transmitir oralmente sus tradiciones. Evidentemente, unos más que otros están interesados y entrenados en esta tarea; varones y mujeres, jóvenes, adultos o ancianos nutren a su entorno social evocando la memoria de su espacio cultural, mediante una particular performance verbal. Ellos constituyen el registro vivo de sus memorias locales y son transmisores orales de la memoria que van heredando.

Todo texto literario amplía el rango de nuestras sensaciones y percepciones: nos convierte en seres más complejos y más libres. Leer literatura es un viaje sin pasaje de retorno por la condición humana y sus mundos reales e imaginarios.

Marcel Velázquez Castro





EL CABULIWALLAH¹

1916

RABINDRANATH TAGORE

(indio)



Mi hija Mini, que tiene ahora cinco años, no puede estarse callada. Yo creo firmemente que en lo que lleva de vida no ha dejado un solo instante de hablar. Su madre se molesta muchas veces por esto y le riñe para que se calle. Yo no. No me parece natural ver a Mini callada, y no puedo sufrir que lo esté mucho tiempo. Así, siempre que hablo con ella, lo hago animadamente.

Una mañana, por ejemplo, en que yo estaba en medio del capítulo diecisiete de mi nueva novela, mi hija Mini entró en el cuarto y, cogiéndome la mano, me dijo:

—Padre, Ramdayal, el portero llama a un cuervo un kuervo; qué tonto es, ¿verdad?

Antes de que yo pudiese explicarle las diferentes lenguas y pronunciaci-ones de este mundo, ya ella se había internado por las aguas de otro mar:

—Oye, padre; Bhola dice que hay un elefante en las nubes, que echa agua por la trompa, y que por eso llueve.

Y mientras yo buscaba alguna respuesta a lo último, se puso a co-rrer preguntándome:

—Padre, ¿tú qué eres de madre?

«Es mi hermanita», me susurré involuntariamente a mí mismo; pero, po-niéndome serio, logré responder:

—Vete a jugar con Bhola, Mini, que estoy trabajando.

La ventana de mi cuarto da a la calle. La niña se había sentado a mis pies, junto a mi mesa, y jugaba tocando el tambor suavemente sobre sus rodillas. Yo me enfraqué, de nuevo, en mi capítulo diecisiete, en el cual Protap Singh, el héroe, había cogido en los brazos a Kanchanlata, la heroína, y se disponía a huir con ella por el balcón del tercer piso del castillo, cuando, de repente, Mini dejó de jugar y corrió a la ventana gritando: «¡Un cabuliwallah! ¡Un cabuliwallah!».

¹ Literalmente, el *cabulense*. Nombre dado a los afganos que recorren la India como vendedores ambulantes, portadores, o que realizan otros trabajos. (Nota del texto original).

Un cabuliwallah iba pasando, en realidad, por la calle. Llevaba el suelto ropón mugriento de los de su raza, y un alto turbante, un saco a la espalda y cajas de uvas en la mano.

No sé lo que se figuró mi hija al ver a aquel hombre, que empezó a llamarlo a gritos. Yo pensé: «¡Ay, lo que es si él entra, mi capítulo diecisiete no se acabará en la vida!». En este momento el cabuliwallah se volvió y miró a la niña, la que, al darse cuenta, huyó despavorida en busca de su madre. Mini creía ciegamente que el hombre llevaba dentro del saco dos o tres niñas, por lo menos, como ella. El cabuliwallah entró en la casa y me saludó sonriendo.

Tan decisiva era la situación de mi héroe y de mi heroína, que mi primer impulso fue comprarle algo al cabuliwallah, ya que había sido llamado, para que se fuera pronto. Le compré, pues, alguna cosilla, y él se puso a hablarme de Abdurrahman, de los rusos, de los ingleses y de la política de la frontera.

Cuando se iba, me dijo:

—¿Y la niñita, señor?

Yo, pensando que era bueno curar a Mini de aquellos absurdos temores, hice que la trajeran.

Mini se puso junto a mi silla, y miraba al cabuliwallah y a su saco. Él le ofreció nueces y pasas, pero ella no cayó en la tentación, y se apretaba a mí, con más miedo que antes.

Este fue el primer encuentro de ellos dos.

Pocos días después, una mañana, iba yo a salir de casa, cuando vi atónito que Mini estaba sentada en un banco del lado de la puerta, hablando y riendo, con el gran cabuliwallah a sus pies. En toda su vida, mi hija quizás no había encontrado a nadie que la escuchara con tanta paciencia, a no ser su padre; y tenía el extremo de su sarito lleno de almendras y pasas, regalo de su amigo.

—¿Por qué le has dado eso? —le dije al cabuliwallah. Y sacando una moneda de ocho annas, se la di. Él aceptó el dinero sin protestar, y se lo echó en el bolsillo.

Pero ¡ay!, al volver yo, una hora más tarde, vi que la desdichada moneda había ocasionado daños por dos veces su valor, pues el cabuliwallah se la había dado a Mini, y la madre, echándole el ojo al redondo objeto reluciente, se lo quitó a la criatura, preguntándole:

—¿Quién te ha dado esa moneda?

—Me la dio el cabuliwallah —dijo Mini alegremente.

—¿Que te la dio el cabuliwallah? —exclamó su madre escandalizada—. ¿Y por qué se la has tomado?

Yo entraba entonces, y librando a Mini de un desastre inminente, me puse a hacer averiguaciones.

Según supe, no era esta la única vez que ellos se habían visto. El cabuliwallah había sabido vencer el temor de la niña, con un paciente soborno de nueces y almendras, y ahora los dos eran grandes amigos.

Se daban curiosas bromas, con las que gozaban grandemente. Ella se sentaba frente a él, y, mirando con toda su diminuta dignidad al gigantesco cuerpo de su amigo, le preguntaba hecha un rizo de risa:

—¡Cabuliwallah, cabuliwallah, dime qué tienes en tu saco!

Y él, con el acento gangoso de los montañeses, respondía:

—¡Un elefante!

Tal vez esto no sea un gran motivo de diversión; pero ¡lo que gozaban ellos con la ocurrencia! Para mí, la charla de mi niña con aquel hombre hecho y derecho tenía en ella algo de fascinador.

El cabuliwallah, para no ser menos, le preguntaba a su vez:

—¿Bueno, niña, y cuándo vas a ir a casa de tu suegro?

La mayor parte de las niñas de Bengala saben, desde que nacen, de la casa de su suegro; pero nosotros, que somos un poco modernistas, le habíamos callado estas cosas a nuestra hija; de modo que Mini, al oír la pregunta del cabuliwallah, debió quedarse algo perpleja. Pero ella no lo quiso demostrar, y salió del paso con este rodeo:

—¿Tú vas allí?

Entre hombres de la clase del cabuliwallah, es bien sabido que «casa del suegro» tiene un doble sentido, que es «cárcel», porque en esta se nos cuida bien sin que nos cueste nada. El sanote del vendedor tomaba en este sentido la pregunta de mi hija, y, enseñando su puño a algún invisible guardia, le gritaba:

—¡Ay, qué paliza le voy a dar a mi suegro!

Mini, al oír esto, rompía en grandes carcajadas, figurándose ya maltrecho al infeliz pariente. Y su formidable amigo reía con ella.

Eran mañanas de otoño, el momento del año en que los antiguos reyes salían en busca de conquistas; y yo, que no podía moverme de mi rinconcito de Calcuta, echaba a vagar mi pensamiento por el mundo. Con solo oír el nombre de otro país, mi corazón se iba a él; y si veía un extranjero por las calles, me quedaba preso en una red de sueños, con las montañas, los valles y los bosques de su tierra distante, con su casita en aquellos fondos, con la libre y fácil vida de los silvestres campos lejanos. Quizás sea que como llevo una existencia tan vegetativa, los viajes se me representan con más viveza que a otros. La noticia de un viaje, sería para mí como un rayo... Viendo al cabuliwallah, me trasladaba, al punto, al pie de sus montañas de picos secos, llenas todas de estrechos barrancos que se retuercen por las imponentes alturas. Veía la caravana de camellos cargados de mercancías, y los mercaderes, con sus turbantes, sus antiguas y raras armas de fuego y sus lanzas, camino de las llanuras. Veía..., pero en este instante, la madre de Mini se ponía por medio, suplicándome que tuviera mucho cuidado con aquel hombre.

La madre de Mini es, desgraciadamente, muy medrosa. En cuanto oye el menor ruido en la calle, o ve que viene alguien hacia la casa, piensa siempre que deben ser ladrones, o borrachos, o culebras, o tigres, o la malaria, o cucarachas, o gusanos, o un marinero inglés. De nada le sirve la experiencia, y siempre está lo mismo. El cabuliwallah le daba miedo, y ella me rogaba a cada instante que no lo perdiese de vista.

Yo me echaba a reír bondadosamente, pero ella se revolvía contra mí, seria, y me hacía solemnemente preguntas como esta: «¿Es que no roban a los niños? ¿No era verdad entonces que en Cabul había esclavos? ¿Era un disparate pensar que aquel hombrón pudiera llevarse a la niña, tan chiquita?».

Yo le respondía que tal vez no fuese imposible, pero que no era probable. Ella no se convencía, y continuaba inquieta. Sin embargo, como su temor era injustificado, no me parecía bien decirle al cabuliwallah que no viniera. Y la amistad de él y de mi niña seguía libremente.

Todos los años, hacia mediados de enero, Rahmun, el cabuliwallah, tenía la costumbre de volver a su país; y cuando este momento se acercaba, él andaba arriba y abajo, muy atareado, cobrando de casa en casa lo que le debían. Aquel año, a pesar de sus ocupaciones, siempre encontraba ocasión para venir a ver a Mini, y cualquiera que no estuviese enterado de las cosas, hubiera creído que los dos tramaban alguna conspiración, pues él, si no podía venir por la mañana, se presentaba al oscurecer.

A mí mismo me asustaba un poco, a veces, encontrar de pronto a aquel hombrazo en el rincón de un cuarto oscuro, con aquellas ropas sueltas, todo lleno de alforjas. Pero cuando Mini corría a él, diciendo entre risas: «¡Cabuliwallah, cabuliwallah!», y los dos amigos, de tan diferente edad, volvían a sus bromas y a sus carcajadas, al punto me tranquilizaba.

Una mañana, días antes de la partida del cabuliwallah, estaba yo corrigiendo pruebas en mi cuarto. Aún hacía fresco, y el leve calor de los rayos del sol que, a través de mi ventana, llegaban a mis pies, me era amable. Serían las ocho, y los paseantes tempraneros volvían a sus casas con las cabezas cubiertas. De pronto, oí gritos en la calle, y, asomándome, vi que dos policías llevaban atado a Rahmun, rodeado de chiquillos. Las ropas del cabuliwallah estaban manchadas de sangre, y uno de los policías llevaba un cuchillo. Salí de prisa, los paré y les pregunté qué pasaba. Por lo que unos y otros me dijeron, pude sacar en claro que un vecino que le debía a Rahmun un chal de Rampuri negaba que se lo hubiese comprado, y que, habiendo pasado de las palabras a los hechos, Rahmun lo había herido. En el calor de la excitación, el preso comenzó a insultar a su enemigo con toda clase de nombres, cuando, de pronto, en la galería de mi casa, apareció Mini, gritando como de costumbre: «¡Cabuliwallah! ¡Cabuliwallah!». La cara de Rahmun se iluminó al verla. Aquel día no llevaba el saco bajo el brazo, y no podía engañarla con lo del elefante. Entonces ella le preguntó: «¿Vas a casa de tu suegro?». Rahmun se echó a reír y dijo: «Sí; allí voy, niña». Pero viendo que la respuesta no había hecho reír a Mini, levantó sus manos atadas y dijo: «¡Ay, de buena gana le hubiese dado a ese viejo de mi suegro, pero me han atado las manos!».

A Rahmun, acusado de homicidio frustrado, lo condenaron a varios años de cárcel. El tiempo pasó y nos fuimos olvidando de él. Seguimos trabajando siempre en lo mismo y en el mismo lugar, y rara vez se nos ocurría pensar en el un día libre montañés, ahora preso. Hasta mi alegre Mini, vergüenza me da

decirlo, se olvidó de su antiguo amigo. Nuevas amistades llenaron su vida, y a medida que ella iba creciendo, pasaba mayor tiempo con otras muchachas; tanto, que ya no encontraba ocasión de venir, como antes, al cuarto de su padre y apenas nos veíamos.

Pasaron los años. Llegó, una vez más el otoño, y nos ocupábamos en los preparativos para la boda de Mini, que había de celebrarse en las Fiestas de Puja. Con la vuelta de Durga a Kailas, la luz de nuestro hogar también se iría a la casa del marido, dejando la del padre en sombra.

Era alegre la mañana. Tras las lluvias, una sensación de baño erraba por el aire, y los rayos del sol parecían oro puro. Tan vivos eran, que los sórdidos muros de ladrillo de las callejas de Calcuta deslumbraban con una hermosa claridad. Desde el amanecer, las gaitas de la boda habían comenzado a sonar y, a cada cadencia suya, me saltaba el corazón. El gemido de aquella melodía bhairavi, parecía agrandar mi pena por la separación que llegaba, pues Mini iba a casarse aquella noche.

La casa estaba llena de bullicio y de idas y venidas. Se estaba preparando en el patio un dosel sostenido por varas de bambú. En los aposentos y galerías se colgaban candelabros tintineantes. La prisa, la agitación no acababan nunca. Yo estaba sentado en mi cuarto, repasando las cuentas, cuando de pronto alguien saludó respetuosamente, y llegó frente a mí. Era Rahmun, el cabuliwallah. Al principio, no caía en quien fuese, pelado como venía, sin su saco, sin aquel vigor de antes; pero sonrió, y le conocí al punto.

—¿Cuándo has venido, Rahmun? —le pregunté.

—Anoche me soltaron de presidio —contestó.

Sus palabras sonaron mal en mis oídos. Nunca antes había yo hablado con un hombre que hubiese herido a otro, y mi corazón se encogió pensando, contrariado, el mal agüero con que el día empezaba.

—Estoy ocupado con la fiesta —le dije—. ¿No te sería igual venir otro día? Se volvió para irse, pero al llegar a la puerta, vaciló y me dijo:

—¿Y no podría ver a la niña un momento?

Él pensaba que Mini seguía siendo la misma niña que antes, y se la figuraba ya corriendo hacia él, como en otros días, y gritando: «¡Cabuliwallah! ¡Cabuliwallah!». Se había figurado, también, que hablarían y reirían juntos, como antes. En recuerdo de los pasados tiempos, traía, cuidadosamente envueltas en papel, algunas almendras, pasas y uvas, que le habría dado algún campesino, pues su pequeño caudal se lo habían dispersado.

Le dije otra vez:

—Es que hay fiesta en la casa, y hoy no podrás ver a nadie.

Su cara se puso triste. Me miró un momento, nostálgico, me saludó, y se fue. Sentí pena, y ya iba a llamarlo, cuando él volvía, y dándome su regalo me dijo:

—Traía estas cosillas para la niña, señor, ¿se las quieres dar?

Las tomé y fui a pagarle; pero él me cogió la mano diciendo:

—¡Qué bueno eres, señor! ¡No me olvides..., ni me des nada! Tú tienes una

niña y yo tengo otra, muy lejos. Cuando yo traigo alguna cosa a tu niña, no es por dinero, sino porque pienso en la mía.

Al decir esto, metió la mano en su gran ropón, sacó un pedacito sucio de papel, lo desdobló cuidadoso y lo alisó con sus manos sobre mi mesa. Vi que el papel tenía la huella de una manita; no un retrato, ni un dibujo; solo aquella manita untada de tinta y apretada sobre el papel. Cuando, años atrás, él venía a Calcuta a vender sus mercancías por las calles, esta señal de su niña estaba siempre al lado de su corazón.

Mis ojos se llenaron de lágrimas. Olvidé que él era un pobre vendedor de Cabul y que yo era... No, ¿qué era yo más que él? Padres los dos.

La huella de la mano de su niña Parbati, que estaría allá lejos en su distante hogar de la montaña, me hizo pensar en mi hija. Mandé llamar en el acto a Mini de sus aposentos interiores. Me pusieron muchas dificultades, pero yo no quise escuchar. Mini, vestida con el traje de seda roja de la boda, con la pasta de sándalo en su frente, y toda adornada como una novia, llegó tímidamente ante mí.

El cabuliwallah se quedó sorprendido ante tal aparición. ¡No era posible renovar la antigua amistad! Luego, le sonrió y le dijo:

—Mini, ¿vas a casa de tu suegro?

Ahora Mini comprendía el sentido de la palabra suegro, y no pudo contestarle como en otros días. La pregunta le sonrojó; y estaba ante él, bajos sus ojos de novia.

Recordé el día en que el cabuliwallah y Mini se vieron por vez primera, y me dio tristeza. Ella se fue. Rahmun suspiró hondo y se sentó en el suelo. De pronto, pensó que su hija habría también crecido durante aquellos años, y que su amistad con ella tendría que comenzar de nuevo. Seguramente no la encontraría como la dejó, y además, ¿qué no podría haber ocurrido en aquellos ocho años?

Sonaban las gaitas de la boda, y el dulce sol de otoño fluía a nuestro alrededor. Rahmun seguía sentado en la calleja, mirando las secas montañas del Afganistán.

Le di un billete y le dije:

—Anda, vete a ver a tu hija, Rahmun; vete a tu pueblo; y que la dicha de vuestro encuentro traiga buena suerte a Mini.

Tuve que suprimir algunas de las fiestas. No pude pagar las luces eléctricas ni la banda militar, con lo que las señoras se disgustaron mucho; pero la boda de mi hija fue feliz para mí, sabiendo que en una tierra lejana, un padre, largos años perdido, iba a ver de nuevo a su única hija.



CABALLOS DE MEDIANOCHE

1981

GUILLERMO NIÑO DE GUZMÁN

(peruano)

Había vivido y trabajado solo con la Soledad, mi amiga, y en las tinieblas, en las noches y en el silencio durmiente de la tierra había contemplado un millar de veces el sonido de sus oscuros caballos arribando. Y había velado la muerte de mi hermano y de mi padre en las oscuras vigiliass de la noche y, cuando, a su hora llegó la figura de la Muerte orgullosa, yo la había reconocido y amado.

Thomas Wolfe, *From Death to Morning*

No me gusta el agua —dijo ella, y dibujó un mohín con los labios—. No me gusta nada.
—¿Cómo que no te gusta? —repuso él, mientras la sostenía al borde de la tina—. A las niñas buenas les gusta el agua y se bañan todos los días.

—Yo no soy una niña buena.

—¿Con que no eres una niña buena? Entonces, ¿se puede saber qué clase de niña eres? Porque si no eres una niña buena tienes que ser una niña mala...

—Ah, no —alzó la voz—, eso sí que no. Yo no soy una niña mala. Yo no...

—Bueno —la interrumpió él—, si no eres una niña mala te vas a meter al agua de una vez. Y sin chistar.

—Está fría. No quiero.

—Caramba, no está fría. Ven, dame la mano.

Ella protestó pero finalmente dejó que él se la cogiera. Él sostuvo aquella mano pequeña y blanda como si se tratara de un pez de cristal y la posó suavemente en el agua. Ella dio un ligero respingo e intentó retirar la mano, pero él la mantuvo dentro hasta que dejó de resistirse.

—¿Ves? No está fría.

Ella comenzó a batir el agua y pronto deslizó la otra mano.

—Señorita —observó él—, no hemos venido aquí para hacer un baño de manos. Así que usted va a entrar al agua de una vez, le guste o no le guste.

Ella dejó de remover el agua y lo miró con cierta hostilidad.

—No me digas así —dijo.

—¿Cómo?

—Que no me digas señorita. No me gusta.

—A usted no le gusta nada. Nunca he conocido una niña tan difícil.

—Es que no me gusta que me digan señorita. No soy tan vieja.

El hombre la miró divertido y empezó a reírse; sin embargo, su risa se apagó de repente, interrumpiéndose con un bufido sordo, e inclinó la cabeza y se llevó las manos a la frente.

—¿Qué te pasa, papi?

—Nada, nada. ¿Dónde dejé mi vaso?

—Ahí está —apuntó ella bajo el lavatorio. El hombre recuperó el vaso y bebió lo que quedaba de un solo sorbo.

—Bueno —anunció—, o entras por las buenas o entras por las malas. Escoge.

Ella lo miró durante varios segundos, midiendo la firmeza de su resolución.

—Está bien —dijo, resignada, bajando la vista.

Él aprovechó para hacerle cosquillas y ella comenzó a reír convulsivamente. Entonces la levantó en vilo y la metió dentro de la tina.

—¡Ay! ¡Está fría!

—Vamos, no seas teatrera. El agua está tibia. Ahora quédate quieta que voy a llenar mi vaso.

Cuando regresó ella ya se había acostumbrado a la temperatura del agua. Tomó el jabón y empezó a jabonarle el cuerpo.

—Qué chiquita para más cochina... El agua sale negra. Parece que te arrastraras por el suelo todo el día.

—Estuve jugando a las escondidas con Tito —explicó ella.

—¿Tito? ¿Quién es ese sujeto? Usted todavía está muy mocosa para andar con novios.

—Tito no es mi novio. Es mi amigo.

—¿Muy amigo?

Ella asintió.

—Mmmm... eso suena algo sospechoso. Cierra los ojos que puede entrarte jabón.

—Listo —dijo él, envolviéndola con la toalla—. Ahora sí pareces una niña decente.

—Oye, no me limpies tan fuerte.

—Limpies no —corrigió él—: frotés. A ver, levanta los brazos. Ya... volatéate... Hay que secar bien el potito. Date la vuelta. Ahora la cosita, siempre tan meoncita... Cuidado que te resbalas.

La llevó al dormitorio y le puso el pijama y la acostó.

—A dormir se ha dicho, jovencita —se inclinó sobre ella y la besó.

—Pica tu cara. ¿Por qué no te has cortado?

—¿Por qué no me he afeitado? —dijo él, palpándose la barba desordenada y copiosa de varios días.

—Pareces un oso feo —dijo ella.

—¿Sí? ¿Tan feo? —se levantó él y dio unos pasos vacilantes por la habitación.

—¿Vas a salir, papi?

—¿Salir? No, no. ¿Dónde diablos he puesto mi vaso?

—En el baño. Junto a la tina.

—Sí, claro. Qué memoria. No me acuerdo de nada.

Fue al baño.

—Será mejor que duermas —dijo, regresando al cuarto.

—No tengo sueño.

Levantó el vaso para beber.

—No me gusta eso que tomas ahí —dijo ella.

—¿Lo has probado?

Ella asintió.

—Es amargo. Horrible. Casi vomito.

—Eso te pasa por meter las narices donde no debes. Ahora, señorita, quiero que usted se duerma.

—Ya pues, no me digas señorita.

—Como usted ordene; pero se me duerme de una vez, si no quiere que me vuelva malo.

—¿Te duele la cabeza, papi?

El hombre había cerrado los ojos y se frotaba las sienes.

—No es nada —dijo él, haciendo un ademán de poca importancia—. Un dolorcito de cabeza común y corriente. Ya pasará. Hasta mañana.

—Papi.

—¿Qué?

—No te vayas.

Él se acercó y se sentó en el borde de la cama.

—Es tarde —dijo, mientras le revolvía la suave madeja de su cabellera negra y lacia—. Todo el mundo duerme de noche.

—¿Y tú?

—Yo también. Ahora voy y me acuesto. La noche se ha hecho para dormir.

—Mentira.

—¿Le llamas mentiroso a tu padre?

—Anoche no te acostaste.

—¿Anoche?

—Sí. No podía dormir porque quería agua y me levanté y te vi despierto en la sala con tu vaso. Estabas parado junto a la ventana. Y en la mañana cuando me levanté para ir al colegio todavía estabas ahí.

—Seguramente me había levantado temprano.

—No, porque estabas despeinado y cuando te besé no te habías lavado la boca porque olía feo.

—Caray, por lo visto no se puede ganar contigo. Eres genial. —Le dio un beso en la mejilla y ella se colgó de su cuello y lo atrajo hacia sí.

—¿Me das un beso como en las películas? —le susurró en el oído.

El hombre lanzó una carcajada.

—Como en las películas, ja... ¿Y cómo es eso? Yo no sé.

—No te hagas...

—Si no me hago...

—Ya pues.

—Con una condición.

—¿Cuál?

—Te duermes de una vez.

—Con una condición —dijo ella.

—¿Cómo! ¿Tú también quieres poner condiciones? Así no vale. —Intentó deshacerse de su abrazo, pero ella lo retuvo y acercó sus labios y los oprimió contra los de él.

—Hiciste trampa —dijo él, retirando la boca poco después. Ella se limitó a mirarlo en silencio durante un largo momento.

—Papi —dijo al cabo de un momento.

—Dime.

—Papi —vaciló—. Papi, quiero dormir contigo.

—¿Conmigo? —dijo él y se desprendió de su abrazo. Recogió el vaso que había dejado sobre la mesa de noche.

—Hace mucho tiempo que no dormimos juntos —dijo él, luego de beber un trago.

—Sí, pero esta noche quiero dormir contigo.

—No. Esta noche no.

Ella desvió la vista.

—¿Y se puede saber por qué quieres dormir conmigo esta noche?

Ella no respondió.

—¿Por qué? —insistió él, buscando sus ojos. Ella se volvió de costado.

—Tu cama es grande —balbuceó.

Él miró hacia la pared.

—Sí —dijo—. Mi cama es grande. Demasiado grande. Pero esa no es una razón muy convincente.

Ella hundió la cara en la almohada. Él le acarició la nuca.

—Y bien —dijo.

Ella giró hacia él y dijo:

—Tengo miedo —y volvió a hundir la cara en la almohada.

—¿Miedo? ¿Miedo? —repitió él—. ¿Y por qué tienes miedo?

—No sé —gimió ella—. Pero tengo miedo. Mucho miedo.

—Vamos, no hay que tener miedo. No hay por qué tener miedo.

Ella volvió el rostro hacia él. Sus ojos brillaban como dos esferas ardientes.

—El miedo es lo más terrible que hay —dijo el hombre en voz baja, como si hablara para sí mismo.

Silencio.

—Ven —dijo él—, abrázame. Sabes, jovencita, eres una chiquilla muy linda y te quiero mucho y no me gusta que tengas miedo.

—Yo también te quiero —murmuró ella.

—¿Mucho?

—Mucho-mucho-mucho.

—¿Cuánto es mucho-mucho-mucho?

Ella lo pensó.

—Es un montón —dijo finalmente—. Algo muy grande —agregó, extendiendo los brazos todo lo que pudo.

—Bien —dijo él—. Tú ganas.

Ella le pasó los brazos alrededor del cuello y él la alzó y la llevó a su dormitorio y la metió dentro de la cama matrimonial.

—¿Podrás dormir ahora?

—Si tú te quedas...

—Claro que me quedo. ¿Adónde podría ir sin ti? —Se tendió a su lado.

—¿Vas a ir a tu trabajo mañana?

—¿Mañana? Sí. ¿Por qué no?

—Hoy no fuiste.

—¿Quién te ha dicho que no fui?

—Ni ayer tampoco. La miss llamó a tu trabajo porque no habías ido a recogerme y le dijeron que no ibas desde hace varios días.

—Caray, pareces una esposa renegona. ¿Cuál de tus misses?

—La miss Rita.

—¿Esa flaca con cara de hueso chupado?

—Ajá.

—Pues habrá que decirle a la miss Rita que no se meta donde no le importa. ¿Dónde está mi maldito vaso?

—Lo dejaste en mi cuarto —sonrió ella.

—Bah...

—¿Te sigue doliendo la cabeza?

—¿Quieres dormirte de una vez? —dijo el hombre, levantándose—. Ya estoy comenzando a hartarme.

Fue al otro cuarto y cuando regresó se detuvo en el vano de la puerta y apagó la luz.

—Papi —dijo ella suavemente—, no apagues la luz.

—¿Y por qué no voy a apagar la luz?

Ella no dijo nada. A lo lejos se escuchó el ulular de una sirena.

—Tranquila —susurró él en la oscuridad. Se había tendido junto a ella. Hundió la mano abierta en sus cabellos—. Tranquila —volvió a decir—. Estoy contigo. ¿Y quieres que te diga un secreto? —Apretó su rostro contra el de ella hasta que sus labios rozaron su oreja. Y dijo con una voz muy débil, apenas audible:

—Yo también tengo miedo. Tengo mucho miedo...

Lo peor eran las punzadas en las sienes. Cuando el rumor llegaba las paredes de su cerebro se remecían y todo empezaba a vibrar, produciéndole un dolor agudo y persistente que aumentaba o disminuía de acuerdo a la intensidad del rumor. Ahora el rumor se había ido pero no podía fiarse de ello. Retornaría en cualquier instante de la noche y últimamente llegaba con bastante fuerza. Había que aprovechar la tregua y no podía estar haciéndolo mejor. Sentía el cuerpo pequeño y caliente latiendo a su lado. Su respiración había adquirido un ritmo uniforme y se alzaba y descendía con el suave vaivén de un bote sobre aguas calmas. Hubiera podido permanecer así cien años.

Ella dormía con la boca entreabierta. Tenía los dientes superiores algo desviados hacia fuera, de modo que no podía cerrar la boca completamente. Algunas noches, cuando él venía a echarle una ojeada mientras dormía, aprovechaba para juntarle los labios. Era inútil porque un minuto más tarde volvían a despegarse. Ahora estuvo a punto de hacerlo pero se contuvo. Temía despertarla. Sin embargo, le hubiera gustado ver sus ojos una vez más. Eran pequeños, muy oscuros y levemente rasgados. Cuando lo miraban de frente no podía evitar una ligera aprensión; era una mirada intensa y penetrante que parecía comunicar algo que estaba más allá de las palabras, o de cualquier gesto. Repetidas veces había tratado de explicarse el fenómeno. Quizá fuera porque reconocía en ellos una mirada que había descubierto mucho antes de que ella naciera. Una mirada capaz de atravesar las paredes, solía decirse. Pero, de cualquier manera, ya no había tiempo.

Se incorporó, fue al bar y abrió una nueva botella. Luego se acercó a la ventana. La ciudad se escondía en la vasta penumbra de la noche, dejando como única huella un reguero de puntos luminosos. El departamento estaba ubicado en el *penthouse* de un edificio de diez pisos. Hacia la izquierda se extendía el acantilado y una leve brisa se elevó trayendo una correntada de aire marino. Aunque esta vez no era el aire fresco y vigoroso, sino más bien un aire rancio, pesado, con algo de pescado podrido y desechos de mar. El hombre miraba la calle que se estiraba abajo, a treinta metros, como una lengua húmeda y brillante. Había llovido y el asfalto mojado reflejaba las luces del alumbrado público. Una densa cortina de neblina empezaba a cubrir las calles como una enredadera de algas.

Orinó larga y ruidosamente, su cuerpo se encogía en espasmos continuos a medida que vaciaba su vejiga. No tuvo cuidado y orinó fuera de la taza. Luego se abrochó y se apoyó un momento sobre el lavatorio. Desde el espejo un hombre le devolvió una mueca. Lo observó escrupulosamente. Era el rostro de un hombre desaliñado, que ostentaba una barba de varios días. Tenía los párpados hundidos y flojos; ambos ojos estaban inflamados y el izquierdo pestañeaba continuamente. La frente, antes amplia y enérgica,

aparecía surcada por un bosque de líneas y cubierta a medias por el cabello abundante y revuelto. La boca asumía una actitud desdeñosa y los labios estaban hinchados y deformes. Súbitamente la palidez del rostro se acentuó y los pómulos y la frente se enrojecieron vivamente, y las venas de las sienes se abultaron y marcaron bajo la piel. El hombre se aferró con fuerza al lavatorio para no caer, apretó los dientes y se lanzó contra ese rostro que se contorsionaba en el espejo y lo rompió en mil pedazos.

Un hilo de sangre descendía por la frente. Se había dedicado a vaciar los cajones del escritorio, atropelladamente, arrojando a uno y a otro lado papeles, fólderres y sobres. A continuación revisó el armario, el clóset y, por último, el archivador de metal. Allí encontró finalmente lo que buscaba. Deshizo el paquete y comprobó que contenía todas las cintas de papel engomado de dos pulgadas que había comprado esa tarde.

Con prisa, se dirigió a la puerta principal, desplegó el extremo de uno de los rollos, lo presionó sobre la rendija que dejaba la puerta al unirse con el marco y tiró del rollo hacia abajo, de modo que quedara herméticamente cerrada. Repitió la operación en la puerta del balcón y luego prosiguió con las ventanas. En la cocina se le acabaron los rollos pero se las arregló para taponear la rendija inferior de la puerta falsa con unos trapos. Entonces abrió la llave del gas.

Se tendió exhausto al lado de la niña. Sudaba copiosamente y el sudor se mezclaba con la sangre que manaba de la herida de la frente. Apretó los puños hasta que las uñas se hundieron en la carne. Tenía la sensación de un taladro en la cabeza. El rumor había vuelto y su intensidad había aumentado hasta convertirse en un ruido exasperante. Sin embargo, ya no tenía ninguna duda acerca de aquello que lo originaba. Era el sonido de millares de cascos retumbando contra la tierra en una carrera desenfrenada.

Se volvió hacia la niña, la rodeó con su brazo y esperó. Ya estaban muy cerca. De pronto sintió que todo se le escapaba —la niña, el cuarto, su propio cuerpo— como un puñado de arena que uno se empeña inútilmente en retener, y su cuerpo se tornó flojo y empezó a replegarse como una bola de papel arrugado. Fue entonces cuando los vio. Allí estaban las fauces furiosas, las orejas erectas y los belfos resoplantes, arremetiendo con un brillo salvaje en el centro de los ojos, relampagueando con el esplendor helado de una manada de caballos blancos desbocados en las tinieblas de la noche.



NO OYES LADRAR LOS PERROS

1953

JUAN RULFO

(mexicano)

Tú que vas allá arriba, Ignacio, dime si no oyes alguna señal de algo o si ves alguna luz en alguna parte.

—No se ve nada.

—Ya debemos estar cerca.

—Sí, pero no se oye nada.

—Mira bien.

—No se ve nada.

—Pobre de ti, Ignacio.

La sombra larga y negra de los hombres siguió moviéndose de arriba abajo, trepándose a las piedras, disminuyendo y creciendo según avanzaba por la orilla del arroyo. Era una sola sombra, tambaleante.

La luna venía saliendo de la tierra, como una llamarada redonda.

—Ya debemos estar llegando a ese pueblo, Ignacio. Tú que llevas las orejas de fuera, fíjate a ver si no oyes ladrar los perros. Acuérdate que nos dijeron que Tonaya estaba detrasito del monte. Y desde qué horas que hemos dejado el monte. Acuérdate, Ignacio.

—Sí, pero no veo rastro de nada.

—Me estoy cansando.

—Bájame.

El viejo se fue reculando hasta encontrarse con el paredón y se recargó allí, sin soltar la carga de sus hombros. Aunque se le doblaban las piernas, no quería sentarse, porque después no hubiera podido levantar el cuerpo de su hijo, al que allá atrás, horas antes, le habían ayudado a echárselo a la espalda. Y así lo había traído desde entonces.

—¿Cómo te sientes?

—Mal.

Hablaba poco. Cada vez menos. En ratos parecía dormir. En ratos parecía tener frío. Temblaba. Sabía cuándo le agarraba a su hijo el temblor por las sacudidas que le daba, y porque los pies se le encajaban en los ijares como espuelas. Luego las manos del hijo, que traía trabadas en su pescuezo, le zarandeaban la cabeza como si fuera una sonaja.

Él apretaba los dientes para no morderse la lengua y cuando acababa aquello le preguntaba:

—¿Te duele mucho?

—Algo —contestaba él.

Primero le había dicho: «Apéame aquí... Déjame aquí... Vete tú solo. Yo te alcanzaré mañana o en cuanto me reponga un poco». Se lo había dicho como cincuenta veces. Ahora ni siquiera eso decía.

Allí estaba la luna. En frente de ellos. Una luna grande y colorada que les llenaba de luz los ojos y que estiraba y oscurecía más su sombra sobre la tierra.

—No veo ya por dónde voy —decía él.

Pero nadie le contestaba.

El otro iba allá arriba, todo iluminado por la luna, con su cara descolorida, sin sangre, reflejando una luz opaca. Y él acá abajo.

—¿Me oíste, Ignacio? Te digo que no veo bien.

Y el otro se quedaba callado.

Siguió caminando, a tropezones. Encogía el cuerpo y luego se enderezaba para volver a tropezar de nuevo.

—Este no es ningún camino. Nos dijeron que detrás del cerro estaba Tonaya. Ya hemos pasado el cerro. Y Tonaya no se ve, ni se oye ningún ruido que nos diga que está cerca. ¿Por qué no quieres decirme qué ves, tú que vas allá arriba, Ignacio?

—Bájame, padre.

—¿Te sientes mal?

—Sí.

—Te llevaré a Tonaya a como dé lugar. Allí encontraré quien te cuide. Dicen que allí hay un doctor. Yo te llevaré con él. Te he traído cargando desde hace horas y no te dejaré tirado aquí para que acaben contigo quienes sean.

Se tambaleó un poco. Dio dos o tres pasos de lado y volvió a enderezarse.

—Te llevaré a Tonaya.

—Bájame.

Su voz se hizo quedita, apenas murmurada:

—Quiero acostarme un rato.

—Duérmete allí arriba. Al cabo te llevo bien agarrado.

La luna iba subiendo, casi azul, sobre un cielo claro. La cara del viejo, mojada en sudor, se llenó de luz. Escondió los ojos para no mirar de frente, ya que no podía agachar la cabeza agarrotada entre las manos de su hijo.

—Todo esto que hago, no lo hago por usted. Lo hago por su difunta madre. Porque usted fue su hijo. Por eso lo hago. Ella me reconvendría si yo lo hubiera dejado tirado allí, donde lo encontré, y no lo hubiera recogido para llevarlo a que lo curen, como estoy haciéndolo. Es ella la que me da ánimos, no usted. Comenzando porque a usted no le debo más que puras dificultades, puras mortificaciones, puras vergüenzas.

Sudaba al hablar. Pero el viento de la noche le secaba el sudor. Y sobre el sudor seco, volvía a sudar.

—Me derrengaré, pero llegaré con usted a Tonaya, para que le alivien esas heridas que le han hecho. Y estoy seguro de que, en cuanto se sienta usted bien, volverá a sus malos pasos. Eso ya no me importa. Con tal que se vaya lejos, donde yo no

vuelva a saber de usted. Con tal de eso... Porque para mí usted ya no es mi hijo. He maldecido la sangre que usted tiene de mí. La parte que a mí me tocaba la he maldecido. He dicho: «¡Que se le pudra en los riñones la sangre que yo le di!». Lo dije desde que supe que usted andaba trajinando por los caminos, viviendo del robo y matando gente... Y gente buena. Y si no, allí está mi compadre Tranquilino. El que lo bautizó a usted. El que le dio su nombre. A él también le tocó la mala suerte de encontrarse con usted. Desde entonces dije: «Ese no puede ser mi hijo».

—Mira a ver si ya ves algo. O si oyes algo. Tú que puedes hacerlo desde allá arriba, porque yo me siento sordo.

—No veo nada.

—Peor para ti, Ignacio.

—Tengo sed.

—¡Aguántate! Ya debemos estar cerca. Lo que pasa es que ya es muy noche y han de haber apagado la luz en el pueblo. Pero al menos debías de oír si ladran los perros. Haz por oír.

—Dame agua.

—Aquí no hay agua. No hay más que piedras. Aguántate. Y aunque la hubiera, no te bajaría a tomar agua. Nadie me ayudaría a subirte otra vez y yo solo no puedo.

—Tengo mucha sed y mucho sueño.

—Me acuerdo cuando naciste. Así eras entonces. Despertabas con hambre y comías para volver a dormirte. Y tu madre te daba agua, porque ya te habías acabado la leche de ella. No tenías llenadero. Y eras muy rabioso. Nunca pensé que con el tiempo se te fuera a subir aquella rabia a la cabeza... Pero así fue. Tu madre, que descansase en paz, quería que te criaras fuerte. Creía que cuando tú crecieras irías a ser su sostén. No te tuvo más que a ti. El otro hijo que iba a tener la mató. Y tú la hubieras matado otra vez si ella estuviera viva a estas alturas.

Sintió que el hombre aquel que llevaba sobre sus hombros dejó de apretar las rodillas y comenzó a soltar los pies, balanceándolo de un lado para otro. Y le pareció que la cabeza, allá arriba, se sacudía como si sollozara.

Sobre su cabello sintió que caían gruesas gotas, como de lágrimas.

—¿Lloras, Ignacio? Lo hace llorar a usted el recuerdo de su madre, ¿verdad? Pero nunca hizo usted nada por ella. Nos pagó siempre mal. Parece que en lugar de cariño, le hubiéramos retacado el cuerpo de maldad. ¿Y ya ve? Ahora lo han herido. ¿Qué pasó con sus amigos? Los mataron a todos. Pero ellos no tenían a nadie. Ellos bien hubieran podido decir: «No tenemos a quién darle nuestra lástima». ¿Pero usted, Ignacio?

Allí estaba ya el pueblo. Vio brillar los tejados bajo la luz de la luna. Tuvo la impresión de que lo aplastaba el peso de su hijo al sentir que las corvas se le doblaban en el último esfuerzo. Al llegar al primer tejabán¹, se recostó sobre el pretil de la acera y soltó el cuerpo, flojo, como si lo hubieran descoyuntado.

Destrabó difícilmente los dedos con que su hijo había venido sosteniéndose de su cuello y, al quedar libre, oyó cómo por todas partes ladraban los perros.

—¿Y tú no los oías, Ignacio? —dijo—. No me ayudaste ni siquiera con esta esperanza.



1 Tejabán: edificio sin otro techo que el tejado. Casa rústica.

EMMA ZUNZ

1949

JORGE LUIS BORGES

(argentino)

El 14 de enero de 1922, Emma Zunz, al volver de la fábrica de tejidos Tarbuch y Loewenthal, halló en el fondo del zaguán una carta, fechada en el Brasil, por la que supo que su padre había muerto. La engañaron, a primera vista, el sello y el sobre; luego, la inquietó la letra desconocida. Nueve o diez líneas borroneadas querían colmar la hoja; Emma leyó que el señor Maier había ingerido por error una fuerte dosis de veronal y había fallecido el 3 del corriente en el hospital de Bagé. Un compañero de pensión de su padre firmaba la noticia, un tal Fein o Fain, de Río Grande, que no podía saber que se dirigía a la hija del muerto.

Emma dejó caer el papel. Su primera impresión fue de malestar en el vientre y en las rodillas; luego de ciega culpa, de irrealidad, de frío, de temor; luego, quiso ya estar en el día siguiente. Acto continuo comprendió que esa voluntad era inútil porque la muerte de su padre era lo único que había sucedido en el mundo, y seguiría sucediendo sin fin. Recogió el papel y se fue a su cuarto. Furtivamente lo guardó en un cajón, como si de algún modo ya conociera los hechos ulteriores. Ya había empezado a vislumbrarlos, tal vez; ya era la que sería.

En la creciente oscuridad, Emma lloró hasta el fin de aquel día el suicidio de Manuel Maier, que en los antiguos días felices fue Emanuel Zunz. Recordó veraneos en una chacra, cerca de Gualeguay, recordó (trató de recordar) a su madre, recordó la casita de Lanús que les remataron, recordó los amarillos losanges¹ de una ventana, recordó el auto de prisión, el oprobio, recordó los anónimos con el suelto sobre «el desfalco del cajero», recordó (pero eso jamás lo olvidaba) que su padre, la última noche, le había jurado que el ladrón era Loewenthal. Loewenthal, Aarón Loewenthal, antes gerente de la fábrica y ahora uno de los dueños. Emma, desde 1916, guardaba

1 Losange: figura romboidal en la que los ángulos agudos quedan arriba y abajo.

el secreto. A nadie se lo había revelado, ni siquiera a su mejor amiga, Elsa Urstein. Quizá rehuía la profana incredulidad; quizá creía que el secreto era un vínculo entre ella y el ausente. Loewenthal no sabía que ella sabía; Emma Zunz derivaba de ese hecho ínfimo un sentimiento de poder.

No durmió aquella noche, y cuando la primera luz definió el rectángulo de la ventana, ya estaba perfecto su plan. Procuró que ese día, que le pareció interminable, fuera como los otros. Había en la fábrica rumores de huelga; Emma se declaró, como siempre, contra toda violencia. A las seis, concluido el trabajo, fue con Elsa a un club de mujeres, que tiene gimnasio y pileta. Se inscribieron; tuvo que repetir y deletrear su nombre y su apellido; tuvo que festejar las bromas más vulgares que comentan la revisión. Con Elsa y con la menor de las Kronfuss discutió a qué cinematógrafo irían el domingo a la tarde. Luego, se habló de novios y nadie esperó que Emma hablara. En abril cumpliría diecinueve años, pero los hombres le inspiraban, aún, un temor casi patológico... De vuelta, preparó una sopa de tapioca y unas legumbres, comió temprano, se acostó y se obligó a dormir. Así, laborioso y trivial, pasó el viernes 15, la víspera.

El sábado, la impaciencia la despertó. La impaciencia, no la inquietud, y el singular alivio de estar en aquel día, por fin. Ya no tenía que tramar y que imaginar; dentro de algunas horas alcanzaría la simplicidad de los hechos. Leyó en *La Prensa* que el *Nordstjärnan*, de Malmö, zarparía esa noche del dique 3; llamó por teléfono a Loewenthal, insinuó que deseaba comunicar, sin que lo supieran las otras, algo sobre la huelga y prometió pasar por el escritorio, al oscurecer. Le temblaba la voz; el temblor convenía a una delatora. Ningún otro hecho memorable ocurrió esa mañana. Emma trabajó hasta las doce y fijó con Elsa y con Perla Kronfuss los pormenores del paseo del domingo. Se acostó después de almorzar y recapituló, cerrados los ojos, el plan que había tramado. Pensó que la etapa final sería menos horrible que la primera y que le depararía, sin duda, el sabor de la victoria y de la justicia. De pronto, alarmada, se levantó y corrió al cajón de la cómoda. Lo abrió; debajo del retrato de Milton Sills, donde la había dejado anteanoche, estaba la carta de Fain. Nadie podía haberla visto; la empezó a leer y la rompió.

Referir con alguna realidad los hechos de esa tarde sería difícil y quizá impropio. Un atributo de lo infernal es la irrealidad, un atributo que parece mitigar sus terrores y que los agrava tal vez. ¿Cómo hacer verosímil una acción en la que casi no creyó quien la ejecutaba, cómo recuperar ese breve caos que hoy la memoria de Emma Zunz repudia y confunde? Emma vivía por Almagro, en la calle Liniers; nos consta que esa tarde fue al puerto. Acaso en el infame Paseo de Julio se vio multiplicada en espejos, publicada por luces y desnudada por los ojos hambrientos, pero más razonable es conjeturar que al principio erró, inadvertida, por la indiferente recova... Entró en dos o tres bares, vio la rutina o los manejos de otras mujeres. Dio al fin con hombres del *Nordstjärnan*. De uno, muy joven, temió que le ins-

pirara alguna ternura y optó por otro, quizá más bajo que ella y grosero, para que la pureza del horror no fuera mitigada. El hombre la condujo a una puerta y después a un turbio zaguán y después a una escalera tortuosa y después a un vestíbulo (en el que había una vidriera con losanges idénticos a los de la casa en Lanús) y después a un pasillo y después a una puerta que se cerró. Los hechos graves están fuera del tiempo, ya porque en ellos el pasado inmediato queda como tronchado del porvenir, ya porque no parecen consecutivas las partes que los forman.

¿En aquel tiempo fuera del tiempo, en aquel desorden perplejo de sensaciones inconexas y atroces, pensó Emma Zunz *una sola vez* en el muerto que motivaba el sacrificio? Yo tengo para mí que pensó una vez y que en ese momento peligró su desesperado propósito. Pensó (no pudo no pensar) que su padre le había hecho a su madre la cosa horrible que a ella ahora le hacían. Lo pensó con débil asombro y se refugió, en seguida, en el vértigo. El hombre, sueco o finlandés, no hablaba español; fue una herramienta para Emma como esta lo fue para él, pero ella sirvió para el goce y él para la justicia.

Cuando se quedó sola, Emma no abrió en seguida los ojos. En la mesa de luz estaba el dinero que había dejado el hombre: Emma se incorporó y lo rompió como antes había roto la carta. Romper dinero es una impiedad, como tirar el pan; Emma se arrepintió, apenas lo hizo. Un acto de soberbia y en aquel día... El temor se perdió en la tristeza de su cuerpo, en el asco. El asco y la tristeza la encadenaban, pero Emma lentamente se levantó y procedió a vestirse. En el cuarto no quedaban colores vivos; el último crepúsculo se agravaba. Emma pudo salir sin que lo advirtieran; en la esquina subió a un Lacroze, que iba al oeste. Eligió, conforme a su plan, el asiento más delantero, para que no le vieran la cara. Quizá le confortó verificar, en el insípido trajín de las calles, que lo acaecido no había contaminado las cosas. Viajó por barrios decrecientes y opacos, viéndolos y olvidándolos en el acto, y se apeó en una de las bocacalles de Warnes. Paradójicamente su fatiga venía a ser una fuerza, pues la obligaba a concentrarse en los pormenores de la aventura y le ocultaba el fondo y el fin.

Aarón Loewenthal era, para todos, un hombre serio; para sus pocos íntimos, un avaro. Vivía en los altos de la fábrica, solo. Establecido en el desmantelado arrabal, temía a los ladrones; en el patio de la fábrica había un gran perro y en el cajón de su escritorio, nadie lo ignoraba, un revólver. Había llorado con decoro, el año anterior, la inesperada muerte de su mujer —¡una Gauss, que le trajo una buena dote!—, pero el dinero era su verdadera pasión. Con íntimo bochorno se sabía menos apto para ganarlo que para conservarlo. Era muy religioso; creía tener con el Señor un pacto secreto, que lo eximía de obrar bien, a trueque de oraciones y devociones. Calvo, corpulento, enlutado, de quevedos ahumados y barba rubia, esperaba de pie, junto a la ventana, el informe confidencial de la obrera Zunz.

La vio empujar la verja (que él había entornado a propósito) y cruzar el patio sombrío. La vio hacer un pequeño rodeo cuando el perro atado ladró. Los labios de Emma se atareaban como los de quien reza en voz baja; cansados, repetían la sentencia que el señor Loewenthal oiría antes de morir.

Las cosas no ocurrieron como había previsto Emma Zunz. Desde la madrugada anterior, ella se había soñado muchas veces, dirigiendo el firme revólver, forzando al miserable a confesar la miserable culpa y exponiendo la intrépida estratagema que permitiría a la Justicia de Dios triunfar de la justicia humana. (No por temor, sino por ser un instrumento de la Justicia, ella no quería ser castigada.) Luego, un solo balazo en mitad del pecho rubricaría la suerte de Loewenthal. Pero las cosas no ocurrieron así.

Ante Aarón Loewenthal, más que la urgencia de vengar a su padre, Emma sintió la de castigar el ultraje padecido por ello. No podía no matarlo, después de esa minuciosa deshonra. Tampoco tenía tiempo que perder en teatralerías. Sentada, tímida, pidió excusas a Loewenthal, invocó (a fuer de delatora) las obligaciones de la lealtad, pronunció algunos nombres, dio a entender otros y se cortó como si la venciera el temor. Logró que Loewenthal saliera a buscar una copa de agua. Cuando este, incrédulo de tales aspavientos, pero indulgente, volvió del comedor, Emma ya había sacado del cajón el pesado revólver. Apretó el gatillo dos veces. El considerable cuerpo se desplomó como si los estampidos y el humo lo hubieran roto, el vaso de agua se rompió, la cara la miró con asombro y cólera, la boca de la cara la injurió en español y en ídish. Las malas palabras no cejaban; Emma tuvo que hacer fuego otra vez. En el patio, el perro encadenado rompió a ladrar, y una efusión de brusca sangre manó de los labios obscenos y manchó la barba y la ropa. Emma inició la acusación que tenía preparada («He vengado a mi padre y no me podrán castigar...»), pero no la acabó, porque el señor Loewenthal ya había muerto. No supo nunca si alcanzó a comprender.

Los ladridos tirantes le recordaron que no podía, aún, descansar. Desordenó el diván, desabrochó el saco del cadáver, le quitó los quevedos salpicados y los dejó sobre el fichero. Luego tomó el teléfono y repitió lo que tantas veces repetiría, con esas y con otras palabras: «Ha ocurrido una cosa que es increíble... El señor Loewenthal me hizo venir con el pretexto de la huelga... Abusó de mí, lo maté...».

La historia era increíble, en efecto, pero se impuso a todos, porque sustancialmente era cierta. Verdadero era el tono de Emma Zunz, verdadero el pudor, verdadero el odio. Verdadero también era el ultraje que había padecido; solo eran falsas las circunstancias, la hora y uno o dos nombres propios.



CALIXTO GARMENDIA

1954

CIRO ALEGRÍA

(peruano)

Déjame contarte —le pidió Remigio Garmendia a Anselmo, levantando la cara. Todos estos días, anoche, esta mañana, aún esta tarde, he recordado mucho... Hay momentos en que a uno se le agolpa la vida... Además, debes aprender. La vida, corta o larga, no es de uno solamente. Sus ojos diáfanos parecían fijos en el tiempo. La voz se le fraguaba hondo y tenía un rudo timbre de emoción. Blandíanse a ratos las manos encallecidas.

—Yo nací arriba, en un pueblito de los Andes. Mi padre era carpintero y me mandó a la escuela. Hasta segundo año de primaria era todo lo que había. Y eso que tuve suerte de nacer en el pueblo, porque los niños del campo se quedaban sin escuela. Fuera de su carpintería, mi padre tenía un terrenito al lado del pueblo, pasando la quebrada, y lo cultivaba con la ayuda de algunos indios a los que pagaba en plata o con obritas de carpintería: que el cabo de una lampa o un hacha, que una mesita, en fin. Desde un extremo del corredor de mi casa, veíamos amarillear el trigo, verdear el maíz, azulear las habas en nuestra pequeña tierra. Daba gusto. Con la comida y la carpintería, teníamos bastante, considerando nuestra pobreza. A causa de tener algo y también por su carácter, mi padre no agachaba la cabeza ante nadie. Su banco de carpintero estaba en el corredor de la casa, dando a la calle. Pasaba el alcalde. «Buenos días, señor», decía mi padre, y se acabó. Pasaba el subprefecto. «Buenos días, señor», y asunto concluido. Pasaba el alférez de gendarmes. «Buenos días, alférez», y nada más. Pasaba el juez y lo mismo. Así era mi padre con los mandones. Ellos hubieran querido que les tuviera miedo o les pidiese o les debiera algo. Se acostumbran a todo eso los que mandan. Mi padre les disgustaba y no acababa ahí la cosa. De repente venía gente del pueblo, ya sea indios, cholos o blancos pobres. De a diez, de a veinte o también en poblada llegaban. «Don Calixto, encabécenos para hacer este reclamo». Mi padre se llamaba Calixto. Oía de lo que se trataba, si le parecía bien aceptaba y salía a la cabeza de la gente, que daba vivas y metía harta bulla, para hacer el reclamo. Hablaba con buena palabra. A veces hacía ganar a los reclamadores y otras perdía, pero el pueblo siempre le tenía confianza. Abuso que se cometía, ahí estaba mi padre para reclamar al frente de los perjudicados. Las autoridades y los ricos del pueblo, dueños de haciendas y fundos, le tenían echado el ojo para partirlo en la primera ocasión. Consideraban altanero a mi padre y no los dejaba tranquilos. Él ni se daba cuenta y vivía como si nada le pudiera pasar. Había hecho un sillón grande, que ponía en el corredor. Ahí solía sentarse, por las tardes, a conversar con los amigos. «Lo que necesitamos es justicia», decía. «El día que el Perú tenga justicia, será grande». No dudaba de que la habría y se torcía los mostachos con satisfacción, predicando: «No debemos consentir abusos».

Sucedió que vino una epidemia de tifo y el panteón del pueblo se llenó con los muertos del propio pueblo y los que traían del campo. Entonces las autoridades echaron mano de nuestro terrenito para panteón. Mi padre protestó diciendo

que tomaran tierra de los ricos, cuyas haciendas llegaban hasta la propia salida del pueblo. Dieron de pretexto que el terreno de mi padre estaba ya cercado, pusieron gendarmes y comenzó el entierro de muertos. Quedaron a darle una indemnización de setecientos soles, que era algo en esos años, pero que autorización, que requisitos, que papeleo, que no hay plata en este momento... Se la estaban cobrando a mi padre, para ejemplo de reclamadores. Un día, después de discutir con el alcalde, mi viejo se puso a afilar una cuchilla y, para ir a lo seguro, también un formón. Mi madre algo le vería en la cara y se le prendió del cogote y le lloró diciéndole que nada sacaba con ir a la cárcel y dejarnos a nosotros más desamparados. Mi padre se contuvo como quebrándose. Yo era niño entonces y me acuerdo de todo eso como si hubiera pasado esta tarde.

Mi padre no era hombre que renunciara a su derecho. Comenzó a escribir cartas exponiendo la injusticia. Quería conseguir que al menos le pagaran. Un escribano le hacía las cartas y le cobraba dos soles por cada una. Mi pobre escritura no valía para eso. El escribano ponía al final: «A ruego de Calixto Garmendia, que no sabe firmar, Fulano». El caso fue que mi padre despachó dos o tres cartas al diputado por la provincia. Silencio. Otras al senador por el departamento. Silencio. Otra al mismo presidente de la República. Silencio. Por último mandó cartas a los periódicos de Almagro y a los de Lima. Nada, señor. El postillón llegaba al pueblo una vez por semana, jalando una mula cargada con la valija del correo. Pasaba por la puerta de la casa y mi padre se iba detrás y esperaba en la oficina de despacho hasta que clasificaban la correspondencia. A veces, yo también iba. «¿Carta para Calixto Garmendia?», preguntaba mi padre. El interventor, que era un viejito flaco y bonachón, tomaba las cartas que estaban en la casilla de la G, las iba viendo y al final decía: «Nada, amigo». Mi padre salía comentando que la próxima vez habría carta. Con los años, afirmaba que al menos los periódicos responderían. Arizmendi me ha dicho que, por lo regular, los periódicos creen que asuntos como esos carecen de interés general. Esto, en el caso de que los mismos no estén en favor del gobierno y sus autoridades y callen cuanto pueda perjudicarles. Mi padre tardó en desengañarse de reclamar lejos y estar yéndose por las alturas, varios años.

Un día, a la desesperada, fue a sembrar la parte del panteón que aún no tenía cadáveres, para afirmar su propiedad. Lo tomaron preso los gendarmes, mandados por el subprefecto en persona, y estuvo dos días en la cárcel. Los trámites estaban ultimados y el terreno era de propiedad municipal legalmente. Cuando mi padre iba a hablar con el Síndico de Gastos del Municipio, el tipo abría el cajón del escritorio y decía como si ahí debiera estar la plata: «No hay dinero, no hay nada ahora. Cálmate, Garmendia. Con el tiempo se te pagará». Mi padre presentó dos recursos al juez. Le costaron diez soles cada uno. El juez los declaró sin lugar. Mi padre ya no pensaba en afilar la cuchilla y el formón. «Es triste tener que hablar así —dijo una vez—, pero no me darían tiempo de matar a todos los que debía». El dinerito que mi madre había ahorrado y estaba en una ollita escondida en el terrado de la casa se fue en cartas y en papeleo.

A los seis o siete años del despojo, mi padre se cansó hasta de cobrar. Envejeció mucho en aquellos tiempos. Lo que más le dolía era el atropello. Alguna vez pensó en irse a Almagro o a Lima a reclamar, pero no tenía dinero para eso. Y cayó también en cuenta de que, viéndolo pobre y solo, sin influencias ni nada, no le harían caso. ¿De quién y cómo podía valerle? El terreno seguía de panteón, recibiendo muertos.

Mi padre no quería ni verlo, pero cuando por casualidad llegaba a mirarlo, decía: «¡Algo mío han enterrado también ahí! ¡Crea usted en la justicia!». Siempre se había ocupado de que les hicieran justicia a los demás y, al final, no la había podido obtener ni para él mismo. Otras veces se quejaba de carecer de instrucción y siempre despotricaba contra los tiranos, gamonales, tagarotes y mandones.

Yo fui creciendo en medio de esa lucha. A mi padre no le quedó otra cosa que su modesta carpintería. Apenas tuve fuerzas, me puse a ayudarlo en el trabajo. Era muy escaso. En ese pueblito sedentario, casas nuevas se levantarían una cada dos años. Las puertas de las otras duraban. Mesas y sillas casi nadie usaba. Los ricos del pueblo se enterraban en cajón, pero eran pocos y no morían con frecuencia. Los indios enterraban a sus muertos envueltos en mantas sujetas con cordel, igual que aquí en la costa entierran a cualquier peón de caña, sea indio o no. La verdad era que cuando nos llegaba la noticia de un rico difunto y el encargo de un cajón, mi padre se ponía contento. Se alegraba de tener trabajo y también de ver irse al hoyo a uno de la pandilla que lo despojó. ¿A qué hombre, tratado así, no se le daña el corazón? Mi madre creía que no estaba bueno alegrarse debido a la muerte de un cristiano y encomendaba el alma del finado rezando unos cuantos padrenuestros y avemarías. Duro le dábamos al serrucho, al cepillo, a la lija y a la clavada mi padre y yo, que un cajón de muerto debe hacerse luego. Lo hacíamos por lo común de aliso y quedaba blanco. Algunos lo querían así y otros que pintado de color caoba o negro y encima charolado. De todos modos, el muerto se iba a podrir lo mismo bajo la tierra, pero aun para eso hay gustos.

Una vez hubo un acontecimiento grande en mi casa y en el pueblo. Un forastero abrió una nueva tienda, que resultó mejor que las otras cuatro que había. Mi viejo y yo trabajamos dos meses haciendo el mostrador y los andamios para los géneros y abarrotes. Se inauguró con banda de música y la gente hablaba de progreso. En mi casa, hubo ropa nueva para todos. Mi padre me dio para que la gastara en lo que quisiera, así, en lo que quisiera, la mayor cantidad de plata que había visto en mis manos: dos soles. Con el tiempo, la tienda no hizo otra cosa que mermar el negocio de las otras cuatro, nuestra ropa envejeció y todo fue olvidado. Lo único bueno fue que yo gasté los dos soles en una muchacha llamada Eutimia, así era el nombre, que una noche se dejó coger entre los alisos de la quebrada. Eso me duró. En adelante no me cobró ya nada y si antes me recibió los dos soles, fue de pobre que era.

En la carpintería las cosas siguieron como siempre. A veces hacíamos un baúl o una mesita o dos o tres sillas en un mes. Como siempre, es un decir. Mi padre trabajaba a disgusto. Antes lo había visto yo gozarse puliendo y charolando cualquier obrita y le quedaba muy vistosa. Después ya no le importó y como que salía del paso con un poco de lija. Hasta que al fin llegaba el encargo de otro cajón de muerto, que era plato fuerte. Cobrábamos generalmente diez soles. Dele otra vez a alegrarse mi padre, que solía decir: «¡Se fregó otro bandido, diez soles!», y a trabajar duro él y yo, y a rezar mi madre y a sentir alivio hasta por las virutas. Pero ahí acababa todo. ¿Eso es vida? Como muchacho que era, me disgustaba que en esa vida estuviera mezclada tanto la muerte.

La cosa fue más triste cada vez. En las noches, a eso de las tres o cuatro de la madrugada, mi padre se echaba unas cuantas piedras bastante grandes a los bolsillos, se sacaba los zapatos para no hacer bulla y caminaba medio agazapado hacia la casa del alcalde. Tiraba las piedras, rápidamente, a diferentes partes del techo, rompiendo las tejas. Luego volvía a la carrera y, ya dentro de la casa, a os-

curas, pues no encendía luz para evitar sospechas, se reía, se reía. Su risa parecía a ratos el graznido de un animal. A ratos era tan humana, tan desastrosamente humana, que me daba más pena todavía. Se calmaba unos cuantos días con eso. Por otra parte, en la casa del alcalde solían vigilar. Como había hecho incontables chanchadas, no sabían a quién echarle la culpa de las piedras. Cuando mi padre deducía que se habían cansado de vigilar, volvía a romper tejas. Llegó a ser un experto en la materia. Luego rompió tejas de las casas del juez, del subprefecto, del alférez de gendarmes, del Síndico de Gastos. Calculadamente, rompió las de las casas de otros notables, para que si querían deducir, se confundieran. Los ocho gendarmes del pueblo salieron en ronda muchas noches, en grupos y solos, y nunca pudieron atrapar a mi padre. Se había vuelto un artista de la rotura de tejas. De mañana salía a pasear por el pueblo para darse el gusto de ver que los sirvientes de las casas que atacaba subían con tejas nuevas a reemplazar las rotas. Si llovía, era mejor para mi padre. Entonces atacaba la casa de quien odiaba más, el alcalde, para que el agua la dañara o, al caerles, los molestara a él y su familia. Llegó a decir que les metía el agua a los dormitorios, de lo bien que calculaba las pedradas. Era poco probable que pudiese calcular tan exactamente en la oscuridad, pero él pensaba que lo hacía, por darse el gusto de pensarlo.

El alcalde murió de un momento a otro. Unos decían que de un atracón de carne de choncho y otros que de las cóleras que le daban sus enemigos. Mi padre fue llamado para que le hiciera el cajón y me llevó a tomar las medidas con un cordel. El cadáver era grande y gordo. Había que verle la cara a mi padre contemplando el muerto. Él parecía la muerte. Cobró cincuenta soles, adelantados, uno sobre otro. Como le reclamaron el precio, dijo que el cajón tenía que ser muy grande, pues el cadáver también lo era y además gordo, lo cual demostraba que el alcalde comió bien. Hicimos el cajón a la diablo. A la hora del entierro, mi padre contemplaba desde el corredor cuando metían el cajón al hoyo, y decía: «Come la tierra que me quitaste, condenado; come, come». Y reía con esa su risa horrible. En adelante, dio preferencia en la rotura de tejas a la casa del juez y decía que esperaba verlo entrar al hoyo también, lo mismo que a los otros mandones. Su vida era odiar y pensar en la muerte. Mi madre se consolaba rezando. Yo, tomando a Eutimia en el alisar de la quebrada. Pero me dolía muy hondo que hubieran derrumbado así a mi padre. Antes de que lo despojaran, su vida era amar a su mujer y su hijo, servir a sus amigos y defender a quien lo necesitara. Quería a su patria. A fuerza de injusticia y desamparo, lo habían derrumbado.

Mi madre le dio esperanza con el nuevo alcalde. Fue como si mi padre sanara de pronto. Eso duró dos días. El nuevo alcalde le dijo también que no había plata para pagarle. Además, que abusó cobrando cincuenta soles por un cajón de muerto y que era un agitador del pueblo. Como se lo quisiera tomar, esto ya no tenía ni apariencia de verdad. Hacía años que las gentes, sabiendo a mi padre en desgracia con las autoridades, no iban por la casa para que las defendiera. Con este motivo ni se asomaban. Mi padre le gritó al nuevo alcalde, se puso furioso y lo metieron quince días en la cárcel, por desacato. Cuando salió, le aconsejaron que fuera con mi madre a darle satisfacciones al alcalde, que le lloraran ambos y le suplicaran el pago. Mi padre se puso a clamar: «¡Eso nunca! ¿Por qué quieren humillarme? ¡La justicia no es limosna! ¡Pido justicia!». Al poco tiempo, mi padre murió.



FUTURO ANUNCIADO

1992

GIOVANNA POLLAROLO

(peruana)



Reverendas madres
el reverendo padre
la comunidad toda
de las Hijas de santa Ana
no se cansaron nunca de repetirnos
que éramos el futuro
las esposas y madres del mañana
las esposas de los conductores de la Patria
las madres de los futuros conductores
de la Patria.
Dios nos había elegido
¡he ahí el privilegio!
para tan grande y difícil misión.



MATERNIDAD

1996

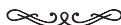
ROCÍO SILVA SANTISTEBAN

(peruana)



Para Sol

Descansa mi cuerpo sobre la cama.
Entre los dedos cojo algo de mentol
y lo huelo, con discreción.
Los movimientos se hacen torpes
y el mundo
lento.
Con la mano cóncava toco mi vientre
Acaricio las estrías, se torna duro
y la hinchazón parece tender a estirarlo.
Este cuerpo viejo quiere reventar
de calambres y dolores.
Este cuerpo,
antigua habitación de desencuentros,
se agita e intenta inútilmente prolongar,
pequeña mía,
este tiempo en que somos
una sola.



EL CABULIWALLAH

El padre de la protagonista es el narrador en primera persona de este cuento. Es por medio de sus ojos y sentimientos que se nos cuenta la historia. Observa que Mini, la protagonista, y el cabuliwallah son muy diferentes. Resume todas las diferencias que puedas encontrar.

Según el cuento, ¿qué quiere decir el cabuliwallah al preguntar a Mini cuándo va a «ir a la casa de su suegro»? ¿Qué otro sentido tiene esa expresión?

El cabuliwallah tuvo un incidente con uno de sus clientes y por eso fue preso. ¿Qué sensación te provocó esta situación?, ¿por qué?

¿Por qué el padre de Mini trata de impedir al cabuliwallah ver a su hija cuando la visita luego de salir de la cárcel?

¿Por qué el cabuliwallah se había hecho tan amigo de Mini? ¿Qué veía en ella?

Cuando Mini aparece ante el cabuliwallah vestida de novia, este se da cuenta de algo. ¿Qué es?

¿Por qué el padre de Mini le da dinero al cabuliwallah, a pesar de que eso significa que deberá hacer un matrimonio más sencillo para su hija?

CABALLOS DE MEDIANOCHE

Observa que este cuento tiene un epígrafe (una cita que se pone al inicio de una composición) que habla de la muerte y la soledad. Explica por qué crees que el autor escogió ese epígrafe para el cuento.

Hay padres serios, padres distantes, padres alegres, etc. Escribe un pequeño párrafo en el que describas cómo es la relación del protagonista con su hija.

El padre parece tener un problema de salud. Copia el párrafo en el que aparezca por primera vez en la historia un indicio de esta condición.

Si bien en ninguna parte del cuento se dice que el padre está solo y que la hija no tiene más que a su papá, esto es evidente por el diálogo que sostienen. Haz referencia a alguna parte del diálogo que pudiera sugerir que solo se tienen el uno al otro.

¿Qué opinas sobre la decisión del padre al final del cuento? ¿Qué harías tú en una situación semejante? Da tus razones.

Teniendo en cuenta el epígrafe y el final, el título de este cuento es una metáfora. ¿Qué son los caballos de medianoche?



NO OYES LADRAR LOS PERROS

Este cuento está constituido básicamente por diálogos en los que un padre, durante la noche, lleva en hombros a su hijo herido para que le curen. ¿Cómo nos damos cuenta de que es una situación extrema?

La relación entre ambos no está libre de problemas. El hijo tiene una vida delincuencial. Sin embargo, el padre socorre a su hijo, ¿por qué lo hace?

Al final, cuando llegan al pueblo, el padre le reprocha al hijo no haberlo ayudado a escuchar si ladraban los perros, signo de que el pueblo está cerca. ¿Por qué no pudo ayudarlo?

EMMA ZUNZ

En este cuento, la protagonista, Emma Zunz, se entera del suicidio de su padre motivado por una injusta acusación de latrocinio. El autor de este robo es el dueño de la fábrica en la que Emma trabaja. ¿En qué momento la protagonista planea su venganza?

Explica en tus propias palabras en qué consiste la venganza de Emma.

¿Cómo evita Emma ser inculpada de la muerte de Loewenthal?

¿Con qué propósito Loewenthal acude a encontrarse con Emma?

Explica en tus propias palabras esta expresión referida a ese marinero: «El hombre, sueco o finlandés, no hablaba español; fue una herramienta para Emma como esta lo fue para él, pero ella sirvió para el goce y él para la justicia».

CALIXTO GARMENDIA

Elige dos citas del texto, una que describa qué actitudes tenía Calixto Garmendia antes de que le quitaran su terreno y otra que describa sus actitudes luego de que convirtieran su terreno en un panteón. Realiza un comentario sobre estos cambios de carácter y comenta si, en realidad, para ti es justificable su proceder.

Comenta la siguiente cita: «De repente venía la gente del pueblo, ya sea indios, cholos o blancos pobres. De a diez, de a veinte o también en poblada llegaban. “Don Calixto, encábécnos para hacer este reclamo”. Mi padre se llamaba Calixto. Oía de lo que se trataba, si le parecía bien aceptaba y salía a la cabeza de la gente, que daba vivas y metía harta bulla, para hacer el reclamo. Hablaba con buena palabra. A veces hacía ganar a los reclamadores y otras perdía, pero el pueblo siempre le tenía confianza. Abuso que se cometía, ahí estaba mi padre para reclamar al frente de los perjudicados». ¿Qué demuestra don Calixto con estas actitudes? ¿Por qué crees que los pobladores le tienen confianza? Explica.

Calixto Garmendia murió sin recibir justicia, ¿crees que sí podían dársela?, ¿de quién o de quiénes dependía? Relaciona este hecho con otros casos similares que conozcas. Luego reflexiona sobre qué necesitamos para que pueda hacerse justicia en casos como estos.



FUTURO ANUNCIADO

Observa que este poema tiene dos partes: una del verso 1 al verso 10; la segunda, los tres últimos. La primera parte es una afirmación. Según este poema, ¿cuál es el papel de la mujer en la sociedad?

Explica por qué estás o no de acuerdo con ese papel de la mujer.

El penúltimo verso es una exclamación «¡he ahí el privilegio!». ¿Es realmente un privilegio el ser solo esposa y madre de «los conductores de la Patria»? Explica tu respuesta.

Cuando unas palabras quieren comunicar exactamente lo contrario de lo que dicen, decimos que se trata de una ironía. ¿Crees que la voz poética ha utilizado la ironía en el penúltimo verso? Explica tus razones.

MATERNIDAD

Este es un muy bello poema acerca de la maternidad. Relee los primeros versos. La madre reposa y respira un poco de mentol para ahuyentar el malestar. ¿Cómo comunica la voz poética que su vientre es grande?





ÁNGEL DE OCONGATE

1982

EDGARDO RIVERA MARTÍNEZ

(peruano)

Quién soy y sino apagada sombra en el atrio de una capilla en ruinas, en medio de una puna inmensa. Por instantes silba el viento, pero después regresa todo a su quietud. Hora incierta, gris, al pie de ese agrietado imafronte¹. En ella es más ansioso y febril mi soliloquio. Y cuán extraña mi figura—ave, ave negra que inmóvil reflexiona. Esclavina de paño y seda sobre los hombros, tan gastada, y, sin embargo, espléndida. Sombrero de abolido plumaje, y jubón, camisa de lienzo y blondas. Exornado tahalí. Todo en harapos y tan absurdo. ¿Cómo no habían de asombrarse los que por primera vez me vieron? ¿Cómo no iban a pensar en un danzante que andaba extraviado en la meseta? Decían, en lengua de sus *ayllus*: «¿Quién será? ¿De qué baile será el ropaje? ¿Dónde habrá danzado?». Y los que se topaban conmigo preguntaban: «¿Cómo te llamas? ¿Cuál es tu pueblo?». Y como yo callaba y advertían el raro fulgor de mis pupilas, y mi abstramiento, mi melancolía, acabaron por considerar que había perdido el juicio y la memoria, quizás por el frenesí de la danza misma en la que había participado. Y comentaban: «No recuerda ni a su padre ni a su madre ni la tierra donde vino al mundo. Y nadie tal vez lo busca...». Se santiguaban las ancianas al verme, y las muchachas se lamentaban: «Joven y hermoso es, y tan triste...». Y así, por obra de esa supuesta insania, y de mi gravedad, de mi apariencia, se acrecentó la sensación de extrañeza que mi presencia provocaba. Una sensación tan acusada que por fuerza excluyó toda posibilidad de burla. Hubo incluso pastores que, movidos por un temor mágico, ponían a mi alcance bolsitas de coca, en calidad de ofrenda. Y como nadie me oyó hablar nunca, ni articular siquiera un monosílabo, se concluyó que había perdido también el uso de la palabra. Era comprensible tal pensamiento pues solo a mí mismo me dirijo en una fluencia razonada que no se traduce ni en el más leve movimiento de mis labios. Solo a mí, en una continuidad silenciosa ya que una tenaz resistencia interna me impide toda forma de comunicación y todo intento de diálogo. Y así es mejor, sin duda. Sea como fuere esa imagen de forastero enajenado y mudo, que se difundió con gran rapidez, redundó en beneficio de mi libertad, porque no ha habido gobernadores ni *varayocs* que me detuvieran por deambular como lo hago. Compartían más bien esa mezcla de sorpresa, temor y compasión que experimentaban frente a mí sus paisanos. Sobre unos y otros pesaban, además, creencias ancestrales, por cuya virtud mi «locura» adquiriría una dignidad casi

1 Imafronte: fachada que se levanta a los pies de una iglesia o templo.

sobrenatural. ¡Mi demencia! No me ha incomodado, en ningún momento, el rumor que al respecto se expandió, pero de cuando en cuando me asediaba la duda. ¿Y si a pesar de todo era verdad aquello? ¿Si realmente fui danzante y olvidé todo? ¿Si alguna vez tuve un nombre, una casa, una familia? Inquieto, me acercaba a los manantiales y me observaba. Tan cetrino mi rostro, y velado siempre por un halo fúnebre. Idéntico siempre a mí mismo, en su adustez, en su hermetismo. Me contemplaba, y tenía la seguridad de que jamás había desvariado, y de que jamás tampoco fui bailante. Certeza puramente intuitiva, pero no por ello menos vigorosa. Mas entonces, si nunca se extravió mi espíritu, ¿cómo entender la taciturna corriente que me absorbe? ¿Cómo explicar mi atavío y la obstinación con la que a él me aferro? ¿Por qué esa vaga desazón ante el lago? No, no podía responder a esas preguntas, y era vano así mismo encontrar una justificación para unas manos tan blancas y un hablar que no es de *misti* ni de campesino. Y más inútil aún tratar de contestar a la interrogación fundamental: ¿quién soy, entonces? Era como si en un punto interminable del pasado hubiese surgido yo de la nada, vestido ya como estoy, y balbuceando, angustiándome. Errante ya y ajeno a juventud, amor, familia. Encerrado en mí mismo y sin acordarme de un principio ni avizorar un fin. Iba, pues, por los caminos y los páramos, sin dormir ni un momento ni hacer alto por más de un día. Absorto en mi monólogo, aunque ayudase a un viajero bajo la lluvia, a una mujer con sus hijos, a un *pongo* moribundo. Concurría a los pueblos en fiesta, y escuché con temerosa esperanza la música de las quenás y los sicuris, y miré una tras de otra las cuadrillas, sobre todo las que venían de muy lejos, y en especial las de Copacabana, de Oruro, de Zepita, de Combapata. Me conmovían sus interpretaciones, mas no reconocí jamás una cadencia ni hallé un atuendo que se asemejara al mío. Transcurrieron así los meses y los años y todo habría continuado de esa manera si el azar —¿el azar, realmente?— no me hubiera conducido al tambo de Raurac. No había nadie sino un hombre viejo que descansaba, que me observó con atención. Me habló de pronto y dijo, en un quechua que me pareció muy antiguo: «Eres el bailante sin memoria. Eres él, y hace mucho que caminas. Anda a la capilla de la Santa Cruz, en la pampa de Ocongate. ¡Anda y mira!». Tomé nota de su insistencia, y a la mañana siguiente, muy temprano, me puse en marcha. Y así, al cabo de tres jornadas, llegué a este santuario abandonado, del que apenas si quedan la fachada y los pilares. Vine al atrio y a poco mis ojos se posaron en el friso aquel, entre los arcos. Allí, en la losa quebrada otrora por un rayo, hay cuatro figuras en relieve. Cuatro figuras danzantes. Visten esclavina, jubón, sombrero de plumas, tahalí, botas. Y no representan devotos ni santos sino ángeles como los que aparecen en los cuadros de Pomata y del Cuzco. Son cuatro, mas el último fue alcanzado por la centella y solo quedan los contornos de su cuerpo y las líneas de las alas y el plumaje. Cuatro ángeles, al pie de esa floración de hojas, arabescos, frutos. ¿Qué baile es el que danzan? ¿Qué música la que siguen? ¿Es un acto de celebración y de alegría? Los contemplo, en el silencio glacial y terrible de este sitio, y me detengo en la silueta vacía del ausente. Cierro después los ojos. Sí, solo una sombra soy, apagada sombra. Y ave, ave negra que no sabrá nunca la razón de su caída. En silencio, siempre, siempre y sin término la soledad, el crepúsculo, el exilio...



ROSAMUNDA

1970

CARMEN LAFORET

(española)

Estaba amaneciendo, al fin. El departamento de tercera clase olía a cansancio, a tabaco y a botas de soldado. Ahora se salía de la noche como de un gran túnel y se podía ver a la gente acurrucada, dormidos hombres y mujeres en sus asientos duros. Era aquel un incómodo vagón-tranvía, con el pasillo atestado de cestas y maletas. Por las ventanillas se veía el campo y la raya plateada del mar.

Rosamunda se despertó. Todavía se hizo una ilusión placentera al ver la luz entre sus pestañas semicerradas. Luego comprobó que su cabeza colgaba hacia atrás, apoyada en el respaldo del asiento y que tenía la boca seca de llevarla abierta. Se rehízo, enderezándose. Le dolía el cuello —su largo cuello marchito—. Echó una mirada a su alrededor y se sintió aliviada al ver que dormían sus compañeros de viaje. Sintió ganas de estirar las piernas entumecidas —el tren traqueteaba, pitaba—. Salió con grandes precauciones, para no despertar, para no molestar, «con pasos de hada» —pensó—, hasta la plataforma.

El día era glorioso. Apenas se notaba el frío del amanecer. Se veía el mar entre naranjos. Ella se quedó como hipnotizada por el profundo verde de los árboles, por el claro horizonte de agua.

—«Los odiados, odiados naranjos... Las odiadas palmeras... El maravilloso mar...».

—¿Qué decía usted?

—A su lado estaba un soldadillo. Un muchachito pálido. Parecía bien educado. Se parecía a su hijo. A un hijo suyo que se había muerto. No al que vivía; al que vivía, no, de ninguna manera.

—No sé si será usted capaz de entenderme —dijo, con cierta altivez—. Estaba recordando unos versos míos. Pero si usted quiere, no tengo inconveniente en recitar...

El muchacho estaba asombrado. Veía a una mujer ya mayor, flaca, con profundas ojeras. El cabello oxigenado, el traje de color verde, muy viejo. Los pies calzados en unas viejas zapatillas de baile..., sí, unas asombrosas zapatillas de baile, color de plata, y en el pelo una cinta plateada también, atada con un lacito... Hacía mucho que él la observaba.

—¿Qué decide usted? —preguntó Rosamunda, impaciente—. ¿Le gusta o no oír recitar?

—Sí, a mí...

El muchacho no se reía porque le daba pena mirarla. Quizá más tarde se reiría. Además, él tenía interés porque era joven, curioso. Había visto pocas cosas en su vida y deseaba conocer más. Aquello era una aventura. Miró a Rosamunda y la vio soñadora. Entornaba los ojos azules. Miraba al mar.

—¡Qué difícil es la vida!

Aquella mujer era asombrosa. Ahora había dicho esto con los ojos llenos de lágrimas.

—Si usted supiera, joven... Si usted supiera lo que este amanecer significa para mí, me disculparía. Este correr hacia el Sur. Otra vez hacia el Sur... Otra vez a mi casa. Otra vez a sentir ese ahogo de mi patio cerrado, de la incompreensión de mi esposo... No se sonría usted, hijo mío; usted no sabe nada de lo que puede ser la vida de una mujer como yo. Este tormento infinito... Usted dirá que por qué le cuento todo esto, por qué tengo ganas de hacer confidencias, yo, que soy de naturaleza reservada... Pues, porque ahora mismo, al hablarle, me he dado cuenta de que tiene usted corazón y sentimiento y porque esto es mi confesión. Porque, después de usted, me espera, como quien dice, la tumba... El no poder hablar ya a ningún ser humano..., a ningún ser humano que me entienda.

Se calló, cansada, quizá, por un momento. El tren corría, corría... El aire se iba haciendo cálido, dorado. Amenazaba un día terrible de calor.

—Voy a empezar a usted mi historia, pues creo que le interesa... Sí. Figúrese usted una joven rubia, de grandes ojos azules, una joven apasionada por el arte... De nombre, Rosamunda... Rosamunda, ¿ha oído?... Digo que si ha oído mi nombre y qué le parece.

El soldado se ruborizó ante el tono imperioso.

—Me parece bien... bien.

—Rosamunda... —continuó ella, un poco vacilante. Su verdadero nombre era Felisa; pero, no se sabe por qué, lo aborrecía. En su interior siempre había sido Rosamunda, desde los tiempos de su adolescencia. Aquel Rosamunda se había convertido en la fórmula mágica que la salvaba de la estrechez de su casa, de la monotonía de sus horas; aquel Rosamunda convirtió al novio zafio y colorado en un príncipe de leyenda. Rosamunda era para ella un nombre amado, de calidades exquisitas... Pero ¿para qué explicar al joven tantas cosas?

—Rosamunda tenía un gran talento dramático. Llegó a actuar con éxito brillante. Además, era poetisa. Tuvo ya cierta fama desde su juventud... Imagínese, casi una niña, halagada, mimada por la vida y, de pronto, una catástrofe... El amor... ¿Le he dicho a usted que era ella famosa? Tenía dieciséis años apenas, pero la rodeaban por todas partes los admiradores. En uno de los recitales de poesía, vio al hombre que causó su ruina. A... A mi marido, pues Rosamunda, como usted comprenderá, soy yo. Me casé sin saber lo que hacía, con un hombre brutal, sórdido y celoso. Me tuvo encerrada años y años. ¡Yo!... Aquella mariposa de oro que era yo... ¿Entiende?

(Sí, se había casado, si no a los dieciséis años, a los veintitrés; pero ¡al fin y al cabo!... Y era verdad que le había conocido un día que recitó versos suyos en casa de una amiga. Él era carnicero. Pero, a este muchacho, ¿se le podían contar las cosas así? Lo cierto era aquel sufrimiento suyo, de tantos años. No había podido ni recitar un solo verso, ni aludir a sus pasados éxitos —éxitos quizás inventados, ya que no se acordaba bien; pero...—. Su mismo hijo solía decirle que se volvería loca de pensar y

llorar tanto. Era peor esto que las palizas y los gritos de él cuando llegaba borracho. No tuvo a nadie más que al hijo aquel, porque las hijas fueron descaradas y necias, y se reían de ella, y el otro hijo, igual que su marido, había intentado hasta encerrarla).

—Tuve un hijo único. Un solo hijo. ¿Se da cuenta? Le puse Florisel... Crecía delgadito, pálido, así como usted. Por eso quizá le cuento a usted estas cosas. Yo le contaba mi magnífica vida anterior. Solo él sabía que conservaba un traje de gasa, todos mis collares... Y él me escuchaba, me escuchaba... como usted ahora, embobado.

Rosamunda sonrió. Sí, el joven la escuchaba absorto.

—Este hijo se me murió. Yo no lo pude resistir... Él era lo único que me ataba a aquella casa. Tuve un arranque, cogí mis maletas y me volví a la gran ciudad de mi juventud y de mis éxitos... ¡Ay! He pasado unos días maravillosos y amargos. Fui acogida con entusiasmo, aclamada de nuevo por el público, de nuevo adorada... ¿Comprende mi tragedia? Porque mi marido, al enterarse de esto, empezó a escribirme cartas tristes y desgarradoras: no podía vivir sin mí. No puede, el pobre. Además, es el padre de Florisel, y el recuerdo del hijo perdido estaba en el fondo de todos mis triunfos, amargándome.

El muchacho veía animarse por momentos a aquella figura flaca y estafalaria que era la mujer. Habló mucho. Evocó un hotel fantástico, el lujo derrochado en el teatro el día de su «reaparición»; evocó ovaciones delirantes y su propia figura, una figura de «sílfi de cansada», recibíendolas.

—Y, sin embargo, ahora vuelvo a mi deber... Repartí mi fortuna entre los pobres y vuelvo al lado de mi marido como quien va a un sepulcro.

Rosamunda volvió a quedarse triste. Sus pendientes eran largos, baratos; la brisa los hacía ondular... Se sintió desdichada, muy «gran dama»... Había olvidado aquellos terribles días sin pan en la ciudad grande. Las burlas de sus amistades ante su traje de gasa, sus abalorios y sus proyectos fantásticos. Había olvidado aquel largo comedor con mesas de pino cepillado, donde había comido el pan de los pobres entre mendigos de broncas toses. Sus llantos, su terror en el absoluto desamparo de tantas horas en que hasta los insultos de su marido había echado de menos. Sus besos a aquella carta del marido en que, en su estilo tosco y autoritario a la vez, recordando al hijo muerto, le pedía perdón y la perdonaba.

El soldado se quedó mirándola. ¡Qué tipo más raro, Dios mío! No cabía duda de que estaba loca la pobre... Ahora le sonreía... Le faltaban dos dientes.

El tren se iba deteniendo en una estación del camino. Era la hora del desayuno, de la fonda de la estación venía un olor apetitoso... Rosamunda miraba hacia los vendedores de rosquillas.

—¿Me permite usted convidarla, señora?

En la mente del soldadito empezaba a insinuarse una divertida historia. ¿Y si contara a sus amigos que había encontrado en el tren una mujer estupenda y que...?

—¿Convidarme? Muy bien, joven... Quizá sea la última persona que me convide... Y no me trate con tanto respeto, por favor. Puede usted llamarme Rosamunda..., no he de enfadarme por eso.

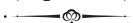


AUSENCIA

1994

CRISTINA FERNÁNDEZ CUBAS

(española)



Te sientes a gusto aquí. Estás en un café antiguo, de veladores de mármol y camareros decrepitos, apurando un helado, viendo pasar a la gente a través del cristal de la ventana, mirando de vez en cuando el vetusto reloj de pared. Las once menos cuarto, las once, las once y diez. Hasta que de pronto —y no puedes explicarte cómo ha podido ocurrir— solo sabes que estás en un café antiguo, apurando un helado, viendo pasar a la gente a través de los cristales y mirando de vez en cuando hacia el reloj de pared. «¿Qué hago yo aquí?», te sorprendes pensando. Pero un sudor frío te hace notar que la pregunta es absurda, encubridora, falsa. Porque lo que menos importa en este momento es recordar lo que estás haciendo allí, sino algo mucho más sencillo. Saber *quién* eres tú.

Tú eres una mujer. De eso estás segura. Lo sabes antes de ladearte ligeramente y contemplar tu imagen reflejada en la luna desgastada de un espejo con el anuncio de un coñac francés. El rostro no te resulta ajeno, tampoco familiar. Es un rostro que te mira asombrado, confuso, pero también un rostro obediente, dispuesto a parpadear, a fruncir el ceño, a dejarse acariciar las mejillas con solo que tú frunzas el ceño, parpadees o te pases, no muy segura aún, una mano por la mejilla. Recuperas tu posición erguida junto al velador de mármol y abres el bolso. Pero ¿se trata de tu bolso? Miras a tu alrededor. Habrá solo unas cuatro o cinco mesas ocupadas que un par de camareros atiende con una mezcla de ceremonia y desgana. El café, de pronto, te recuerda un vagón restaurante de un expreso, pero no te paras a pensar qué puedes saber tú de vagones restaurantes o de expresos. Vuelves al bolso. El color del cuero hace juego con los zapatos. Luego, es tuyo. Y la gabardina, que reposa en la silla de al lado, también, en buena lógica, debe de ser tuya. Un papel arrugado, junto a la copa del helado y en el que se leen unos números borrosos, te indica que ya has abonado la consumición. El detalle te tranquiliza. Hurgas en el bolso y das con un neceser en el que se apiñan lápices de labios, colorete, un cigarrillo deshecho... «Soy desordenada»,

te dices. Abres un estuche plateado y te empolvas la nariz. Ahora tu rostro, desde el minúsculo espejo, aparece más relajado, pero, curiosamente, te has quedado detenida en la expresión «empolvase la nariz». Te suena ridícula, anticuada, absurda. Cierras el neceser y te haces con la cartera. Ha llegado el momento definitivo, y a punto estás de llamar al camarero y pedirle un trago fuerte. Pero no te atreves. ¿Hablarán tu idioma? O mejor: ¿cuál es tu idioma? ¿Cómo podrías afirmar que la luna del espejo en que te has mirado por primera vez anuncia un coñac francés? Algo, dentro de ti, te avisa de que estás equivocando el camino. No debes preguntarte más que lo esencial. Estás en un café —no importa averiguar ahora cómo sabes que esto es un café—, has tomado un helado, el reloj marca las once y diez, y no tienes la menor idea de quién puedas ser tú. En estos casos —porque de repente te parece como si estuvieras preparada para «estos casos»— lo mejor, decides, es no perder la calma. Aspiras profundamente y abres la cartera.

Lo primero que encuentras es una tarjeta de crédito a nombre de Elena Vila Gastón. El nombre no te resulta extraño, tampoco familiar. Después un carnet de identidad con una foto que se te parece. El documento ha sido expedido en el 87 y caduca diez años más tarde. ¿Qué edad tendrás tú? Y también: ¿En qué año estamos? ¿Qué día es hoy? En uno de los ángulos del café observas unas estanterías con periódicos y allí te diriges decidida. Hay diarios en varios idiomas. Sin hacerte demasiadas preguntas escoges dos al azar. El día varía, pero no el año. 1993. Regresas a tu velador junto a la ventana, cotejas fechas y calculas. «Nacida en el 56. Luego, treinta y siete años». De nuevo una voz te pregunta cómo es que sabes contar y no te has olvidado de los números. Pero no le prestas atención —no debes hacerlo— y sigues buscando. En la cartera hay además algún dinero y otro carnet con el número de socia de un club de gimnasia, de nuevo una dirección y un teléfono. Al principio no caes en la cuenta de la importancia que significa tener tu propio número de teléfono. Te has quedado sorprendida de que te guste la gimnasia y también con la extraña sensación de que a este nombre que aparece por tercera vez, Elena Vila Gastón, le falta algo. «Helena», piensas, «sí, me gustaría mucho más llamarme Helena». Y entonces recuerdas —pero no te detienes a meditar si «recordar» es el término adecuado— un juego, un entretenimiento, una habilidad antigua. De pequeña solías ver las palabras, los nombres, las frases. Las palabras tenían color. Unas brillaban más que otras, algunas, muy pocas, aparecían adornadas con ribetes, con orlas. Elena era de un color claro, luminoso. Pero Helena brillaba todavía más y tenía ribetes. Como Ausencia. De pronto ves escrita la palabra «ausencia». La letra es picuda y está ligeramente inclinada hacia la derecha. «Ausencia», te dices. «Eso es lo que me está ocurriendo. Sufro una ausencia». Y por un buen rato sigues con el juego. Café es marrón, Amalia, rojo, Alfonso, gris-plomo, mesa, entre beige y amarillo. Intentas recordarte a ti, de pequeña,

pero solo alcanzas a ver la palabra «pequeña», muy al fondo, en colores desvaídos y letras borrosas. Repites Amalia, Alfonso... Y, por un instante, crees que estos nombres significan algo.

Mecánicamente miras otra vez la foto del carnet de identidad y la comparas con la imagen que te devuelve el espejito del estuche plateado. Relees: «Nacida en Barcelona, 28 de mayo de 1956, hija de Alfonso y Amalia...». ¿Estás empezando a recordar? ¿O Alfonso y Amalia, a los que al principio no habías prestado atención, se han metido ahora en tu pensamiento y se trata tan solo de un recuerdo inmediato, de hace apenas unos segundos? Murmuras en voz baja: «Alfonso Vila, Amalia Gastón...». Y entonces, de nuevo, te pones a sudar. «Estás perdida», te parece escuchar. «Ausente». Sí, te hallas perdida y ausente, pero —y aquí sientes de pronto, un conato de esperanza—, dispones de un teléfono. *Tu* teléfono.

—¿Se encuentra bien? ¿Le ocurre algo?

Ahora te das cuenta de que las mesas han dejado de bailotear y la voz del camarero ha logrado abrirse paso a través de un zumbido. Niegas con la cabeza. Sonríes. Ignoras lo que ha podido ocurrir, pero no te importa.

—No es nada. Me he mareado un poco. Enseguida estaré bien.

Te has quedado admirada escuchando tu voz. En la vida, en tu vida normal, sea cual sea, debes de ser una mujer de recursos. Tus palabras han sonado amables, firmes, tranquilizadoras.

—Aún no es tiempo de helados —añade el camarero contemplando la copa. Es un hombre mayor, casi un anciano—. Los helados para el verano y un cafecito caliente para el invierno.

Le dices que tiene razón, pero solo piensas: «Estamos en invierno. En invierno». Te incorporas, coges la gabardina y el bolso, y preguntas dónde está el servicio.

La encargada de los lavabos no se encuentra allí. Observas aliviada una mesa recubierta con un tapete blanco, un cenicero vacío, un platito con algunas monedas, un teléfono. Te mojas la cara y murmuras: «Elena». Es la cuarta vez que te contemplas ante un espejo y quizá, solo por eso, aquel rostro empieza a resultarte familiar. «Elena», en cambio, te sigue pareciendo corto, incompleto, inacabado. Te pones la gabardina y te miras de nuevo. Es una prenda de buen corte forrada de seda, muy agradable al tacto. «Debo de ser rica», te dices. «O por lo menos tengo gusto. O quizás acabo de robar la gabardina en una tienda de lujo». La palabra «robar» se te aparece color plomo con tintes verduscos, pero casi enseguida deja paso a «número». Número es marrón —como «teléfono», como «café»—, pero si dices «mi número», el mí se te revela blanco, esperanzador, poderoso. Buscas unas monedas, des-cuelgas el auricular y sabes que, como nada sabes, debes obrar con cautela.

Puedes imposter la voz, preguntar por Elena Vila Gastón, inventar cualquier cosa a la hora de identificarte. «Ha salido. Volverá a las diez de la noche. Está en el trabajo...». Prestarás especial atención al tono empleado.

¿Cotidianeidad? ¿Sorpresa? ¿Alarma? Tal vez quien descuelgue el auricular sea un niño (¿tienes tú hijos?), un adolescente, un hombre (¿estás casada?), una chica de servicio. Eso sería lo mejor. Una chica de servicio. Te presentarás como una prima, una amiga de infancia, la directora de una empresa. No hará falta precisar de cuál. Un nombre extranjero, dicho de corrido. Insistirás en que es importante localizar a Elena. Urgente. Y si escuchas: «Ya no vive aquí. Se mudó hace tiempo», te interesarás por los datos del nuevo domicilio. O quizá —pero eso sería horroroso—: «Falleció hace diez años». O también: «Sí, enseguida se pone, ¿quién la llama?». Porque ahora, aunque empieces a sentirte segura de tu aspecto, no lo estás aún de tu identidad. Elena Vila, murmuras. Y, sintiendo de nuevo el sudor frío, marcas el número, cuelgas, vuelves a componerlo y tienes que jurarte a ti misma, seas quien seas, que no vas a acobardarte ante la primera pista de peso que te ofrece el destino. Además —y eso probablemente te infunde valor— el teléfono garantiza tu invisibilidad. Aprietas la nariz con dos dedos y ensayas: «Oiga».

El tercer timbre se corta con un clic metálico seguido de un silencio. No tienes tiempo de pensar en nada. A los pocos segundos una voz femenina, pausada, modulada, vocalizando como una locutora profesional, repite el número que acabas de marcar, ruega que al escuchar la señal dejes tu mensaje, y añade: «Gracias». Te quedas un rato aún con el auricular en la mano. Después cuelgas, vuelves a mojar la cara frente al espejo y sales. El camarero, partidario de los cafés en invierno y los helados en verano, te alcanza cojeando en la puerta de la calle: «Se deja usted algo», dice. Y te tiende una revista. «Estaba a los pies de la silla. Se le debe de haber caído al levantarse». La coges como una autómatas y musitas: «Gracias». Pero no estás pensando en si aquella revista es tuya, en el pequeño olvido, sino en la mujer del teléfono. «Gracias», repites. Y ahora tu voz suena débil, sin fuerzas. Tal vez te llames Elena Vila Gastón, pero cuán distinta a la Elena Vila Gastón —si es que era ella— que con una seguridad implacable te acaba de ordenar: «Deje su mensaje».

Andas unos cien metros, te detienes ante una iglesia y entras. No te paras a pensar cómo sabes tú que aquello es una iglesia. Como antes, en el café, no quieres preguntarte más que lo esencial. Estás en una iglesia, no te cuesta ningún esfuerzo reconocer los rostros de los santos, y, aunque sigas sin tener la menor idea de quién eres tú, piensas, tal vez solo para tranquilizarte, que lo que te ocurre es grave, pero que todavía podría ser peor. Te sientas en uno de los bancos y te imaginas consternada, a ti, a Elena Vila, por ejemplo, sabiendo perfectamente que tú eres Elena Vila, pero sin reconocer apenas nada de tu entorno. Contemplando aterrorizada imágenes sangrientas, cruces, clavos, coronas de espinas, cuerpos yacentes, sepulcros, monjas o frailes —pero Elena no sabría siquiera lo que es una monja, lo que es un fraile— en actitud suplicante, con los ojos en blanco, señalando estigmas y llagas con una mano, mostrando en la otra la palma

del martirio —tampoco Elena sabría lo que es martirio—. Pero todo esto no es más que un absurdo. Algo que tan solo podría sucederle a un habitante de otra galaxia, a un salvaje traído directamente de la selva. Pero no a ti. Sabes perfectamente quiénes son, por qué están ahí. Y no sientes miedo. Por eso te levantas del asiento y, amparada en la penumbra, te acercas hasta un confesionario y esperas a que una anciana arrodillada termine con la relación de sus pecados. Tú también te arrodillas. Dices: «Ave María Purísima» y te quedas un momento en silencio. Ignoras si esta fórmula que automáticamente han pronunciado tus labios sigue vigente. Adivinas entonces que hace mucho que no te arrodillas en un confesionario y, por un instante, te ves de pequeña, consigues verte de pequeña. Ya no es la palabra —brillante, con ribetes—, sino tú misma hace treinta quizá más años. «He dicho mentiras. Me he peleado con mis hermanas...». El sacerdote debe de ser sordo, o ciego. O tal vez hace como que escucha y su mente está perdida en un lugar lejano. Pero necesitas hablar, escuchar tu voz, y a falta de una lista de pecados más acorde con tu edad, los inventas. Has cometido adulterio. Una, dos, hasta quince veces. Has atracado un banco. Has robado en una tienda la gabardina forrada de seda. Hablas despacio, preguntándote en secreto si no estarás dando rienda suelta a un montón de deseos ocultos. Pero tu voz, lenta, pausada, te recuerda de repente a la de una locutora profesional, a la de una actriz. Y entonces lo haces. Recitas un número cualquiera, luego otro y otro. Después, cuando dices: «Deje su mensaje al escuchar la señal. Gracias», no te cabe ya la menor duda de que tú eres la mujer que antes ha respondido al teléfono. Abandonas el confesionario precipitadamente, sin molestarte en mirar hacia atrás y comprobar si el sacerdote es realmente sordo o ciego. O ahora, asomado entre las cortinas de la portezuela, observa consternado tu carrera.

El aire de la calle te hace bien. El reloj de la iglesia marca las once y diez. Pero ¿es posible que sigan siendo las once y diez? Una amable transeúnte observa tu confusión, mira hacia lo alto, menea la cabeza y te informa de que el reloj de la iglesia no funciona desde hace años. «Son las tres», añade. Es agradable que alguien te hable con tanta naturalidad, a ti, la más desconocida de las desconocidas. Avanzas unos pasos y, con inesperada felicidad, te detienes ante un rótulo. El nombre de la calle en la que te encuentras coincide felizmente con el que figura en el carnet de identidad, en el de socia de un club de gimnasia. «Tengo que ser valiente», te dices. «Seguro que Elena Vila es una mujer valiente».

Las tres de la tarde es una hora buena, discreta. Supones que los porteros —si es que el edificio cuenta con porteros— estarán encerrados en su vivienda, almorzando, escuchando las noticias frente a un televisor, ajenos a quien entre o salga del portal de la casa. En tu tarjeta de socia de un club se indica que vives en el ático. Piensas: «Me gusta vivir en un ático». El espejo del ascensor te devuelve esa cara con la que ya te has familiarizado

y que ocultas ahora tras unas gafas oscuras que encuentras en el bolso. Sí, prefieres vivir en un ático que en cualquier otro piso. Pero, en realidad, ¿eres tan valiente? ¿Es Elena tan valiente?

No, no lo eres. Al llegar a tu destino y enfrentarte a una puerta de madera, empiezas a temblar, a dudar, a plantearte un montón de posibilidades, todas contradictorias, alarmantes. Tu mente trabaja a un ritmo vertiginoso. Una voz benigna, que surge de dentro, intenta tranquilizarte. En los ojos de la persona que te abra (recuerda: ella no puede ver los tuyos), en su familiaridad, en el saludo, tal vez en su sorpresa, podrás leerte a ti misma, saber el tiempo que llevas vagando por las calles, lo inhabitual o lo cotidiano de tus ausencias. Una segunda voz te intranquiliza. Te estás metiendo en la boca del lobo. Porque, ¿quién eres tú? ¿No hubiera sido mejor ponerte en manos de un médico, acudir a un hospital, pedir ayuda al sacerdote? Has llamado seis veces y nadie responde. No tardas en dar con el llavero y abrir. Después de un titubeo, unos instantes en los que intentas darte ánimos, te detienes. ¿Qué vas a encontrar aquí? ¿No será precisamente *lo que hay aquí* la causa de tu huida, lo que no deseas recordar por nada del mundo?

A punto estás de abandonar, de correr escaleras abajo, de refugiarte en la ignorancia, en la desmemoria. Pero has empujado la puerta, y la visión del ático soleado te tranquiliza. Recorres las habitaciones una a una. El desorden del dormitorio te recuerda al de tu neceser. El salón tiene algo de tu gabardina, la prenda de buen corte que ahora, en un gesto impensado, abandonas indolentemente sobre un sofá. Te sientes a gusto en la casa. La recorres como si la conocieras. En la mesa de la cocina encuentras los restos de un desayuno. El pan es blando —del día—, y no tienes más que recalentar el café. Por un momento todo te parece un sueño. ¡Cómo te gustaría ser Elena Vila, vivir en aquel ático, tener el rostro que te devuelven los espejos, desayunar como ella está haciendo ahora, a las tres y media de la tarde, en una cocina llena de sol!

Eres Elena Vila Gastón. Sabes dónde se encuentran los quesos, el azúcar, la mermelada. No dudas al abrir los cajones de los cubiertos, de los manteles, de los trapos. Algunas fotografías enmarcadas te devuelven tu imagen. Algo más joven. Una imagen que no te complace tanto como la que se refleja en el espejo del baño, en el del salón, en el del dormitorio. Al cabo de varias horas ya sabes mucho sobre ti misma. Has abierto armarios, álbumes de fotografías, te has sentado en la mesa del estudio. Eres Elena —¿por qué antes hubieras preferido Helena?—, tienes treinta y siete años, vives en un ático espacioso, soleado... Y no vives sola. En el álbum aparece constantemente un hombre. Se llama Jorge. Sabes inmediatamente que se llama así, como si de pronto las fotografías que ahora recorres ansiosa tuvieran una leyenda, una nota al pie, un título. Reconoces países, situaciones. Te detienes ante un grupo sonriente en la mesa de un restaurante y adivinas que aquella cena resultó increíblemente larga y tediosa. Pero

sobre todo te detienes en Jorge. A Jorge le pasa como a ti. Está mejor en las fotos recientes que en las antiguas. Sientes algo especial cada vez que das con su imagen. Como cuando abres un armario y acaricias su ropa. En los álbumes no hay fotos de boda. Pero ¿podrías imaginarte a ti, diez, quince años atrás, con un traje de boda? No, decides. Yo no me he casado, y si lo he hecho no ha sido vestida de blanco. «Me horrorizaría haberme casado de blanco». Pero ya no estás imaginando, suponiendo. Desde hace un buen rato —desde el mismo momento, quizás, en que te desprendiste de la gabardina, sin darte cuenta, como si estuvieras en tu casa, como quien, después de un día agitado, regresa al fin a su casa—, es tu propia mente la que se empeña en disfrazar de descubrimiento lo que ya sabes, lo que vas reconociendo poco a poco. Porque hay algo hermoso en este reencuentro, algo a lo que te gustaría aferrarte, suspender en el tiempo, prolongar. Pero también está el recuerdo de un malestar que ahora se entrecruza con tu felicidad, y que de forma inconsciente arrinconas, retrasas, temes.

En el contestador hay varias llamadas. Una es un silencio que reconoces tuyo, al otro lado del teléfono, en los lavabos de un bar, cuando no eras más que una desconocida. Otra es del trabajo. De la redacción. De la misma revista que esta mañana te ha devuelto el camarero —aquel pobre hombre, tan mayor, tan cansado: «Se deja usted algo»— y a la que tú, enfrascada en otros olvidos, ni siquiera has prestado atención. La última es de Jorge. «Helena», dice —o a ti, por lo menos, te ha parecido escuchar «Helena»—. Jorge llegará mañana por la noche, y aunque, en aquel momento, te gustaría que fuera ya mañana, decides que es mucho mejor así. Hasta en esto has tenido suerte. Estabas disgustada, por tonterías, por nimiedades, como siempre que emprende un viaje y llega más tarde de lo prometido... O tal vez, simplemente, como siempre. Porque había algo más. El malestar que ya no tenía que ver solo con Jorge, sino con tu trabajo, con tu casa, contigo misma. Una insatisfacción perenne, un desasosiego absurdo con los que has estado conviviendo durante años y años. Quizá gran parte de tu vida. «Vila Gastón», oyes de pronto. Siempre en la luna... «¿Por qué no atiende a la clase?». Pero no hace falta remontarse a recuerdos tan antiguos. «Es inútil» —y ahora es la voz de Jorge hace apenas unas semanas—. «Se diría que solo eres feliz donde no estás...». Y entonces comprendes que eres una mujer afortunada. «Bendita Ausencia», murmuras. Porque todo se lo debes a esa oportuna, deliciosa, inexplicable ausencia. Esas horas que te han hecho salir de ti misma y regresar, como si no te conocieras, como si te vieras por primera vez.

La mesa de trabajo está llena de proyectos, dibujos, esbozos. Coges un papel cualquiera y escribes «Ausencia» con letra picuda, ligeramente inclinada hacia la derecha. Con ayuda de un rotulador la rodeas de un aura. Nunca te desprenderás del papel, lo llevarás en la cartera allí a donde vayas. Lo doblas cuidadosamente y, al hacerlo, te das cuenta de que el azar no existe. Porque entre todas las posibilidades has ido a elegir precisamente un

papel de aguas. Miras las virutas: grises, marrones, violáceas. Así estabas tú, en un mar de olas grises, marrones, violáceas, sobre el que navega ahora tu tabla de salvación. *Ausencia*. Te notas cansada, agotada, la noche ha caído ya, mañana te espera una jornada apretada. Pero en el fondo te sientes como una recién nacida que no hace más que felicitarse por su suerte. Cuando por fin te metes en la cama, es tarde, muy tarde, estás exhausta y ya casi te has acostumbrado a tu felicidad.

El despertador interrumpe un crucero por aguas transparentes, cálidas, apacibles. Remoloneas un rato más en la cama. Solo un rato. Te encuentras aún en la cubierta de un barco, tumbada en una hamaca, enumerando todo lo que debes hacer hoy, martes, día de montaje, como si engañaras al sueño, como si ganaras tiempo desde el propio sueño. Siempre te ocurre igual. Pero las manecillas del reloj siguen implacables su curso y, como casi todas las mañanas, te sorprendes de que esos instantes que creías ganados no sean más que minutos perdidos. En la mesilla de noche una pequeña agenda de cuero verde te recuerda tus obligaciones. «A las nueve montaje»; «Por la noche aeropuerto: Jorge». Pasas por la ducha como una exhalación, te vistes apresuradamente y, ya en la calle, te das cuenta de que el día ha amanecido gris, el cielo presagia lluvia y únicamente para el reloj de la iglesia la vida sigue empecinadamente detenida a las once y diez. Como cada día. Aunque hoy, te dices, no es como cada día. Estás muy dormida aún, inexplicablemente dormida. Pero también tranquila, alegre. Por la noche irás al aeropuerto. Hace ya muchos años que no acudes al aeropuerto a buscar a Jorge. Te paras en un quiosco y compras el periódico, como todas las mañanas. Pero ¿por qué lo has hecho hoy si esta mañana no tiene nada que ver con la rutina de otras mañanas? Tienes prisa, no dispondrás de un rato libre hasta la noche, ni tan siquiera te apetecerá ojearlo en el aeropuerto. No encuentras monedas y abres la cartera. A las quiosqueras nunca les ha gustado que les paguen con billetes de mil y la que ahora te mira con la palma de la mano abierta no parece de humor. Terminas por dar con lo que buscas, pero también con un papel doblado, cuidadosamente doblado.

La visión de «Ausencia» te llena de un inesperado bienestar. Cierras los ojos. Ausencia es blanca, brillante, con ribetes. Como Helena, como aeropuerto, como nave... «Yo misma escribí esta palabra sobre este papel de aguas. Antes de meterme en la cama, antes de soñar». El trazo de las letras se te antoja deliciosamente infantil («infantil» es azulado. No podrías precisar más: azulado) y por unos instantes te gustaría ser niña, no tener que madrugar, que ir al trabajo. Aunque ¿no era precisamente este trabajo con el que soñabas de niña? Sí, pero también soñabas con viajar. Embarcarte en un crucero como el de esta noche. ¡Qué bien te sentaría ahora tumbarte en una hamaca y dejar pasar indolentemente las horas, saboreando refrescos, zumos exóticos, helados! Piensas «helado», pero ya has llegado a la redacción, llamas a tu ayudante y pides un café. «Estamos en invierno.

Los helados para el verano, el café para el invierno». Y miras a la chica con simpatía. Ella se sorprende. Tal vez no la has mirado nunca con simpatía. Aunque en realidad te estás mirando a ti, a un remolino de frases que se abren paso en tu mente aún soñolienta. Sonríes, abres la agenda y tachas «A las nueve montaje». La chica se ha quedado parada. Junto a la puerta. Dudando si tras tu sonrisa se esconde una nueva petición, una orden. «Café», repites. «Un café doble». Pero de repente su inmovilidad te contraría. Tú con un montón de trabajo, con cantidad de sensaciones que no logras ordenar, y ella inmóvil, ensimismada junto a la puerta. «¿Todavía estás ahí?». La ayudante ya ha reaccionado. Tu voz ha sonado áspera, apremiante, distanciándote del remolino de pensamientos y voces en que te habías perdido hace un rato. «Perdida», dices. Pero la palabra no tiene color. Como tampoco lo que hay escrito dentro de ese papel de aguas que ahora vuelves a desdoblar y extiendes sobre la mesa. Virutas grises, marrones, violáceas...

Reclamas unos textos, protestas ante unas fotografías. Estás de mal humor. Pero nadie en la redacción parece darse cuenta. Ni siquiera tú misma. Tal vez sea siempre así. Tal vez tú, Elena Vila Gastón, seas siempre así. Constantemente disgustada. Deseando ser otra en otro lugar. Sin apreciar lo que tienes por lo que ensueñas. Ausente, una eterna e irremediable ausente que ahora vuelve sobre la agenda y tacha «Por la noche aeropuerto: Jorge». ¡Qué estupidez! ¿En qué estarías pensando? ¿Cómo se te pudo ocurrir? Porque si algo tienes claro en esta mañana en la que te cuesta tanto despertar, en la que a ratos te parece navegar aún por los trópicos tumbada en una hamaca, es que tu vida ha sido siempre gris, marrón, violácea, y que el día que ahora empieza no es sino otro día más. Un día como tantos. Un día exactamente igual que otros tantos.



LA VIDA ES SUEÑO

1636

Monólogo de Segismundo
PEDRO CALDERÓN DE LA BARCA

(español)

JORNADA PRIMERA (FRAGMENTO)

Segismundo: ¡Ay, mísero de mí, ay, infelice!

Apurar, cielos, pretendo,
ya que me tratáis así,
qué delito cometí
contra vosotros, naciendo.
Aunque si nací, ya entiendo
qué delito he cometido:
bastante causa ha tenido
vuestra justicia y rigor,
pues el delito mayor
del hombre es haber nacido.

Solo quisiera saber
para apurar mis desvelos
dejando a una parte, cielos,
el delito de nacer,
qué más os pude ofender
para castigarme más.
¿No nacieron los demás?
Pues si los demás nacieron,
¿qué privilegios tuvieron
que yo no gocé jamás?

Nace el ave, y con las galas
que le dan belleza suma,
apenas es flor de pluma
o ramillete con alas,
cuando las etéreas salas
corta con velocidad,
negándose a la piedad
del nido que deja en calma;
¿y teniendo yo más alma,
tengo menos libertad?

Nace el bruto, y con piel
que dibujan manchas bellas,
apenas signo es de estrellas,
gracias al docto pincel,
cuando atrevida y cruel
la humana necesidad
le enseña a tener crueldad,
monstruo de su laberinto;
¿y yo, con mejor instinto,
tengo menos libertad?

Nace el pez, que no respira,
aborto de ovas y lamas,
y apenas, bajel de escamas,
sobre las ondas se mira,
cuando a todas partes gira,
midiendo la inmensidad
de tanta capacidad
como le da el centro frío;
¿y yo, con más albedrío,
tengo menos libertad?

Nace el arroyo, culebra
que entre flores se desata,
y apenas, sierpe de plata,
entre las flores se quiebra,
cuando músico celebra
de los cielos la piedad,
que le dan la majestad
del campo abierto a su ida;
¿y teniendo yo más vida
tengo menos libertad?

En llegando a esta pasión,
un volcán, un Etna hecho,
quisiera sacar del pecho
pedazos del corazón.
¿Qué ley, justicia o razón,
negar a los hombres sabe
privilegio tan suave,
excepción tan principal,
que Dios le ha dado a un cristal,
a un pez, a un bruto y a un ave?



ÁNGEL DE OCONGATE


El narrador en primera persona de este relato nos cuenta la búsqueda de su propia identidad. Explica cómo se siente el narrador por no saber quién es ni de dónde viene.

¿Qué crees que significa que el narrador diga de sí mismo: «Esas manos tan blancas y este hablar que no es de *misti* ni de campesino»?

Al final aunque intuye quién es, eso no resuelve su problema de identidad. ¿Qué significado crees que pueda tener el que sea un «ángel caído»?

ROSAMUNDA

¿Te parece extravagante la forma como viste la mujer del relato? Explica tus razones.



Como habrás podido notar, en este relato hay dos narradores: un narrador externo que cuenta la historia de Rosamunda y el soldado, y una narradora interna que es la misma Rosamunda que le cuenta su historia al joven soldado. Observa que los dos relatos tratan de la vida de ella, pero la historia es distinta. ¿Cuál crees que es la realidad? Explica por qué.



¿Qué hace que el joven quiera seguir escuchándola?

Rosamunda huye de su casa cuando se muere su hijo. ¿Por qué decide regresar con su marido pese a recibir maltratos de parte de él?

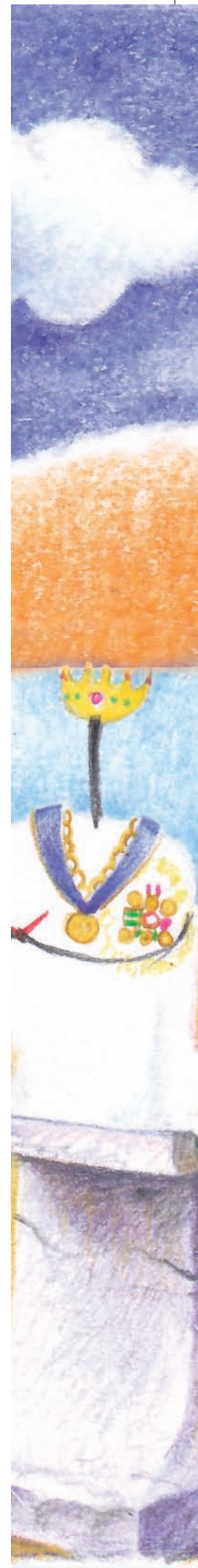
AUSENCIA

La protagonista de este cuento siente de pronto que no sabe quién es. Busca en el relato tres indicios de que sí es Elena Vila y escríbelos en tus propias palabras.

Al inicio del cuento, la palabra «Ausencia» tiene, para la protagonista, el significado de no saber quién es. Pero agradece haber tenido ese episodio de amnesia, pues a medida que va recordando, aumenta el aprecio por lo que ella es y la vida que lleva. Tanto es así que decide escribir «Ausencia» en un papel y guardarlo en su bolso. ¿Qué colores tiene ese papel?

Una vez que ha recuperado la memoria completamente, empieza a sentir disgusto. ¿Qué le disgusta de sí misma?

Observa que, al final del cuento, la protagonista siente que su vida ha sido de tres colores. Son los mismos colores del papel en el que ha escrito «Ausencia». Relaciona esta coincidencia y explica cuál es la verdadera «ausencia» de la protagonista.



Observa que el narrador del relato se dirige a la protagonista como «tú» («Te sientes a gusto aquí», comienza el cuento). Si estuviera escrito en tercera persona, el cuento se hubiera iniciado así: «Se siente a gusto aquí». El uso de la segunda persona al momento de narrar («tú») individualiza al personaje y vuelve más cercana a la protagonista. Trata de explicar por qué el uso de la segunda persona hace más intensa la historia. Puedes pasar algunas otras oraciones a la tercera persona y compararlas con las que hay en el cuento.

LA VIDA ES SUEÑO

Este es un monólogo del personaje principal de esta obra de teatro. ¿Cuál es la primera razón que señala Segismundo para su castigo?

En sus reflexiones, Segismundo se compara con otros. Completa el cuadro a continuación con los seres con los que el personaje se compara y con aquello en que él es superior. Hemos completado la primera fila.

Ser con el que se compara	Él dice ser superior por tener...
Ave	más alma

Observa la tabla que has completado. ¿Qué reclama Segismundo?

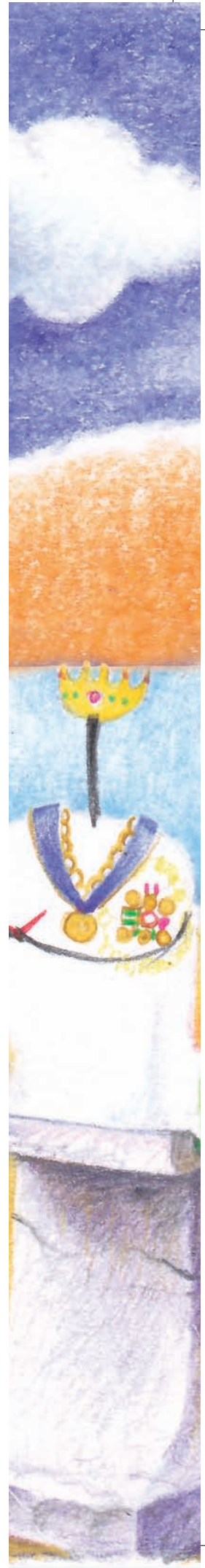
¿A quién crees que dirige su queja?

¿Cómo se siente Segismundo al final de su monólogo?

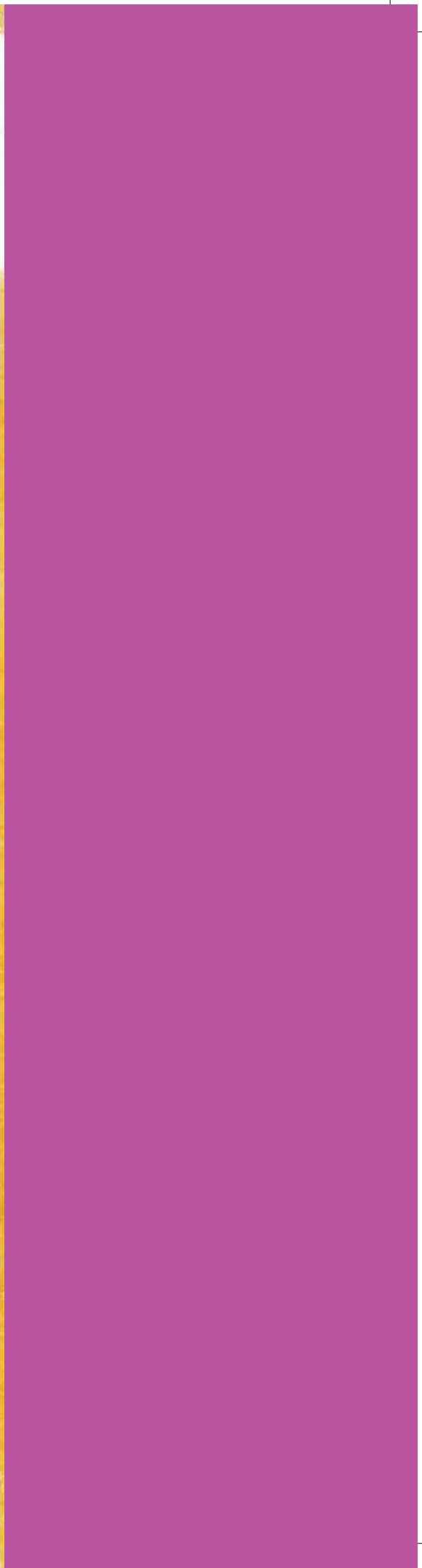
Habrás notado que este monólogo está en verso. En castellano, los versos se miden en sílabas métricas o rítmicas. Cuando lees en voz alta y con correcta entonación, ¿qué crees que hace que tengan ritmo?

✿ A veces quisiéramos ser distintos de lo que somos, o quizá ser otra persona que conocemos, o aun una persona que nos inventamos. Si tuvieras la oportunidad de ser alguien distinto, ¿cómo serías? Describe a esa persona. Debes considerar su apariencia física, su personalidad y carácter y sus valores.

Revisa el fragmento de la pieza teatral «La vida es sueño» y el cuento «Rosamunda» que están en este libro. ¿Qué vínculos se establecen entre los protagonistas? ¿Por qué la mujer del cuento se hace llamar así?







LOS FUGITIVOS

1946

ALEJO CARPENTIER

(cubano)



I

El rastro moría al pie de un árbol. Cierto era que había un fuerte olor a negro en el aire, cada vez que la brisa levantaba las moscas que trabajaban en oquedades de frutas podridas. Pero el perro —nunca le habían llamado sino Perro— estaba cansado. Se revolcó entre las yerbas para desrizarse el lomo y aflojar los músculos. Muy lejos, los gritos de los de la cuadrilla se perdían en el atardecer. Seguía oliendo a negro. Tal vez el cimarrón estaba escondido arriba, en alguna parte, a horcajadas sobre una rama, escuchando con los ojos. Sin embargo, Perro no pensaba ya en la batida. Había otro olor ahí, en la tierra vestida de bejuqueras que un próximo roce borraría tal vez para siempre. Olor a hembra. Olor que Perro se prendía del lomo, retorciéndose patas arriba, riendo por el colmillo, para llevarlo encima y poder alargar una lengua demasiado corta hacia el hueco que separaba sus omóplatos.

Las sombras se hacían más húmedas. Perro se volteó, cayendo sobre sus patas. Las campanas del ingenio, volando despacio, le enderezaron las orejas. En el valle, la neblina y el humo eran una misma inmovilidad azulosa sobre la que flotaban, cada vez más siluetadas, una chimenea de ladrillos, un techo de grandes aleros, la torre de la iglesia, y las luces que parecían encenderse en el fondo de un lago. Perro tenía hambre. Pero hacia allá olía a hembra. A veces lo envolvía aún el olor a negro. Pero el olor de su propio celo, llamado por el olor de otro celo, se imponía a todos los demás. Las patas traseras de Perro se espigaron, haciéndole alargar el cuello. Su vientre se hundía, al pie del costillar, en el ritmo de un jadeo corto y ansioso. Las frutas, demasiado llenas de sol, caían aquí y allá con un ruido mojado, esparciendo, a ras del suelo, efluvios de pulpas tibias.

Perro se echó a correr hacia el monte, con la cola gacha, como perseguido por la tralla del mayoral, contrariando su propio sentido de orientación. Pero olía a hembra. Su hocico seguía una estela sinuosa que a veces se volvía sobre sí misma, abandonaba el sendero, se intensificaba en las

espinas de un aroma, se perdía en las hojas demasiado agriadas por la fermentación, y renacía, con inesperada fuerza, sobre un poco de tierra, recién barrida por una cola. De pronto, Perro se desvió de la pista invisible, del hilo que se torcía y destorcía, para arrojarse sobre un hurón. Con dos sacudidas que sonaron a castañuela en un guante, le quebró la columna vertebral, arrojándolo contra un tronco. Perro se detuvo de súbito, dejando una pata en suspenso. Unos ladridos, muy lejanos, descendían de la montaña.

No eran los de la jauría del ingenio. El acento era distinto, mucho más áspero y desgarrado, salido del fondo del gznate, enronquecido por fauces potentes. En alguna parte se libraba una batalla de machos que no llevaban, como Perro, un collar con púas de cobre con una placa numerada. Ante esas voces desconocidas, mucho más alobonadas que todo lo que hasta entonces había oído, Perro tuvo miedo. Echó a correr en sentido inverso, hasta que las plantas se pintaron de luna. Ya no olía a hembra. Olía a negro. Y ahí estaba el negro, en efecto, con su calzón rayado, boca abajo, dormido. Perro estuvo por arrojarse sobre él siguiendo una consigna lanzada de madrugada, en medio de un gran revuelo de látigos, allá donde había calderos y literas de paja. Pero arriba, no se sabía dónde, proseguía la pelea de los machos. Al lado del cimarrón quedaban huesos de costillas roídas. Perro se acercó lentamente, con las orejas desconfiadas, decidido a arrebatarse a las hormigas algún sabor de carne. Además aquellos otros perros de un ladrar tan feroz lo asustaban. Más valía permanecer, por ahora, al lado del hombre. Y escuchar. El viento del sur, sin embargo, acabó por llevarse la amenaza. Perro dio tres vueltas sobre sí mismo y se ovilló, rendido. Sus patas corrieron un sueño malo. Al alba, Cimarrón le echó un brazo por encima, con gesto de quien ha dormido mucho con mujeres. Perro se arrimó a su pecho, buscando calor. Ambos seguían en plena fuga, con los nervios estremecidos por una misma pesadilla.

Una araña, que había descendido para ver mejor, recogió el hilo y se perdió en la copa del almendro, cuyas hojas comenzaban a salir de la noche.

II

Por hábito, Cimarrón y Perro se despertaron cuando sonó la campana del ingenio. La revelación de que habían dormido juntos, cuerpo con cuerpo, los enderezó de un salto. Después de adosarse a dos troncos, se miraron largamente. Perro ofreciéndose a tomar dueño. El negro ansioso de recuperar alguna amistad. El valle se desperezaba. A la apremiante espadaña, destinada a los esclavos, respondía ahora, más lento, el bordón armoriado de la capilla, cuyo verdín se mecía de sombra a sol sobre un fondo de mugidos y de relinchos, como indulgente aviso a los que dormían en altos lechos de caoba. Los gallos rondaban a las gallinas para cubrirlas temprano, en

espera de que el meñique de la mayorala se cerciorase de la presencia de huevos aún sin poner. Un pavo real hacía la rueda sobre la casa-vivienda, encendiéndose con un grito, en cada vuelta y revuelta. Los caballos del trapiche iniciaban su largo viaje en redondo. Los esclavos oraban frente a cazuelas llenas de pan con guarapo. Cimarrón se abrió la bragueta, dejando un reguero de espuma entre las raíces de una ceiba. Perro alzó la pata sobre un guayabo tierno. Ya asomaban machetazos en los cortes de caña. Los dogos de la jauría cazadora de negros sacudían sus cadenas, impacientes por ser sacados al batey.

—¿Te vas conmigo? —preguntó Cimarrón.

Perro lo siguió dócilmente. Allá abajo había demasiados látigos, demasiadas cadenas, para quienes regresaban arrepentidos. Ya no olía a hembra. Pero tampoco olía a negro. Ahora, Perro estaba mucho más atento al olor a blanco, olor a peligro. Porque el mayoral olía a blanco, a pesar del almidón planchado de sus guayaberas y del betún acre de sus polainas de piel de cerdo. Era el mismo olor de las señoritas de la casa, a pesar del perfume que despedían sus encajes. El olor del cura, a pesar del tufo de cera derretida y de incienso, que hacía tan desagradable la sombra, tan fresca, sin embargo, de la capilla. El mismo que llevaba el organista encima, a pesar de que los fuelles del armonio le hubiesen echado tantos y tantos soplos de fieltro apolillado. Había que huir ahora del olor a blanco. Perro había cambiado de bando.

III

En los primeros días. Perro y Cimarrón echaron de menos la seguridad del condumio. Perro recordaba los huesos vaciados por cubos, en el batey, al caer la tarde. Cimarrón añoraba el congrí¹, traído en cubos a los barracones, después del toque de oración o cuando se guardaban los tambores del domingo. Por ello, después de dormir demasiado en las mañanas, sin campanas ni patadas, se habituaron a ponerse a la caza desde el alba. Perro olfateaba una jutía² oculta entre las hojas de un cedro; Cimarrón la tumbaba a pedradas. El día en que se daba con el rastro de un cochino jíbaro, había para horas y horas, hasta que la bestia, desgarradas las orejas, aturdida por tantos ladridos, pero acometiendo aún, era acorralada al pie de una peña y derribada a garrotazos. Poco a poco Perro y Cimarrón olvidaron los tiempos en que habían comido con regularidad. Se devoraba lo que se agarrara, de una vez, engullendo lo más posible, a sabiendas de que mañana podría llover y que el agua de arriba

1 Congrí: es un guiso popular cubano, compuesto de arroz y frijoles.

2 Jutía: es un mamífero roedor parecido a la rata. (Ambas notas provienen del texto original).

correría entre las peñas para alfombrar mejor el fondo del valle. Por suerte, Perro sabía comer frutas. Cuando Cimarrón daba con un árbol de mango o de mamey, Perro también se pintaba el hocico de amarillo o de rojo. Además, como siempre había sido huevero, se desquitaba, con algún nido de codorniz, de la incomprensible afición del amo por los langostinos que dormían a contracorriente a la salida del río subterráneo que se alumbraba de una boca de caracoles petrificados.

Vivían en una caverna, bien oculta por una cortina de helechos arborescentes. Las estalactitas lloraban isócronamente, llenando las sombras frías de un ruido de relojes. Un día Perro comenzó a escarbar al pie de una de las paredes. Pronto sus dientes sacaron un fémur y unas costillas tan antiguas que ya no tenían sabor, rompiéndose sobre la lengua con desabrimiento de polvo amasado. Luego llevó a Cimarrón, que se tallaba un cinto de piel de majá, un cráneo humano. A pesar de que quedasen en el hoyo restos de alfarería y unos rascadores de piedra que hubieran podido aprovecharse, Cimarrón, aterrorizado por la presencia de muertos en su casa, abandonó la caverna esa misma tarde, mascullando oraciones sin pensar en la lluvia. Ambos durmieron entre raíces y semillas envueltos en un mismo olor a perro mojado. Al amanecer buscaron una cueva de techo más bajo, donde el hombre tuvo que entrar a cuatro patas. Allí, al menos, no había huesos de aquellos que para nada servían, y solo podían traer ñeques³ y apariciones de cosas malas.

Al no haber sabido de batidas en mucho tiempo, ambos empezaron a aventurarse hacia el camino. A veces pasaba un carretero conocido, una beata vestida con el hábito de Nazareno o un punteador de guitarra, de esos que conocen al patrón de cada pueblo, a quienes contemplaban, de lejos, en silencio. Era indudable que Cimarrón esperaba algo. Solía permanecer varias horas, de bruces, entre las yerbas de Guinea, mirando ese camino poco transitado, que una rana-toro⁴ podía medir de un gran salto. Perro se distraía en esas esperas dispersando enjambres de mariposas blancas, o intentando, a brincos, la imposible caza de un zunzún⁵ vestido de lentejuelas.

Un día que Cimarrón esperaba, así, algo que no llegaba, un cascabeleo de cascos lo levantó sobre las muñecas. Una volanta venía a todo trote, tirada por la jaca torda del ingenio. De pie sobre las varas, el calesero Gregorio hacía restallar el cuero, mientras el párroco agitaba la campanilla del viático a sus espaldas. Hacía tanto tiempo que Perro no se divertía en correr más pronto que los caballos, que se olvidó al punto de la discreción a que estaba obligado. Bajó la cuesta a las cuatro patas, espigado, azul bajo

3 Ñeque: sorpresa o golpe imprevisto.

4 Rana-toro: es un batracio cuyo croar semeja un bramido.

5 Zunzún: es una especie de colibrí. (Las notas provienen del texto original).

el sol, alcanzó el coche y se dio a ladrar por los corvejones de la jaca, a la derecha, a la izquierda, delante, pasando y volviendo a pasar, enseñando los dientes al calesero y al sacerdote. La jaca se abrió a galopar por lo alto, sacudiendo las anteojeras y tirando del bocado. De pronto, quebró una vara, arrancando el tiro. Luego de aspaventarse como peleles, el párroco y el calesero se fueron de cabeza contra el puentecillo de piedra. El polvo se tiñó de sangre.

Cimarrón llegó corriendo. Blandía un bejuco para azotar a Perro, que ya se arrastraba pidiendo perdón. Pero el negro detuvo el gesto, sorprendido por la idea de que no todo era malo en aquel percance. Se apoderó de la estola y de las ropas del cura, de la chaqueta y de las altas botas del calesero. En bolsillos y bolsillos había casi cinco duros⁶. Además, la campanilla de plata. Los ladrones regresaron al monte. Aquella noche, arropado en la sotana, Cimarrón se dio a soñar con placeres olvidados. Recordó los quinqués, llenos de insectos muertos, que tan tarde ardían en las últimas casas del pueblo, allí donde, por dos veces, lo habían dejado, tras pedir el aguinaldo de Reyes, gastárselo como mejor le pareciere. El negro, desde luego, había optado por las mujeres.

IV

La primavera los agarró a los dos al amanecer. Perro despertó con una tirantez insoportable entre las patas traseras y una mala expresión en los ojos. Jadeaba sin tener calor, alargando entre los colmillos una lengua que tenía filosas blanduras de lapa. Cimarrón hablaba solo. Ambos estaban de pésimo genio. Sin pensar en la caza, fueron temprano hacia el camino. Perro corría desordenadamente, buscando en vano un olor rastreable. Mataba insectos que siempre lo habían asqueado, por el placer de destruir, desgranaba espigas entre sus dientes, arrancaba arbustos tiernos. Acabó de exasperarse cuando un sapo le escupió a los ojos. Cimarrón esperaba como nunca había esperado.

Pero aquel día nadie pasó por el camino. Al caer la noche, cuando los primeros murciélagos volaron como pedradas sobre el campo, Cimarrón echó a andar lentamente hacia el caserío del ingenio. Perro lo siguió, desafiando la misma tralla y las mismas cadenas. Se fueron acercando a los barracones por el cauce de la cañada. Ya se percibía un olor, antaño familiar, de leña quemada, de lejía, de melaza, de limaduras de cascos de caballo. Debían estarse haciendo las pastas de guayaba, ya que un interminable dulzor de mermelada era esparcido por el terral. Perro y Cimarrón seguían acercándose, lado a lado, la cabeza del hombre a la altura de la cabeza del perro.

6 El duro: es la moneda de un peso cubano. (Nota del texto original).

De pronto, una negra de la dotación atravesó el sendero de la herrería. Cimarrón se arrojó sobre ella, derribándola entre las albahacas. Una ancha mano ahogó los gritos. Perro avanzó, solo, hasta el lindero del batey. La perra inglesa adquirida por don Marcial en una exposición de París estaba allí. Hubo un intento de fuga. Perro le cortó el camino, erizado de la cola a la cabeza. Su olor a macho era tan envolvente que la inglesa olvidó que la habían bañado, horas antes, con jabón de Castilla.

Cuando Perro regresó a la caverna, clareaba. Cimarrón dormía, arrebocado en la sotana del párroco. Allá abajo, en el río, dos manatíes retozaban entre los juncos, enturbiando la corriente con sus saltos que abrían nubes de espuma entre los linos.

V

Cimarrón se hacía cada vez más imprudente. Rondaba ahora en torno a los caseríos, acechando, a cualquier hora, una lavandera solitaria o una santera que buscaba culantrillo, retamas o pitahayas⁷ para algún despojo. También, desde la noche en que había tenido la audacia de beberse los duros del capellán en un parador del camino, se hacía ávido de monedas. Más de una vez en los atajos se había llevado el cinturón de un guajiro, luego de derribarlo de su caballo y de acallararlo con una estaca. Perro lo acompañaba en esas correrías, ayudando en lo posible. Sin embargo, se comía peor que antes, y más que nunca era necesario desquitarse con huevos de codorniz, de gallinuela o de garza. Además, Cimarrón vivía en un continuo sobresalto. Al menor ladrido de Perro, echaba mano al machete robado o se trepaba a un árbol.

Pasada la crisis de primavera, Perro se mostraba cada vez más reacio a acercarse a los pueblos. Había demasiados niños que tiraban piedras, gente siempre dispuesta a dar patadas y, al oler su proximidad, todos los perros de los patios lanzaban gritos de guerra. Además, Cimarrón volvía esas noches con el paso inseguro, y su boca despedía un olor que Perro detestaba tanto como el del tabaco. Por ello, cuando el amo entraba en una casa mal alumbrada, Perro lo esperaba a una distancia prudente. Así se fue viviendo hasta la noche en que Cimarrón se encerró demasiado tiempo en el cuarto de una mondonguera⁸. Pronto, la choza fue rodeada por hombres cautelosos, que llevaban mochas en claro⁹. Al poco rato Cimarrón fue sacado a la calle, desnudo, dando tremendos alaridos. Perro, que acababa de oler al mayoral del ingenio, echó a correr al monte por la vereda de los cañaverales.

7 Pitahaya: es un cacto trepador.

8 Mondonguera: se refiere a la mondonga, despectivo de criada.

9 «Mochas en claro»: frase que quiere decir machetes desenvainados. (Las notas provienen del texto original).

Al día siguiente vio pasar a Cimarrón por el camino. Estaba cubierto de heridas curadas con sal. Tenía hierros en el cuello y los tobillos. Y lo conducían cuatro números de la Benemérita de San Fernando, que le daban un baquetazo a cada dos pasos, tratándolo de ladrón, de borracho y de malcriado.

VI

Sentado sobre una cornisa rocosa que dominaba el valle, Perro aullaba a la luna. Una honda tristeza se apoderaba de él a veces, cuando aquel gran sol frío alcanzaba su total redondez, poniendo tan desvaídos reflejos sobre las plantas. Se habían terminado para él las hogueras que solían iluminar la caverna en noches de lluvia. Ya no conocería el calor del hombre en el invierno que se aproximaba, ni habría ya quien le quitara el collar de púas de cobre, que tanto le molestaba para dormir —a pesar de que hubiera heredado la sotana del párroco—. Cazando sin cesar, se había hecho más tolerante, en cambio, con los seres que no servían para ser comidos. Dejaba escapar el majá entre las piedras calientes, sin ladrar siquiera, desde que Cimarrón no estaba ahí para azuzarlo, con la esperanza de hacerse un cinturón o de recoger manteca para untos. Además, el olor de las serpientes lo asqueaba; cuando había agarrado alguna por la cola, era en virtud de esas obligaciones a que todo ser que depende de alguien se ve constreñido. Tampoco —salvo en casos de hambre extrema— podía atreverse ya con el cochino jíbaro. Se contentaba ahora con aves de agua, hurones, ratas y una que otra gallina escapada de los corrales aldeanos. Sin embargo, el ingenio estaba olvidado. Su campana había perdido todo sentido. Perro buscaba ahora el amparo de mogotes casi inaccesibles al hombre, viviendo en un mundo de dragos que el viento mecía con ruidos de albarda nueva, de orquídeas, de bejucos, lombriz, donde se arrastraban lagartos verdes, de orejeras blancas, de esos que tan mal saben y, por lo mismo, permanecen donde están. Había enflaquecido. Sobre sus costillares marcados en hueco, la lana apresaba guisasones que ya no tenían espinas.

Con los aguinaldos volvió la primavera. Una tarde en que lo desvelaba un extraño desasosiego, Perro dio nuevamente con aquel misterioso olor a hembra, tan fuerte, tan penetrante, que había sido la causa primera de su fuga al monte. También ahora caían ladridos de la montaña. Esta vez Perro agarró el rastro en firme, recobrándolo luego de pasar un arroyo a nado. Ya no tenía miedo. Toda la noche siguió la huella, con la nariz pegada al suelo, largando baba por el canto de la lengua. Al amanecer, el olor llenaba toda una quebrada. El rastreador estaba frente a una jauría de perros jíbaros. Varios machos, con perfil de lobos, se apretaban ahí, relucientes los ojos, tensos sobre sus patas, listos para atacar. Detrás de ellos se

cerraba el olor a hembra. Perro dio un gran salto. Los jíbaros se le echaron encima. Los cuerpos se encajaron, unos en otros, en un confuso remolino de ladridos. Pero pronto se oyeron los aullidos abiertos por las púas del collar. Las bocas se llenaban de sangre. Había orejas desgarradas. Cuando Perro soltó al más viejo, con la garganta desgajada, los demás retrocedieron, gruñendo de rabia inútil. Perro corrió entonces al centro del palenque, para librar la última batalla a la perra gris, de pelo duro, que lo esperaba con los colmillos de fuera. El rastro moría a la sombra de su vientre.

VII

Los jíbaros cazaban en bandada. Por ello buscaban las piezas grandes, de más carne y más huesos. Cuando daban con un venado, era tarea de días. Primero al acoso. Luego, si la bestia lograba salvar una barranca de un salto, el atajo. Luego, cuando una caverna venía en ayuda de la presa, el asedio. A pesar de herir y entornar, el animal moría siempre en dientes de la jauría, que iniciaba la ralea sobre un cuerpo vivo aún, arrancándole tiras de pelo pardo, y bebiendo una sangre fresca a pesar de su tibieza, en las arterias del cuello o en las raíces de una oreja arrancada. Muchos de los jíbaros habían perdido un ojo, sacado por un asta, y todos estaban cubiertos de cicatrices, mataduras y peladas rojas. En los días del celo, los perros combatían entre sí, mientras las hembras esperaban, echadas, con sorprendente indiferencia, el resultado de la lucha. La campana del ingenio, cuyo diapasón era traído a veces por la brisa, no despertaba en el perro el menor recuerdo.

Un día los jíbaros agarraron un rastro habitual en aquellas selvas de bejucos, de espinas, de plantas malvadas que envenenaban al herir. Olía a negro. Cautelosamente, los perros avanzaron por el desfiladero de los caracoles, donde se alzaba una piedra con cara de muerto. Los hombres suelen dejar huesos y desperdicios por donde pasan. Pero es mejor cuidarse de ellos, porque son los animales más peligrosos, por ese andar sobre las patas traseras que les permite alargar sus gestos con palos y objetos. La jauría había dejado de ladrar.

De pronto, el hombre apareció. Olía a negro. Unas cadenas rotas, que le colgaban de las muñecas, ritmaban su paso. Otros eslabones, más gruesos, sonaban bajo los flecos de su pantalón rayado. Perro reconoció a Cimarrrón.

—¡Perro! —alborozó el negro—. ¡Perro!

Perro se le acercó lentamente. Le olió los pies, aunque sin dejarse tocar. Daba vueltas en torno a él, moviendo la cola. Cuando era llamado, huía. Y cuando no era llamado, parecía buscar aquel sonido de voz humana, que había entendido un poco en otros tiempos, pero que ahora le sonaba

tan raro, tan peligrosamente evocador de obediencias. Al fin, Cimarrón dio un paso, adelantando una mano blanda hacia su cabeza. Perro lanzó un extraño grito, mezcla de ladrido sordo y de aullido, y saltó al cuello del negro.

Había recordado, de súbito, una vieja consigna del mayoral del ingenio, el día que un esclavo huía al monte.

VIII

Como no olía a hembra y los tiempos eran apacibles, los jíbaros durmieron hasta el hartazgo durante dos días. Arriba, las auras pesaban sobre las ramas, esperando que la jauría se marchara, sin concluir el trabajo. Perro y la perra gris se divertían como nunca, jugando con la camisa listada de Cimarrón. Cada uno halaba por un lado, para probar la solidez de los colmillos. Cuando se desprendía una costura, ambos rodaban en el polvo. Y volvían a empezar, con un harapo cada vez más menguado, mirándose a los ojos, las narices casi juntas. Al fin se dio la orden de partida. Los ladridos se perdieron en lo alto de las crestas arboladas.

Durante muchos años los monteros evitaron de noche aquel atajo, dañado por huesos y cadenas.



UN HOMBRE LLAMADO ZIEGLER

1911

HERMANN HESSE

(alemán)



Vivía una vez en la Brauergasse un joven señor llamado Ziegler. Era uno de esos tipos que diariamente y a todas horas encontramos en la calle, y cuyo rostro nunca podemos definir bien, porque todos ellos tienen el mismo rostro: un rostro colectivo.

Ziegler era todo y hacía todo lo que tales personas son y hacen. No era un inepto pero tampoco un dotado; le gustaba el dinero y el placer, le encantaba vestir bien y era tan cobarde como la mayoría de los hombres: su vivir y su hacer se regían menos por impulsos y aspiraciones que por prohibiciones, por temor al castigo. Tenía unas cuantas cualidades positivas y era, en fin de cuentas, un hombre sencillamente normal, para quien la propia persona era algo precioso e importante. Se tenía, como cada quisque, por una personalidad, cuando en realidad era solo un ejemplar, y veía en sí, en su propio destino, el ombligo del mundo, al igual que los demás. Exorcizaba toda la duda, y si los hechos contradecían su ideario, cerraba los ojos como signo condenatorio.

Como hombre moderno, apreciaba ilimitadamente además del dinero, una segunda potencia: la ciencia. Jamás sabría decir qué es ciencia; el nombre le evocaba algo así como la estadística y también un poco la bacteriología, y sabía bien cuánto dinero y honor dedicaba el estado a la ciencia. Respetaba particularmente la investigación del cáncer, pues su padre había muerto de esta enfermedad y Ziegler tenía la esperanza de que la ciencia, tan altamente desarrollada en los últimos años, no permitiría que él corriese la misma suerte.

Externamente se caracterizaba Ziegler por su aspiración a vestir por encima de sus posibilidades, siempre a tono con la moda del año. Pues las modas de las estaciones y del mes, que sobrepasaban considerablemente sus medios, las despreciaba lógicamente como ridiculeces. Daba mucha importancia al carácter, y no tenía empacho, ante sus semejantes y en lugares seguros, en despotricar contra las leyes y los gobiernos. Me estoy demorando

demasiado en esta descripción. Pero Ziegler era realmente un joven encantador, y su pérdida fue muy sensible. Pues tuvo un fin prematuro y extraño, que dio al traste con todos sus planes y sus justificadas esperanzas.

A poco de llegar a nuestra ciudad, se propuso pasar un domingo placentero. Aún no tenía relaciones y por indecisión aún no había ingresado a ningún club. Tal vez estuviera ahí su desgracia. No es bueno que el hombre esté solo.

No podía menos de interesarse por las cosas más nobles de la ciudad, de las que se informó concienzudamente. Después de mucho pensarlo, se decidió por el Museo Histórico y el Parque Zoológico. En el museo la entrada era gratis los domingos por la mañana; el Zoo se podía visitar por la tarde por un precio módico.

Con su nuevo traje de calle con botones de paño, que le gustaba mucho, entró Ziegler un domingo en el Museo Histórico. Llevaba su fino y elegante bastón de paseo, un bastón rectangular, esmaltado en rojo, que le daba aire y presencia, pero con profundo disgusto por su parte le retiró el conserje de la entrada de las salas.

En las plantas altas había mucho que ver y el fervoroso visitante ensalzó para sus adentros la ciencia todopoderosa, que también allí demostraba su meritoria objetividad, como dedujo Ziegler por las esmeradas inscripciones de las vitrinas. Viejos chismes, como llaves herrumbrosas, trozos de collares tomados de cardenillo y cosas semejantes, adquirirían con estas inscripciones un interés sorprendente. Era maravilloso ver a la ciencia preocuparse de todo aquello, dominarlo todo, describirlo todo... Oh, sí, pronto la ciencia llegaría a superar el cáncer, y tal vez la misma muerte.

En la segunda sala topó con un armario de luna de tan excelente factura, que en un minuto escaso pudo controlar su vestido, peinado y cuello, la raya del pantalón y la posición de la corbata meticulosamente y a plena satisfacción. Respirando euforia siguió adelante y fijó su atención en algunos productos de antigua xilografía. Gente habilidosa, aunque en extremo ingenua, pensó indulgente. Y también contempló y apreció generosamente un viejo reloj de pared con figurillas de marfil que, al dar las horas, bailaban un minué. Luego la cosa empezó a aburrirle un poco, bostezaba y sacaba frecuentemente el reloj de su bolsillo, que bien podía exhibir, pues era de oro macizo y herencia de su padre.

Comprobó, contrariado, que aún le quedaba mucho tiempo hasta el mediodía y entró en otra sala que podía suscitar de nuevo su curiosidad. Contenía objetos de la superstición medieval, libros de magia, amuletos, galas de brujas y en un rincón todo un taller de alquimia con fragua, morteros, vasos panzudos, vejigas secas de cerdo, fuelles, etc. Este rincón estaba acordonado con cordel de lana; un letrado prohibía tocar los objetos. Pero no se suelen leer tales letreros con mucha atención, y Ziegler se hallaba completamente solo.

Así tendió indeliberadamente la mano por encima del cordón y tocó algunos de aquellos extravagantes objetos. De ese Medievo y de sus grotescas supersticiones ya había oído y leído algo; no podía concebir cómo la gente podía ocuparse de cosas tan pueriles y que no se prohibiera todo ese cuento de las brujas y demás zarandajas. A la alquimia, en cambio, podía disculpársela, pues de ella ha salido algo tan útil como es la química. ¡Dios mío, pensar que todos estos crisoles y demás cachivaches mágicos acaso fueron necesarios para que hoy tengamos aspirinas o recipientes de gas comprimido!

Sin darse cuenta tomó en la mano una esferita de color oscuro algo así como una píldora, una cosa desecada, sin peso; la hizo girar entre los dedos e iba a colocarla en su sitio, cuando oyó pasos a su espalda. Ziegler se vio en un aprieto al tener en la mano la esferita, pues naturalmente había leído el letrero. Por eso cerró la mano, la metió en el bolsillo y salió.

Solo cuando ya caminaba por la calle volvió a acordarse de la píldora. La sacó y pensó tirarla, pero antes se la acercó a la nariz y la olió. Tenía un suave aroma a resina, que le hizo gracia, así que volvió a meter la esferita en el bolsillo.

Entró en un restaurante, pidió de comer, hecho un vistazo a algunos periódicos, se arregló la corbata y lanzó a los huéspedes miradas, ora respetuosas, ora presuntuosas, según vistieran. Pero como la comida se hiciera esperar un rato, el señor Ziegler sacó su píldora alquímica y la olisqueó. La arañó con la uña del dedo índice y, al fin, se dio a un antojo pueril y se la llevó a la boca; se le disolvió rápidamente en la boca y no le supo mal, así que con un sorbo de cerveza se la tragó. Inmediatamente llegó su comida.

Hacia las dos el joven señor se apeó del tranvía, entró en el vestíbulo del Parque Zoológico y sacó un billete dominical.

Sonriendo amablemente se fue al pabellón de los monos y se detuvo frente a la gran jaula de los chimpancés. El mono mayor le miró parpadeando, le saludó afable y con voz profunda pronunció la frase:

—¿Qué tal, querido amigo?

Tremendamente asustado y con un sentimiento de repugnancia, el visitante se alejó rápidamente, y al caminar oía a sus espaldas al mono que le insultaba:

—Pues sí que es orgulloso el tío. ¡Pies planos, idiota!

Ziegler se fue enseguida donde los macacos. Estos danzaron desenfrenadamente y gritaron: «Danos azúcar, compañero»; pero como no tenía azúcar se enfadaron, le imitaron, le llamaron pobre diablo y le enseñaron los dientes. Esto no lo toleró; desconcertado y confuso huyó de allí y encaminó sus pasos hacia los ciervos y corzos de los que esperaba modales finos.

Un espléndido anta estaba junto a las rejas y miró al visitante. Ziegler quedó consternado. Pues desde que deglutiera la antigua píldora mágica, entendía el lenguaje de los animales. Y el anta hablaba con los ojos, dos

grandes ojos castaños. Su dulce mirada hablaba de nobleza, resignación y tristeza, y frente al visitante expresó un auténtico y soberano desprecio. Para esa mirada dulce, mayestática, según interpretó Ziegler, este no era otra cosa, con su sombrero y su bastón, su reloj y su traje de domingo, que un canalla, un ridículo y asqueroso bicho.

Del anta escapó Ziegler a la cabra montés, de esta a la gamuza, a la llama, al ñu, a los jabalíes y los osos. No fue insultado por todos ellos, pero sí despreciado. Puso el oído atento y se enteró por sus conversaciones de lo que pensaban sobre los hombres. Era horrible lo que pensaban. Particularmente les sorprendía que estos feos, hediondos, indignos bípedos pudiesen andar libremente con su fachendosa vestimenta.

Oyó a una puma hablar con su cría en un lenguaje lleno de dignidad y sabiduría, como rara vez se escucha entre hombres. Oyó a una hermosa pantera expresarse en términos breves, comedidos y aristocráticos sobre el indeseable visitante dominical. Miró a los ojos del rubio león y supo de la vastedad y maravilla de la selva, donde no hay jaulas ni hombres. Vio a un cernícalo posado en la rama seca, triste y orgulloso en su perpetua melancolía, y vio a los grajos sobrellevar su cautividad con decencia, resignación y humor.

Desconcertado y enajenado de todos sus hábitos mentales, Ziegler se dirigió, en su desesperación, a los hombres. Buscó una mirada que entendiera su desolación y angustia, puso oído atento a las conversaciones, para escuchar algo consolador, comprensible, reconfortante; observó los gestos de los numerosos visitantes, para encontrar en ellos algo de dignidad, naturalidad, nobleza, discreta superioridad.

Pero quedó defraudado. Escuchó las voces y las palabras, observó los movimientos, gestos y miradas, y como ahora lo veía todo como a través de unos ojos animales, no encontró otra cosa que una sociedad degenerada, hipócrita, engañosa, deforme, de tipo animaloide, que parecía ser una mescolanza esnobista de todas las especies animales.

Desesperado, Ziegler caminó errabundo de acá para allá, profundamente avergonzado de sí mismo. Ya había arrojado entre los arbustos el bastoncito cuadrangular y los guantes. Pero cuando más tarde lanzó lejos de sí el sombrero, se quitó las botas, se arrancó la corbata y se apretó sollozando contra las rejas de la jaula del anta, fue detenido en medio de un gran escándalo y llevado a un manicomio.



LA AGONÍA DE RASU-ÑITI

1962

JOSÉ MARÍA ARGUEDAS

(peruano)



Estaba tendido en el suelo, sobre una cama de pellejos. Un cuero de vaca colgaba de uno de los maderos del techo. Por la única ventana que tenía la habitación, cerca del mojinete, entraba la luz grande del sol; daba contra el cuero y su sombra caía a un lado de la cama del bailarín. La otra sombra, la del resto de la habitación, era uniforme. No podía afirmarse que fuera oscuridad; era posible distinguir las ollas, los sacos de papas, los copos de lana, los cuyes cuando salían algo espantados de sus huecos y exploraban en el silencio. La habitación era ancha para ser vivienda de un indio.

Tenía una troje. Un altillo que ocupaba no todo el espacio de la pieza, sino un ángulo. Una escalera de palo de lambras servía para subir a la troje. La luz del sol alumbraba fuerte. Podía verse cómo varias hormigas negras subían sobre la corteza del lambras que aún exhalaba perfume.

—El corazón está listo. El mundo avisa. Estoy oyendo la cascada de Saño. ¡Estoy listo! Dijo el dansak¹ Rasu-Ñiti².

Se levantó y pudo llegar hasta la petaca de cuero en que guardaba su traje de dansak' y sus tijeras de acero. Se puso el guante en la mano derecha y empezó a tocar las tijeras.

Los pájaros que se espulgaban tranquilos sobre el árbol de molle, en el pequeño corral de la casa, se sobresaltaron.

La mujer del bailarín y sus dos hijas, que desgranaban maíz en el corredor, dudaron.

—Madre, ¿has oído? ¿Es mi padre, o sale ese canto de dentro de la montaña? —preguntó la mayor.

—¡Es tu padre! —dijo la mujer.

Porque las tijeras sonaron más vivamente, en golpes menudos.

Corrieron las tres mujeres a la puerta de la habitación.

1 Dansak': se refiere al bailarín, el danzante de tijeras. (Nota del texto original)

2 Rasu-Ñiti: que aplasta nieve. (Nota del autor).

Rasu-Ñiti se estaba vistiendo. Sí. Se estaba poniendo la chaqueta ornada de espejos.

—¡Esposo! ¿Te despidas? —preguntó la mujer, respetuosamente, desde el umbral. Las dos hijas lo contemplaron temblorosas.

—El corazón avisa, mujer. Llamen al Lurucha y a don Pascual. ¡Qué vayan ellas!

Corrieron las dos muchachas.

La mujer se acercó al marido.

—Bueno. ¡Wamani³ está hablando! —dijo él—. Tú no puedes oír. Me habla directo al pecho. Agárrame el cuerpo. Voy a ponerme el pantalón. ¿Adónde está el sol? Ya habrá pasado mucho el centro del cielo.

—Ha pasado. Está entrando aquí. ¡Ahí está!

Sobre el fuego del sol, en el piso de la habitación, caminaban unas moscas negras.

—Tardará aún la chiririnka⁴ que viene un poco antes de la muerte. Cuando llegue aquí no vamos a oírla aunque zumbe con toda su fuerza, porque voy a estar bailando.

Se puso el pantalón de terciopelo, apoyándose en la escalera y en los hombros de su mujer. Se calzó las zapatillas. Se puso el tapabala y la montera. El tapabala estaba adornado con hilos de oro. Sobre las inmensas faldas de la montera, entre cintas labradas, brillaban espejos en forma de estrella. Hacia atrás, sobre la espalda del bailarín, caía desde el sombrero una rama de cintas de varios colores.

La mujer se inclinó ante el dansak'. Le abrazó los pies. ¡Estaba ya vestido con todas sus insignias! Un pañuelo blanco le cubría parte de la frente. La seda azul de su chaqueta, los espejos, la tela roja del pantalón, ardían bajo el angosto rayo de sol que fulguraba en la sombra del tugurio que era la casa del indio Pedro Huancayre, el gran dansak' Rasu-Ñiti, cuya presencia se esperaba, casi se temía, y era luz de las fiestas de centenares de pueblos.

—¿Estás viendo al Wamani sobre mi cabeza? —preguntó el bailarín a su mujer.

Ella levantó la cabeza.

—Está —dijo—. Está tranquilo.

—¿De qué color es?

—Gris. La mancha blanca de su espalda está ardiendo.

—Así es. Voy a despedirme. ¡Anda tú a bajar los tipis de maíz del corredor! ¡Anda!

La mujer obedeció. En el corredor de los maderos del techo, colgaban racimos de maíz de colores. Ni la nieve, ni la tierra blanca de los caminos,

3 Wamani: dios montaña que se presenta bajo la figura de un cóndor.

4 Chiririnka: mosca azul. (Ambas notas provienen del texto original).

ni la arena del río, ni el vuelo feliz de las parvadas de palomas en las cosechas, ni el corazón de un becerro que juega, tenían la apariencia, la lozanía, la gloria de esos racimos. La mujer los fue bajando, rápida pero ceremonialmente.

Se oía ya, no tan lejos, el tumulto de la gente que venía a la casa del bailarín.

Llegaron las dos muchachas. Una de ellas había tropezado en el campo y le salía sangre de un dedo del pie. Despejaron el corredor. Fueron a ver después al padre.

Ya tenía el pañuelo rojo en la mano izquierda. Su rostro enmarcado por el pañuelo blanco, casi salido del cuerpo, resaltaba, porque todo el traje de color y luces y la gran montera lo rodeaban, se diluían para alumbrarlo; su rostro cetrino, no pálido, cetrino duro, casi no tenía expresión. Solo sus ojos aparecían hundidos como en un mundo, entre los colores del traje y la rigidez de los músculos.

—¿Ves al Wamani en la cabeza de tu padre? —preguntó la mujer a la mayor de sus hijas.

Las tres lo contemplaron, quietas.

—No —dijo la mayor.

—No tienes fuerza aún para verlo. Está tranquilo, oyendo todos los cielos; sentado sobre la cabeza de tu padre. La muerte le hace oír todo. Lo que tú has padecido; lo que has bailado; lo que más vas a sufrir.

—¿Oye el galope del caballo del patrón?

—Sí oye —contestó el bailarín, a pesar de que la muchacha había pronunciado las palabras en voz bajísima—. ¡Sí oye! También lo que las patas de ese caballo han matado. La porquería que ha salpicado sobre ti. Oye también el crecimiento de nuestro dios que va a tragar los ojos de ese caballo. Del patrón no. ¡Sin el caballo, él es solo excremento de borrego!

Empezó a tocar las tijeras de acero. Bajo la sombra de la habitación la fina voz del acero era profunda.

—El Wamani me avisa. ¡Ya vienen! —dijo.

—¿Oyes, hija? Las tijeras no son manejadas por los dedos de tu padre. El Wamani las hace chocar. Tu padre solo está obedeciendo.

Son hojas de acero sueltas. Las engarza el dansak' por los ojos, en sus dedos y las hace chocar. Cada bailarín puede producir en sus manos con ese instrumento una música leve, como de agua pequeña, hasta fuego: depende del ritmo, de la orquesta y del espíritu que protege al dansak'.

Bailan solos o en competencia. Las proezas que realizan y el hervor de su sangre durante las figuras de la danza dependen de quién está asentado en su cabeza y su corazón, mientras él baila o levanta y lanza barretas con los dientes, se atraviesa las carnes con leznas o camina en el aire por una cuerda tendida desde la cima de un árbol a la torre del pueblo.

Yo vi al gran padre Untu, trajeado de negro y rojo, cubierto de espejos, danzar sobre una sogá movediza en el cielo, tocando sus tijeras. El canto del acero se oía más fuerte que la voz del violín y del arpa que tocaban a mi lado, junto a mí. Fue en la madrugada. El padre Untu aparecía negro bajo la luz incierta y tierna; su figura se mecía contra la sombra de la gran montaña. La voz de sus tijeras nos rendía, iba del cielo al mundo, a los ojos y al latido de los millares de indios y mestizos que lo veíamos avanzar desde el inmenso eucalipto de la torre. Su viaje duró acaso un siglo. Llegó a la ventana de la torre cuando el sol encendía la cal y el sillar blanco con que estaban hechos los arcos. Danzó un instante junto a las campanas. Bajó luego. Desde dentro de la torre se oía el canto de sus tijeras; el bailarín iría buscando a tientas las gradas en el lóbrego túnel. Ya no volverá a cantar el mundo en esa forma, todo constreñido, fulgurando en dos hojas de acero. Las palomas y otros pájaros, que dormían en el gran eucalipto, recuerdo que cantaron mientras el padre Untu se balanceaba en el aire. Cantaron pequeñitos, jubilosamente, pero junto a la voz del acero y a la figura del dansak' sus gorjeos eran como una filigrana apenas perceptible, como cuando el hombre reina y el bello universo solamente, parece, lo orna, le da el jugo vivo a su señor.

El genio de un dansak' depende de quién vive en él: ¿el espíritu de una montaña (Wamani); de un precipicio cuyo silencio es transparente; de una cueva de la que salen toros de oro y «condenados» en andas de fuego? O la cascada de un río que se precipita de todo lo alto de una cordillera; o quizás solo un pájaro, o un insecto volador que conoce el sentido de abismos, árboles, hormigas y el secreto de lo nocturno; alguno de esos pájaros malditos o extraños, el *hakakllo*⁵, el *chusek*⁶, o el sanjorge, negro insecto de alas rojas que devora tarántulas.

Rasu-Ñiti era hijo de un Wamani grande, de una montaña con nieve eterna. Él, a esa hora, le había enviado ya su «espíritu»: un cóndor gris cuya espalda blanca estaba vibrando.

Llegó Lurucha, el arpista del dansak', tocando; le seguía don Pascual, el violinista. Pero el Lurucha comandaba siempre el dúo. Con su uña de acero hacía estallar las cuerdas de alambre y las de tripa, o las hacía gemir sangre en los pasos tristes que tienen también las danzas.

Tras de los músicos marchaba un joven: Atok' sayku⁷, el discípulo de Rasu-Ñiti. También se había vestido. Pero no tocaba las tijeras; caminaba con la cabeza gacha. ¿Un dansak' que llora? Sí, pero lloraba para adentro. Todos lo notaban.

Rasu-Ñiti vivía en un caserío de no más de veinte familias. Los pueblos grandes estaban a pocas leguas. Tras de los músicos venía un pequeño grupo de gente.

⁵ *Hakakllo*: pitorro, chocha, chochaperdiz, ave de carne estimada.

⁶ *Chusek*: lechuza.

⁷ Atok' sayku: que cansa al zorro. (Nota del autor).

—¿Ves, Lurucha, al Wamani?— preguntó el dansak' desde la habitación.

—Sí, lo veo. Es cierto. Es tu hora.

—¡Atok' sayku! ¿Lo ves?

El muchacho se paró en el umbral y contempló la cabeza del dansak'.

—Aletea no más. No lo veo bien, padre.

—¿Aletea?

—Sí, maestro.

—Está bien. Atok' sayku joven.

—Ya siento el cuchillo en el corazón. ¡Toca! —le dijo al arpista.

Lurucha tocó el jaykuy (entrada) y cambió enseguida al sisi nina (fuego hormiga), otro paso de la danza.

Rasu-Ñiti bailó, tambaleándose un poco. El pequeño público entró en la habitación. Los músicos y el discípulo se cuadraron contra el rayo de sol. Rasu-Ñiti ocupó el suelo donde la franja de sol era más baja. Le quemaban las piernas. Bailó sin hervor, casi tranquilo, el jaykuy; en el sisi nina sus pies se avivaron.

—¡El Wamani está aleteando grande; está aleteando! —dijo Atok' sayku, mirando la cabeza del bailarín.

Danzaba ya con brío. La sombra del cuarto empezó a henchirse como de una cargazón de viento; el dansak' renacía. Pero su cara, enmarcada por el pañuelo blanco, estaba más rígida, dura; sin embargo, con la mano izquierda agitaba el pañuelo rojo, como si fuera un trozo de carne que luchara. Su montera se mecía con todos sus espejos; en nada se percibía mejor el ritmo de la danza. Lurucha había pegado el rostro al arco del arpa. ¿De dónde bajaba o brotaba esa música? No era solo de las cuerdas y de la madera.

—¡Ya! ¡Estoy llegando! ¡Estoy por llegar! —dijo con voz fuerte el bailarín, pero la última sílaba salió como traposa, como de la boca de un loro. Se le paralizó una pierna.

—¡Está el Wamani! ¡Tranquilo! —exclamó la mujer del dansak' porque sintió que su hija menor temblaba.

El arpista cambió la danza al tono de waqtay (la lucha). Rasu-Ñiti hizo sonar más alto las tijeras. Las elevó en dirección del rayo de sol que se iba alzando. Quedó clavado en el sitio; pero con el rostro aún más rígido y los ojos más hundidos, pudo dar una vuelta sobre su pierna viva. Entonces sus ojos dejaron de ser indiferentes; porque antes miraba como en abstracto, sin precisar a nadie. Ahora se fijaron en su hija mayor, casi con júbilo.

—El dios está creciendo. ¡Matará al caballo! —dijo.

Le faltaba ya saliva. Su lengua se movía como revolcándose en polvo.

—¡Lurucha! ¡Patrón! ¡Hijo! El Wamani me dice que eres de maíz blanco. De mi pecho sale tu tonada. De mi cabeza.

Y cayó al suelo. Sentado. No dejó de tocar las tijeras. La otra pierna se le había paralizado.

Con la mano izquierda sacudía el pañuelo rojo, como un pendón de chichería en los meses de viento.

Lurucha, que no parecía mirar al bailarín, empezó el yawar mayu (río de sangre), paso final que en todas las danzas de indios existe.

El pequeño público permaneció quieto. No se oían ruidos en el corral ni en los campos más lejanos. ¿Las gallinas y los cuyes sabían lo que pasaba, lo que significaba esa despedida?

La hija mayor del bailarín salió al corredor, despacio. Trajo en sus brazos uno de los grandes racimos de mazorcas de maíz de colores. Lo depositó en el suelo. Un cuy se atrevió también a salir de su hueco. Era macho, de pelo encrespado; con sus ojos rojísimos revisó un instante a los hombres y saltó a otro hueco. Silbó antes de entrar.

Rasu-Ñiti vio a la pequeña bestia. ¿Por qué tomó más impulso para seguir el ritmo lento, como el arrastrarse de un gran río turbio, del yawar mayu este que tocaban Lurucha y don Pascual? Lurucha aquietó el endiablado ritmo de este paso de la danza. Era el yawar mayu, pero lento, hondísimo; sí, con la figura de esos ríos inmensos, cargados con las primeras lluvias; ríos, de las proximidades de la selva que marchan también lentos, bajo el sol pesado en que resaltan todos los polvos y lodos, los animales muertos y árboles que arrastran, indeteniblemente. Y estos ríos van entre montañas bajas, oscuras de árboles. No como los ríos de la sierra que se lanzan a saltos, entre la gran luz; ningún bosque los mancha y las rocas de los abismos les dan silencio.

Rasu-Ñiti seguía con la cabeza y las tijeras este ritmo denso. Pero el brazo con que batía el pañuelo empezó a doblarse; murió. Cayó sin control, hasta tocar la tierra.

Entonces Rasu-Ñiti se echó de espaldas.

—¡El Wamani aletea sobre su frente! —dijo Atok' sayku.

—Ya nadie más que él lo mira —dijo entre sí la esposa—. Yo ya no lo veo.

Lurucha avivó el ritmo del yawar mayu. Parecía que tocaban campanas graves. El arpista no se esmeraba en recorrer con su uña de metal las cuerdas de alambre; tocaba las más extensas y gruesas. Las cuerdas de tripa. Pudo oírse entonces el canto del violín más claramente.

A la hija menor le atacó el ansia de cantar algo. Estaba agitada, pero, como los demás, en actitud solemne. Quiso cantar porque vio que los dedos de su padre que aún tocaban las tijeras iban agotándose, que iban también a helarse. Y el rayo de sol se había retirado casi hasta el techo. El padre tocaba las tijeras revolcándolas un poco en la sombra fuerte que había en el suelo.

Atok' sayku se separó un pequeñísimo espacio de los músicos. La esposa del bailarín se adelantó un medio paso de la fila que formaba con sus

hijas. Los otros indios estaban mudos; permanecieron más rígidos. ¿Qué iba a suceder luego? No les habían ordenado que salieran afuera.

—¡El Wamani está ya sobre el corazón! —exclamó Atok' sayku, mirando. Rasu-Ñiti dejó caer las tijeras. Pero siguió moviendo la cabeza y los ojos.

El arpista cambió de ritmo, tocó el illapa vivon (el borde del rayo). Todo en las cuerdas de alambre, a ritmo de cascada. El violín no lo pudo seguir. Don Pascual adoptó la misma actitud rígida del pequeño público, con el arco y el violín colgándole de las manos.

Rasu-Ñiti movió los ojos; la córnea, la parte blanca, parecía ser la más viva, la más lúcida. No causaba espanto. La hija menor seguía atacada por el ansia de cantar, como solía hacerlo junto al río grande, entre el olor de flores de retama que crecen a ambas orillas. Pero ahora el ansia que sentía por cantar, aunque igual en violencia, era de otro sentido. ¡Pero igual en violencia!

Duró largo, mucho tiempo, el illapa vivon. Lurucha cambiaba la melodía a cada instante, pero no el ritmo. Y ahora sí miraba al maestro. La danzante llama, que brotaba de las cuerdas de alambre de su arpa, seguía como sombra el movimiento cada vez más extraviado de los ojos del dansak'; pero lo seguía. Es que Lurucha estaba hecho de maíz blanco, según el mensaje del Wamani. El ojo del bailarín moribundo, el arpa y las manos del músico funcionaban juntos; esa música hizo detenerse a las hormigas negras que ahora marchaban de perfil al sol, en la ventana. El mundo a veces guarda un silencio cuyo sentido solo alguien percibe. Esta vez era por el arpa del maestro que había acompañado al gran dansak' toda la vida, en cien pueblos, bajo miles de piedras y de toldos.

Rasu-Ñiti cerró los ojos. Grande se veía su cuerpo. La montera le alumbraba con sus espejos.

Atok' sayku salió junto al cadáver. Se elevó ahí mismo, danzando; tocó las tijeras que brillaban. Sus pies volaban. Todos estaban mirando. Lurucha tocó el lucero kanchi (alumbrar de la estrella), del wallpa wak'ay (canto del gallo) con que empezaban las competencias de los dansak', a la media noche.

—¡El Wamani aquí! ¡En mi cabeza! ¡En mi pecho, aleteando! —dijo el nuevo dansak'.

Nadie se movió.

Era él, el padre Rasu-Ñiti, renacido, con tendones de bestia tierna y el fuego del Wamani, su corriente de siglos aleteando.

Lurucha inventó los ritmos más intrincados, los más solemnes y vivos. Atok' sayku los seguía, se elevaban sus piernas, sus brazos, su pañuelo, sus espejos, su montera, todo en su sitio. Y nadie volaba como ese joven dansak'; dansak' nacido.

—¡Está bien! —dijo Lurucha—. ¡Está bien! Wamani contento. Ahistá en tu cabeza, el blanco de su espalda como el sol del mediodía en el nevado, brillando.

—¡No lo veo! —dijo la esposa del bailarín.

—Enterraremos mañana al oscurecer al padre Rasu-Ñiti.

—No muerto. ¡Ajajayllas! —exclamó la hija menor—. No muerto. ¡Él mismo! ¡Bailando!

Lurucha miró profundamente a la muchacha. Se le acercó, casi tambaleándose, como si hubiera tomado una gran cantidad de cañazo.

—¡Cóndor necesita paloma! ¡Paloma, pues, necesita cóndor! ¡Dansak' no muere! —le dijo.

—Por dansak' el ojo de nadie llora. Wamani es Wamani.



EL BÚHO QUE SE CONVIRTIÓ EN SER HUMANO

Tradición oral chayahuita

Hace mucho tiempo un búho se convirtió en ser humano. Un hombre se había ido a mitayar¹ dejando a su esposa que estaba embarazada en casa. Entonces la mujer dio a luz a su hijita. Después, cuando estaba sentada, oyó al búho que estaba cantando. Entonces la mujer le dijo:

—Si tú fueras un ser humano, me ayudarías en traerme la leña para hacer la candela y poder calentarme.

Después de un momento el búho vino a la casa trayendo la leña y la entregó a la mujer, diciendo:

—Toma la leña, vecina. Haz la candela y caliéntate.

La mujer se asustó pero no le dijo nada. (Era una mujer que vino trayendo la leña pero realmente no era mujer. Era un búho convertido en mujer.) Sin decir nada estaba mirándola, por eso él quiso dormir allá.

—Vecina, permíteme dormir contigo —y la mujer contestó:

—Ven pues, duerme conmigo.

Entonces durmieron juntos ahí; pero a medianoche, el búho convertido le metió un dedo en el ojo de su hijita y la bebita lloraba. La madre le dijo:

—¿Qué le has hecho a mi hijita; por qué llora?

—No le hice nada. Lloro porque le saqué un isango² de su párpado —dijo mintiendo.

Cuando la mamá dormía en profundo sueño, la mujer que dormía con ella le sacó el ojo a la bebita y se lo comió. También le sacó el ojo a la mamá y se lo comió.

Pero un jovencito se levantó y subió al techo de la casa. Allí se escondió y estaba mirando todo. Vio que su mamá y su hermanita se habían muerto por esa mujer que dormía con su mamá. Amaneció esa mujer sola y se quedó allá.

1 Mitayar: cazar.

2 Isango: es una especie de arácnido pequeñito. (Ambas notas provienen del texto original).

Después de un rato, el jovencito oyó a su papá quien estaba viniendo. Bajándose del techo, corrió para contarle lo que había pasado.

La mujer que les había sacado los ojos estaba ahí todavía. Ella agarró una piedra y la puso en su hamaca y estaba cuidándola como a su hijita. Cuando el hombre llegó a su casa, vio a la mujer.

—Marido, he dado a luz a mi bebé, una mujercita —le dijo y entonces se levantó y agarró su vasija de barro—. Me voy a recoger agua para cocinar la carne. Cuando esté cocida, la comeremos —le dijo. Mientras tanto, el hombre hizo hervir la brea y estaba esperando su regreso. Cuando la mujer llegó del río, le dijo:

—Mujer, ven. Te voy a pintar tu cara para irnos a la fiesta —dijo, y a la vez agarró una tabla doble—. Mete tus uñas aquí. Tengo miedo porque son muy largas.

Entonces la mujer metió sus uñas, cerró sus ojos y levantó la cara. Mientras quedó así, el hombre agarró la brea que estaba hirviendo y la echó en su cara. Cuando hizo eso, la mujer brincó y gritó con tanta desesperación:

—¡Marido, marido! —dijo.

El hombre agarró la candela y encendió la casa (para que no se escapara la mujer). Se alejó un poco de la casa y escuchó el incendio. Y la mujer antes de morir pronunciaba estas palabras: «Huitina³ chispa, sachapapa⁴ chispa, camote chispa» y así murió. (Por su muerte crecerían estos tubérculos de sus ojos.) Esto es uno de los cuentos de los antepasados chayahuitas.



3 Huitina: es una especie de planta de tubérculo comestible.

4 Sachapapa: es la papa de la selva. (Ambas notas provienen del texto original).

LOS FUGITIVOS

Este relato habla de dos fugitivos: Cimarrón y Perro. Explica qué motiva la huida de cada uno de ellos. Si no sabes qué significa «cimarrón», busca en un diccionario.

Si bien el narrador no es un personaje de la historia, el relato está narrado siguiendo a uno de los dos fugitivos: Perro. ¿Cómo te das cuenta de que el narrador se enfoca en Perro? Explica utilizando alguna cita del texto.

Después de andar juntos y hacer casi todo en colaboración, Cimarrón comienza a actuar por sí solo en algunas ocasiones poniéndose en peligro. ¿Qué impulsa a Cimarrón a arriesgarse tanto que al final lo atrapan?

¿Qué hace Perro entonces?

¿Por qué al final Perro ataca a Cimarrón?

¿Por qué crees que el autor del relato no les pone nombres a Cimarrón y a Perro?

UN HOMBRE LLAMADO ZIEGLER

¿Qué apreciaba Ziegler aparte del dinero? Extrae del relato tres ejemplos que muestren que Ziegler era ostentoso.

¿Qué sala del museo histórico despertó el desprecio de Ziegler?



¿Qué efecto tuvo en él la píldora «mágica» que se tragó?

¿Cómo percibe el anta a Ziegler?

Al final del cuento, Ziegler ve a los hombres como si fuera él un animal y los desprecia. ¿Qué cualidades de los seres humanos desprecia Ziegler?

El destino final de Ziegler no es muy diferente del de los animales: será encerrado. Explica si crees que Ziegler se ha vuelto realmente loco.

LA AGONÍA DE RASU-ÑITI

Este relato aborda el tema de los danzantes de tijeras. ¿Qué le está sucediendo al danzak' Rasu-Ñiti?

Cuando Rasu-Ñiti comienza a hacer sonar sus tijeras, pasa algo especial. ¿Qué describe el narrador que sucede?

¿Por qué necesita Rasu-Ñiti ayuda de su esposa para vestirse?

El Wamani se hace presente de diversas maneras. Descríbelas.

¿Por qué el Wamani no puede ser visto por cualquiera?

¿Qué es el Wamani?

Observa que durante el rito de transferencia del Wamani de un danzak' a otro, mientras la música se describe más y más intensa, al viejo danzak' se le presenta más y más débil y limitado de movimientos. Si el cuento trata de la transferencia del Wamani de un danzak' a otro, ¿qué crees que significa este contraste?

Explica por qué podría decirse que el tema de este relato es el triunfo sobre la muerte.

EL BÚHO QUE SE CONVIRTIÓ EN SER HUMANO

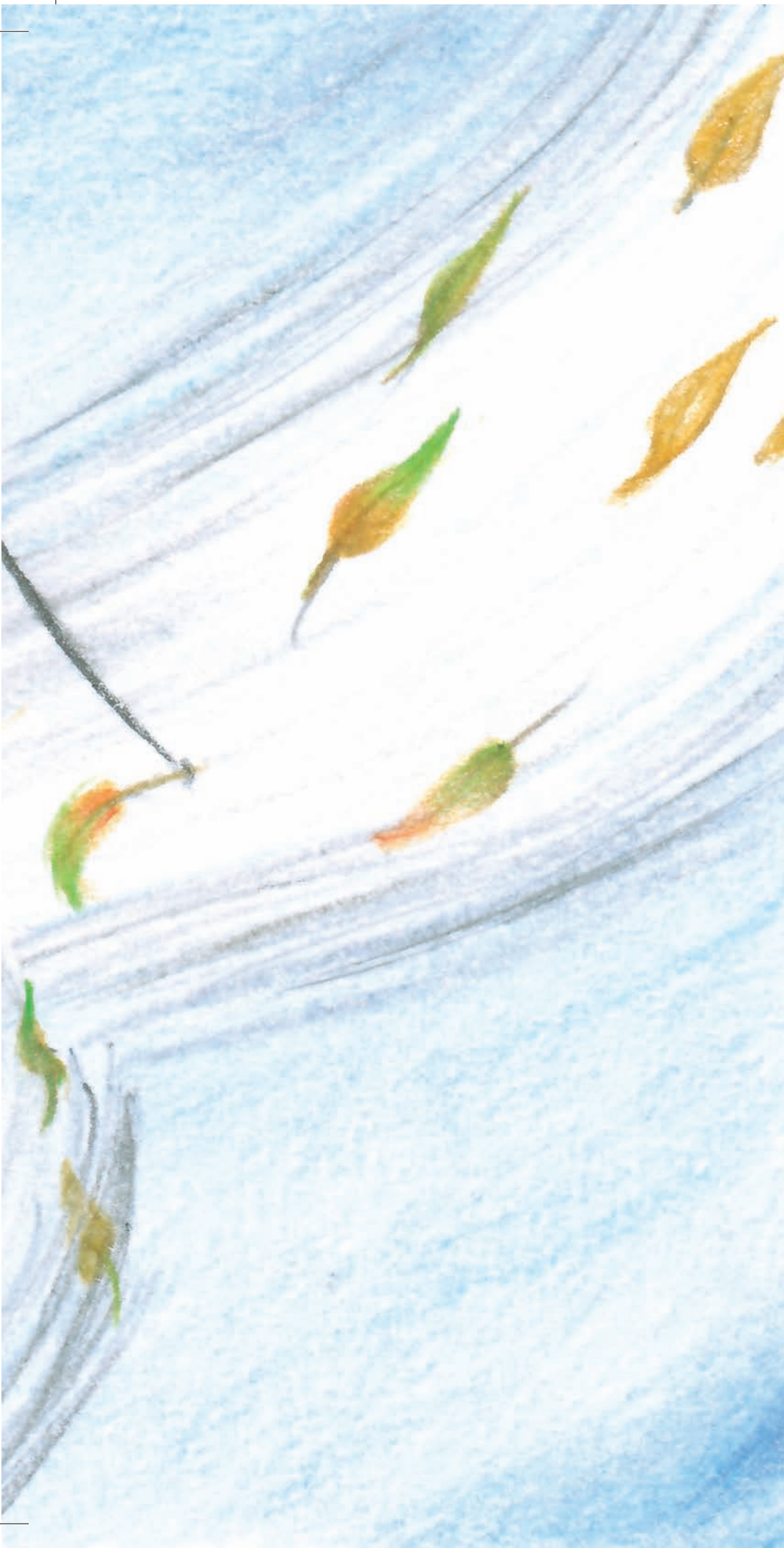
Los relatos orales suelen explicar el origen de determinados animales o accidentes geográficos ¿Qué pretende explicar este relato?

¿Estás de acuerdo con que el búho, convertido en ser humano, muera como sucede al final? Explica tus razones.

Imagina que un animal tuviese el poder de convertirse en persona. ¿Qué animal crees que sería?, ¿cuáles serían las consecuencias para la humanidad?







LA LAGUNA

1897

JOSEPH CONRAD

(polaco)

El blanco, reclinado con ambos brazos sobre el techo de la caseta a la popa del bote, dijo al timonel:

—Pasaremos la noche en el claro de Arsat. Ya es tarde.

El malayo se limitó a gruñir y siguió mirando con fijeza río adelante. El blanco, apoyando el mentón sobre los brazos cruzados, lanzó una mirada a la quilla de la embarcación. Al extremo de la recta avenida de bosques que el destello intenso del río cortaba en dos, surgía el sol cegador y sin nubes, posado sobre las aguas, que brillaban bruñidas como una banda de metal. A ambos lados de la corriente, los bosques sombríos y solemnes se erguían silenciosos e inmóviles. Al pie de árboles altos como torres crecían, en el barro de la ribera, palmas de ñipa destroncadas, en grupos de hojas pesadas y enormes que pendían tranquilas sobre el bronceo remolino de los reflujos. En la paz del ambiente, todo árbol, toda hoja, todo helecho, toda rama de enredadera y todo pétalo de los minúsculos botones aparecía sumido en una perfecta y definitiva inmovilidad, por la virtud de algún encantamiento. Nada se agitaba sobre el río, sino los ocho remos que, levantándose regularmente en un relámpago, caían al unísono en un solo chapoteo, mientras el timonel se mecía a izquierda y derecha con un brillante y repentino trazo de su cimitarra, que describía un semicírculo resplandeciente sobre su cabeza. Las aguas, al golpe de los remos, espumaban a lo largo del bote en un murmullo confuso. Y la canoa del blanco, avanzando río arriba en el breve disturbio por ella misma provocado, parecía atravesar los umbrales de una tierra en la que hasta la memoria misma del movimiento había desaparecido para siempre.

El blanco, volviendo la espalda al sol poniente, echó una mirada a lo largo de la amplia y vacía extensión de aquel brazo de mar. En las tres últimas millas de su curso el río, errabundo e indeciso, como hechizado irresistiblemente por la libertad de un horizonte abierto, corre directamente hacia el mar, hacia el oriente: hacia el oriente, albergue de luz como la oscuridad. A la popa del bote, el insistente grito de algún ave, un grito discordante y débil, se arrastraba sobre el agua bruñida y se perdía, antes de alcanzar la ribera opuesta, en el ahogado silencio del

universo. El timonel hundió su remo en la corriente, apretándolo con fuerza, los brazos muy tiesos, el cuerpo inclinado hacia adelante. El agua gorgoteaba rumorosa; y, repentinamente, el largo y recto brazo de mar pareció girar sobre su centro, las selvas trazaron un semicírculo y los rayos oblicuos del crepúsculo tocaron los costados de la embarcación con un fiero destello, arrojando las finas sombras torcidas de sus tripulantes al resplandor rayado del río. El blanco se volvió, lanzando una mirada hacia adelante. El curso del bote se había cambiado en ángulo recio con la corriente, y la labrada cabeza del dragón de la proa apuntaba ahora hacia un claro en el encaje de las malezas de la ribera. El bote se deslizó por él, rozando las colgantes ramas, y desapareció del río semejante a una delgada criatura anfibia que abandonara el agua en busca de su guarida en los bosques. El estrecho arroyuelo semejaba una zanja: tortuoso, fabulosamente hondo, henchido de melancolía bajo la fina faja de azul puro y brillante del cielo. Árboles inmensos se levantaban, invisibles, tras las ornamentadas colgaduras de los matorrales. Aquí y allá, cerca de la resplandeciente negrura de las aguas, la retorcida raíz de algún árbol altísimo asomaba por entre el gótico encaje de los helechos, oscura y solemne, contorsionada e inmóvil, como una serpiente suspensa. Las palabras breves de los remeros resonaban ruidosamente entre los sombríos y espesos muros de aquella vegetación. La oscuridad surgía de entre los árboles, abriéndose paso por la intrincada masa de enredaderas, tras las enormes hojas fantásticas e inmóviles; la oscuridad, misteriosa e invencible; la oscuridad perfumada y venenosa, de las selvas impenetrables. Los hombres adelantaban por las aguas poco profundas. El arroyo se ampliaba, abriéndose en la ancha extensión de una laguna inerte. Los bosques se apartaban de la pantanosa ribera, dejando una cinta de césped duro, de un verde brillante, enmarcando el azul reflejado del cielo. Una nube algodonosa y purpúrea flotaba en lo alto, arrastrando el delicado colorido de su imagen bajo las hojas flotantes y los plateados botones de los lotos. Una casucha, en lo alto de unas varas, que oficiaban a modo de pilares, surgía negra en la distancia. Cerca de ella, dos altas palmas, que parecían haberse adelantado a la selva del fondo, se inclinaban ligeramente sobre la derruida techumbre, con una sugerencia de ternura y solicitud melancólicas en el desfallecimiento de sus copas, frondosas y altivas. Señalando con el remo, el timonel anunció:

—Allí está Arsat. Veo su canoa entre las estacas.

Los hombres corrían a lo largo de los costados de la embarcación, y arrojaban una mirada sobre el hombro hacia el fin de la jornada. Hubieran preferido pasar la noche en cualquier otra parte y no en esa laguna, de fático aspecto y espectral reputación. Además, profesaban a Arsat una gran antipatía; en primer lugar, porque lo consideraban extraño a ellos, y en segundo término, porque aquel que reconstruye una casa en ruinas y la habita proclama no abrigar temor alguno de vivir entre los espíritus que asolan los sitios abandonados por los hombres. Un ser semejante es capaz de interrumpir el curso del destino con una mirada o una palabra; tampoco es fácil a los casuales viajeros ganarse la voluntad de los

fantasmas familiares de aquel, espíritus que suspiran por saciar sobre ellos los rencores de su humano señor. Los blancos no prestan atención a cosas semejantes, descreídos como son y en liga con el Padre del Mal, que los conduce incólumes por entre los invisibles terrores de este mundo. A las advertencias de los justos oponen una ofensiva pretensión de incredulidad. ¿Qué queda, entonces, por hacer? Así pensaban, apoyándose con todo su peso al extremo de sus largas pértigas. La canoa resbalaba silenciosa, ligera, mansamente, dirigiéndose hacia el claro de Arsat, hasta que, después de un gran rumor de pértigas atrojadas al suelo y altos murmullos de «¡Alá es grande!», atracó, con un suave golpe, contra las torcidas estacas que sostenían la casa. Los remeros, las caras en alto, gritaban discordantes:

—¡Arsat! ¡Oh, Arsat!

Nadie se asomó. El blanco principió a trepar la tosca escala que conducía a la plataforma de bambú que había ante la habitación. El *juragán*¹ refunfuñó:

—Prepararemos la cena en el *sampán*² y dormiremos sobre el agua.

—Pásame mis mantas y la cesta —ordenó el blanco, en voz baja. Se arrodilló a la orilla de la plataforma para recibir el paquete.

El bote se alejó en seguida, y el blanco, incorporándose, se halló ante Arsat, que había surgido por la baja puerta de su cabaña. Era un hombre joven, fuerte, de pecho amplio y brazos musculosos. No llevaba sobre él otra cosa que su *sarong*³. Tenía la cabeza descubierta. Sus ojos grandes y suaves miraban al blanco ávidamente, pero su voz y sus maneras fueron mesuradas al preguntar, sin decir antes palabra alguna de bienvenida:

—¿Traes medicina, Tuan?

—No —respondió el visitante, en tono inquieto—. No. ¿Por qué? ¿Tienes algún enfermo en casa?

—Entra y verás —replicó Arsat, con el mismo aire tranquilo; y volviéndose bruscamente, cruzó el bajo umbral.

El blanco, dejando caer su carga, le siguió. A la vaga luz de la habitación se distinguía, sobre una litera de bambú, a una mujer tendida de espaldas bajo una amplia sábana de lana roja. Estaba inmóvil, como muerta; pero sus grandes ojos, muy abiertos, quietos y ciegos, relampagueaban en la semioscuridad, mirando fijamente a los troncos del techo. Tenía una fiebre altísima y se hallaba, evidentemente, sin conocimiento. Mostraba las mejillas ligeramente hundidas, los labios entreabiertos, y sobre el rostro joven una expresión fija y fatídica: la expresión contemplativa y absorpta de los que están próximos a morir. Los dos hombres la contemplaron en silencio.

—¿Hace mucho tiempo que está enferma? —inquirió el viajero.

—No he dormido en cinco noches —respondió el malayo, en tono deliberado—. En un principio, le parecía escuchar voces que la llamaban desde el río y quiso desprenderse de mis brazos que la contenían. Pero desde que se levantó el sol de este día no oye ya más, ni siquiera me oye a mí. No ve nada. ¡Ni me ve a mí!

1 *Juragán*: palabra malaya que quiere decir capitán.

2 *Sampán*: pequeña embarcación malaya.

3 *Sarong*: prenda de tela que se envuelve alrededor del cuerpo y se ata en la cintura o por debajo de las axilas. Es usada por los hombres y las mujeres en Malasia, Indonesia y las islas del Pacífico.

Permaneció silencioso durante un minuto e interrogó luego, suavemente:
—¿Morirá, Tuan?

—Así lo temo —dijo tristemente el blanco.

Había conocido a Arsat años antes, en un país lejano, en tiempos de peligro y de horror, en los que no hay amistad que pueda despreciarse; y desde que su amigo malayo había llegado inesperadamente a habitar la cabaña de la laguna con una mujer desconocida, no pocas veces había dormido allí en sus viajes por el curso del río. Quería a este hombre que sabía guardar fidelidad a la confianza que se le otorgaba y combatir sin miedo al lado de su amigo el blanco. Lo quería, no tanto, quizá, como un hombre quiere a su perro favorito, pero sí lo bastante para ayudarlo sin hacer pregunta alguna, para pensar a veces, vaga y perezosamente y en medio de sus propias preocupaciones, en aquel hombre solitario y en la mujer de larga cabellera, rostro audaz y ojos triunfales, que vivían juntos ocultándose en la selva... solos y temidos.

El blanco salió de la choza a tiempo para ver apagarse la enorme conflagración del crepúsculo al soplo de las sombras, ligeras y furtivas, que, levantándose como un vapor negro e impalpable sobre las copas de los árboles, se alargaban por el cielo, extinguiendo el resplandor púrpura de nubes flotantes y la roja brillantez de la luz diurna puesta en fuga. Poco después surgieron todas las estrellas sobre la intensa negrura de la tierra; y la ancha laguna, resplandeciendo repentinamente de luces reflejadas, semejava un trozo oval de cielo nocturno arrojado a la noche abismal y sin esperanza de aquella soledad. El blanco cenó con las provisiones que llevaba en la caja, y luego, recogiendo algunas varas de las que había en la plataforma, encendió una pequeña hoguera, no porque necesitara el calor, sino para ahuyentar con el humo los mosquitos. Se envolvió en sus mantas y se apoyó contra el muro de cañas de la choza, fumando pensativamente. Arsat atravesó el umbral con pasos silenciosos y se sentó en cuclillas cerca del fuego. El blanco agitó ligeramente sus piernas extendidas.

—Respira —dijo Arsat, anticipándose a la pregunta que esperaba—. Respira y arde como si ardiera un gran fuego en su interior. No habla, no oye... ¡y arde!

Hizo una breve pausa, preguntando luego, en tono tranquilo, sin curiosidad:

—¿Morirá, Tuan?

El blanco, confuso, se encogió de hombros y murmuró, indeciso:

—Si tal es su destino...

—No, Tuan —replicó Arsat con calma—. Si tal es mi destino. Oigo, veo, espero. Recuerdo... Tuan, ¿te acuerdas del pasado? ¿Recuerdas a mi hermano?

—Sí —respondió el blanco. El malayo se levantó de pronto, penetrando en la cabaña. El otro, aún sentado afuera, alcanzó a oír la voz de Arsat: «¡Escúchame! ¡Háblame!» Un completo silencio siguió a sus palabras. «¡Oh Diamelen!» exclamó de pronto Arsat. Después de aquel grito, escuchose un hondo suspiro. Arsat, al reaparecer en la plataforma, volvió a ocupar su sitio. Permanecían silenciosos junto al fuego.

Ningún rumor se escuchaba en la casa, ningún rumor percibíase cerca de ellos, pero a lo lejos, en la laguna, alcanzaban a oírse las voces de los remeros, resonando precisas y distintas sobre el agua tranquila. El fuego que ardía en la proa del *sampán* brillaba vagamente a la distancia, con un oscuro y rojizo resplandor. Poco después se apagó. Cesaron las voces. La tierra y el agua dormían invisibles, tranquilas y mudas. Parecía que nada quedaba sobre la tierra sino el resplandor de las estrellas, que rodaban, infatigables y vanas, a través de la negra inmovilidad de la noche.

Los ojos muy abiertos, el blanco dirigió una mirada al fondo de aquella oscuridad. El temor y el encanto, la inspiración y el asombro de la muerte, de la muerte inevitable y próxima, e invisible, apaciguaban la inquietud de su raza y estremecían los más indistintos, los más íntimos de sus pensamientos. La eterna y pronta sospecha del mal, la sospecha voraz que llevamos oculta en el corazón, surgió para penetrar en la inmovilidad que le rodeaba, en la inmovilidad sorda y profunda, haciéndola aparecer falsa e infame, como la máscara plácida e impenetrable de una injustificable violencia. En aquel fugaz y tremendo disturbio de su ser, la tierra, envuelta en la paz estrellada, convirtióse en un fantasmagórico país de esfuerzo inhumano, un campo de batalla de espectros, encantadores y terribles, augustos e innobles, que luchasen arduamente por adueñarse de nuestro corazón. Un país intranquilo y misterioso de deseos y temores inextinguibles. Un melancólico murmullo se levantó en la noche; un murmullo entristecedor y espantable, como si la vasta soledad de los bosques circundantes tratase de susurrar a su oído la sabiduría de su inmensa y alta indiferencia. Flotaban en el aire, a su alrededor rumores imprecisos y vagos, que adquirirían lentamente la forma de palabras; y, por último, corrieron mansamente en un riachuelo rumoroso de suaves y monótonas frases. El blanco estremecióse como quien despierta, y alteró un poco su posición. Arsat, inmóvil y apesadumbrado, sentado, con la cabeza inclinada bajo las estrellas, hablaba en un tono bajo y ensoñador:

—... porque, ¿en dónde, si no en el corazón de un amigo, podemos desahogar el peso de nuestro dolor? Un hombre no debe hablar sino del amor o de la guerra. Tú, Tuan, sabes qué es la guerra y en la hora del peligro me has visto lanzarme en busca de la muerte como tantos otros en busca de la vida. La palabra escrita puede desaparecer; puede ser escrita una mentira, ¡pero lo que han visto los ojos es verdad y la mente lo conserva!

—Recuerdo —dijo el blanco suavemente.

Con amarga compostura, Arsat prosiguió:

—Prefiero, pues, hablarte del amor. Hablarte de él en la noche. Antes de que, así la noche como el amor, hayan desaparecido... y el ojo del día haya de asomarse sobre mi dolor y mi vergüenza; sobre mi rostro ennegrecido, sobre mi consumido corazón.

Un suspiro, apagado y breve, señaló una pausa casi imperceptible, y sus palabras continuaron corriendo, sin un estremecimiento, sin un gesto:

—Luego que terminó la guerra y que abandonaste mi país en persecución

de tus deseos, que nosotros, isleños, no podemos comprender, mi hermano y yo fuimos nombrados nuevamente, como siempre, escuderos de nuestro señor. Bien sabes que éramos miembros de una gran familia, perteneciente a una raza de jefes, y más indicados que nadie para llevar al hombro derecho el emblema del poder. Y en la hora próspera sir Dendring nos otorgó su favor, como nosotros, en la hora de prueba, le mostramos la lealtad de nuestro valor. La época era de paz. Época dedicada a la caza del venado y a las peleas de gallos; a la charla indolente y a las tontas disputas entre hombres cuyo caudal desborda y cuyas armas se enmohecen. Pero el sembrador veía desarrollarse sin temor sus arrozales y los comerciantes llegaban y partían; partían flacos y volvían gordos por el río de paz. Traían también nuevas. Traían, confundidas, verdades y mentiras, de modo que nadie sabía cuándo era llegada la hora de alegrarse y cuándo la de lamentarse. Por ellos supimos también de ti. Te habían visto aquí, te habían visto allá. Y me alegraba recibir noticias tuyas, pues recordaba los días de acción, y a ti, Tuan, te recordaba siempre, hasta que llegó la hora en que mis ojos no acertaban a ver nada en lo pasado porque se habían fijado en aquella que muere ahora allí... en la choza. Se detuvo, para exclamar, en un murmullo intenso: «¡Oh, Mara bahía! ¡Oh, Calamidad!», y prosiguió un poco más alto:

—No hay peor enemigo ni mejor amigo que un hermano, Tuan, porque un hermano conoce a otro y, en su sabiduría, es fuerte para bien o para mal. Yo amaba a mi hermano. Lo busqué para decirle que no podía ver nada sino un rostro, nada podía oír sino una voz. Él me aconsejó: «Ábrele tu corazón de manera que pueda ver lo que hay en él... y espera. La paciencia es sabiduría. ¡Inchi Midah puede morir o nuestro señor vencer su terror a una mujer!...» ¡Esperé!... ¿Recuerdas, Tuan, a la dama de la faz velada, y el temor que su astucia y su cólera inspiraban a nuestro señor? Y si ella deseaba a su esclavo, ¿qué me era dable hacer? Pero calmaba yo el hambre de mi corazón con breves miradas y palabras furtivas. Durante el día transcurría el tiempo en el sendero que llevaba a las casas de baños, y cuando el sol había caído detrás del bosque, me deslizaba entre los jazmines que crecían en el patio de la mujer. Ocultos, nos hablábamos a través del perfume de las flores, a través del velo de la vegetación, por entre las largas hojas de enredaderas que se levantaban inmóviles ante nuestros labios; muy grande era nuestra prudencia, muy suave el murmullo de nuestro enorme anhelo. Pasaba el tiempo rápidamente... y entre las mujeres suscitábanse rumores... y nuestros enemigos vigilaban... Mi hermano estaba sombrío y yo pensé en matar y en buscar una muerte cruel... Pertenecemos a una raza que toma siempre lo que desea... como vosotros, blancos. Llega una hora en que el hombre debe olvidar la lealtad y el respeto.

El poder y la autoridad se otorgan a los jefes, pero a todos los hombres son concedidos el amor, la fuerza y el valor. Mi hermano dijo: «Arrebátala. Llévatela. Somos dos que somos como uno». Y yo respondí: «Que sea pronto, pues no encuentro calor en el sol que no alumbra para ella». Nuestra oportunidad se presentó cuando nuestro señor y todos los grandes señores de su corte bajaron a la boca del

río con objeto de pescar a la luz de las antorchas. Se reunieron cientos de botes, y sobre las arenas blancas, entre el agua y las selvas, se levantaron cobertizos de hojas para habitación de los rajas⁴. El humo de los fuegos semejaba una azul niebla vespertina, y en ella resonaban, alegres, multitud de voces. Mientras disponían los botes para la pesca, mi hermano vino a decirme: «¡Será esta noche!». Examiné mis armas, y cuando llegó la hora nuestra canoa ocupó su sitio en el círculo de botes que llevaban las antorchas. Las luces destellaban sobre el agua, pero a espaldas de los botes todo era oscuridad. Cuando principió la gritería, y la agitación los convirtió en locos, nosotros escapamos. El agua se tragó nuestra luz y volvimos a la ribera, que estaba oscura y en la que brillaban apenas, aquí y allá, brasas encendidas. Oíamos la charla de las esclavas entre las chozas. Descubrimos un sitio silencioso y desierto. Allí aguardamos. Ella llegó. Llegó corriendo a lo largo de la ribera, rápida y sin dejar tras de sí traza ninguna, como una hoja que el viento arrastrara mar adentro. Sombrío, mi hermano me dijo: «Anda, llévala contigo; condúcela a nuestro bote». La levanté en mis brazos. Ella jadeaba. Su corazón palpitaba contra mi pecho. «Te arrebató a estos hombres», dije. «Viniste al grito de mi corazón, pero mis brazos te llevan a mi bote contra la voluntad de los poderosos». «Es justo», dijo mi hermano. «Somos hombres que tomamos lo que desea nuestro corazón y sabemos guardarlo contra todos. Debíamos haberla tomado a la luz del día». Urgí yo: «Partamos», pues luego que la tuve en mi canoa, pensé en los muchos hombres de nuestro señor. «Sí. Partamos», respondió mi hermano. «Somos desterrados y este bote es ahora nuestra patria... y el mar nuestro refugio». Tardaba en desprender el pie de la ribera y le conminé a apresurarse, recordando el latido del corazón de aquella mujer junto a mi pecho y pensando que dos hombres no pueden luchar victoriosamente contra cien. Partimos, remando río abajo, próximos a la ribera; y al pasar por el brazo del río en que pescaban, había cesado la enorme gritería, pero el rumor de sus voces era alto como el zumbido de los insectos a mediodía. Flotaban los botes agrupándose a la luz roja de las antorchas, bajo un negro techo de humo; y los hombres hablaban de su pesca. Hombres que se envanecían, elogiaban, clamaban..., hombres que quizá eran amigos nuestros aquella mañana y que ya en aquella noche se habían convertido en nuestros enemigos. Remando ligero, los dejamos atrás. Perdíamos todos nuestros amigos en el país natal. Ella se encontraba en el centro de la canoa, el rostro velado, tan silencioso como ahora..., tan invisible como ahora... y no lamentaba yo nada de lo que abandonaba porque la oía respirar cerca de mí... como ahora la escucho.

Hizo una pausa, aguzó el oído, vuelto hacia el umbral, sacudió la cabeza y prosiguió:

—Mi hermano quería lanzar el grito de desafío —un grito solo— que hiciera saber a las gentes que éramos rebeldes y altivos de nacimiento, confiados en nuestros brazos y en el vasto mar. Y le rogué nuevamente, en nombre de nuestro amor, que acallase su grito. ¿No oía yo acaso respirar a mi amada cerca de mí?

⁴ Rajá: es el título que tenían los antiguos soberanos de la India y los monarcas de las islas que conforman Malasia.

No ignoraba que la persecución se iniciaría pronto. Mi hermano me amaba. Hundió el remo sin chapoteo alguno. Se limitó a decir: «En ti no hay ahora sino la mitad de un hombre..., la otra mitad está en esa mujer. Puedo esperar. Luego que vuelvas a ser un hombre entero regresarás conmigo a gritar nuestro desafío. Somos hijos de una misma madre». No respondí. Toda mi fuerza y todo mi espíritu los reconcentraba en las manos que sostenían el remo... porque suspiraba por encontrarme con ella en un sitio seguro, lejos del alcance de la cólera de los hombres y el despecho de las mujeres. Mi amor era tan grande que lo suponía capaz de guiarme hacia un país donde la muerte no existiera solo con que pudiese escapar al enojo de Inchi Midah y al alfanje de nuestro señor. Remamos violentamente, respirando entre dientes. Las hojas de los remos penetraron profundamente en las aguas tranquilas. Salimos del río; volamos por canales abiertos entre los bajos fondos. Bordeamos la negra costa; bordeamos las playas arenosas en donde el mar habla a la tierra en blandos murmullos; y el destello de arena blanca respondía al paso de nuestro bote, tan ligero corría este sobre el río. No hablábamos. Solo una vez susurré yo: «Duerme, Diamelen, porque pronto necesitarás todas tus fuerzas». Llegó a mis oídos la dulzura de su voz, pero me abstuve de volver la cabeza. Se levantó el sol y aún proseguíamos adelante. Corría el agua de mi rostro como la lluvia de una nube. Volábamos en la luz y en el calor. No volví la vista para nada, pero sabía que los ojos de mi hermano, a mi espalda, miraban con firmeza hacia adelante, pues el bote corría tan recto como la flecha de un guerrero al abandonar el arco. No había remero mejor ni mejor timonel que mi hermano. Muchas veces, en aquella canoa, habíamos vencido en las regatas. Pero jamás habíamos agotado nuestras fuerzas como entonces..., ¡entonces, cuando por última vez remamos juntos! No había en mi patria un hombre más fuerte ni más bravo que mi hermano. No podía yo perder el tiempo en volverme a mirarlo, pero no cesaba de escuchar a mi espalda el siseo de su aliento creciendo por momentos en intensidad. No pronunciaba una palabra. El sol estaba ya muy alto. El calor se ensañaba en mi espalda como una llama de fuego. Sentía las costillas próximas a romperse, ya me era imposible respirar. Y sentí que era necesario gritar con mi último aliento: «¡Descansemos!»... «Bueno», respondió él; y su voz era firme. Era fuerte. Era bravo. No conocía la fatiga ni el miedo... ¡Mi hermano!

Un murmullo suave y poderoso, un murmullo vasto y blando, el murmullo de las hojas temblorosas y las malezas estremecidas, atravesaba las enmarañadas profundidades de las selvas, corría sobre la mansedumbre estrellada de la laguna; el agua, entre las estacas, lamió una vez los flacos maderos con un chapoteo repentino. Una bocanada de aire tibio tocó en el rostro a los dos hombres y siguió adelante con un melancólico rumor: un aliento breve y rumoroso como algún inquieto suspiro de la tierra ensoñante.

Arsat prosiguió, en voz baja y tranquila:

—Echamos la canoa sobre la playa blanca de una pequeña bahía, cercana a una larga lengua de tierra que parecía interponerse en nuestro camino; un cabo largo y frondoso que iba a perderse mar adentro. Mi hermano conocía el lugar.

Más allá de aquel cabo está la embocadura de un río y atravesando la selva de aquella tierra corre un angosto sendero. Encendimos una hoguera y preparamos un poco de arroz. Nos tendimos luego a descansar en la blanda arena, a la sombra de nuestra canoa, mientras Diamelen vigilaba. No acababa yo de cerrar los ojos cuando la escuché lanzar un grito de alarma. Mi hermano y yo nos pusimos de pie de un salto. El sol caía ya, y, asomando por la entrada de la bahía, vimos un prao, conducido por una multitud de remeros. Lo reconocimos en seguida: era uno de los praos de nuestro rajá. Escudriñaban la costa y no tardaron en descubrirnos. Sonó el *gongo* y volvieron la proa de su embarcación hacia la bahía. Sentí que el corazón se me encogía en el pecho. Diamalen, sentada sobre la arena, se cubría el rostro con las manos. Por el mar no había escape alguno. Mi hermano se rio. Llevaba consigo el rifle que le diste, Tuan, antes de que partieras, pero la pólvora con que contábamos era muy poca. Rápidamente me ordenó: «Corre con Diamelen por el camino. Yo me encargo de mantenerlos a raya, pues no traen armas de fuego, y desembarcar ante un hombre que carga un rifle significa la muerte para algunos. Huye con ella. Al otro lado del bosque hallarás la cabaña de un pescador... y una canoa. Cuando haya disparado todos mis cartuchos, los seguiré. Soy un gran corredor, y antes de que nos den alcance habremos desaparecido. Resistiré aquí todo lo que pueda; Diamelen no es más que una mujer, incapaz de combatir o de correr, pero en sus manos débiles guarda tu corazón». Se tendió tras la canoa. El prao se aproximaba. Diamelen y yo corrimos, y mientras nos apresurábamos por el sendero, oí varios disparos. Mi hermano disparó una..., dos veces; y cesó el batir del *gongo*. El silencio se hizo a nuestra espalda. Aquella faja de tierra es muy angosta. Antes de que llegara a mis oídos el tercer disparo de mi hermano distinguí la costa y vi el agua nuevamente; nos encontrábamos en la boca de un gran río. Atravesamos un verde claro. Bajamos a la orilla del agua. Vi una choza que se levantaba sobre el lodo y una canoa balanceándose en lo alto. Escuché tras de mí un nuevo disparo. Pensé: «Esa fue su última descarga».

Alcanzamos rápidamente la canoa; un hombre salió corriendo de la cabaña, pero le salté encima y rodamos juntos por el fango. Luego me incorporé y él quedó inmóvil a mis pies. Ignoro si lo maté o no. Entre Diamelen y yo empujamos la canoa hasta llevarla al río. Me alcanzaron unos gritos, y vi a mi hermano que corría. Numerosos hombres lo seguían. Tomé en brazos a Diamelen, la arrojé al bote y en seguida salté yo. Al volver la mirada, vi a mi hermano rodar por el suelo. Cayó, y se levantó inmediatamente, pero sus perseguidores lo rodeaban ya. Me gritó: «¡Ya llego!». Sus perseguidores lo alcanzaban. Miré. Eran muchos. La miré luego a ella, ¡empujé la canoa, Tuan! La empujé a la corriente. Diamelen se hallaba de rodillas, mirándome, y le dije: «Toma el remo», mientras yo golpeaba el agua con el mío. Oí a mi hermano gritar, Tuan. Le oí gritar dos veces mi nombre, y oí también voces que clamaban: «¡Matad! ¡Matad!». No volví siquiera la mirada. Le oí gritar mi nombre una vez más, con un gran chillido, como cuando la vida se pierde con la voz... y no volví siquiera la cabeza. ¡Mi nombre!... ¡Mi hermano! Tres veces me llamó..., pero no temía yo a la vida. ¿No estaba conmigo Diamalen?

Y ¿no encontraría con ella algún país donde se olvidara la muerte?...; ¿donde se desconociera la muerte!

El blanco se incorporó. Arsat se puso de pie, irguiendo su vaga figura silenciosa sobre las brasas agonizantes de la hoguera. Una neblina había caído sobre la laguna, arrastrándose, borrando lentamente la brillante imagen de las estrellas. Ahora una enorme masa de vapor blanco cubría la tierra: extendíase frío y gris en la oscuridad, arremolinándose en mudos torbellinos alrededor de los troncos de los árboles y por la plataforma de la casa, que parecía flotar sobre la inquieta e impalpable ilusión de un mar. Apenas si, muy lejos, las copas de los árboles se recortaban sobre el destello del firmamento, como alguna costa sombría y prohibida, una costa engañosa, implacable y negra.

La voz de Arsat vibró con fuerza en la profunda paz:

—¡Tenía conmigo a Diamelen! ¡La tenía conmigo! Por ganarla hubiera enfrentado a toda la humanidad. Pero la tenía ya conmigo... y...

Sus palabras se perdieron resonantes en las huecas distancias. Hizo una pausa y pareció que a lo lejos las escuchara morir; más allá de todo auxilio y toda revocación. Y suavemente dijo:

—Tuan, yo amaba a mi hermano.

Una racha de viento lo hizo estremecer. Por sobre su cabeza, sobre el silencioso mar de la neblina, las hojas mustias de las palmeras resonaban en un rumor melancólico y expirante. El blanco estiró las piernas. Apoyó el mentón sobre el pecho y, sin levantar la cabeza, murmuró tristemente:

—Todos amamos a nuestros hermanos.

Arsat estalló, con una intensa y susurrante violencia:

—¿Qué me importa quién muriese? No buscaba yo otra cosa que paz para mi corazón.

Parecía escuchar un movimiento en la cabaña; aguzó el oído..., entrando fuego con pasos silenciosos. El blanco se levantó. Llegaba una brisa en bocanadas caprichosas. Las estrellas palidecían como si hubieran retrocedido en las heladas profundidades del espacio infinito. A una glacial racha de viento siguieron unos segundos de calma perfecta y absoluto silencio. Luego, tras la negra línea sinuosa de los bosques, una columna de luz de oro se levantó hacia el cielo y se extendió sobre el semicírculo del horizonte oriental. Nació el sol. Retirose la niebla, se deshizo en nubes fugaces, desvaneciéndose en ligeras trenzas flotantes; y la laguna, descubierta, se revelaba, negra y bruñida, en las sombras espesas al pie del muro de árboles. Un águila blanca se levantó sobre ella, en un vuelo oblicuo y portentoso llegó al claro rayo del sol y, por un momento, surgió deslumbradoramente brillante; luego, elevándose más, se hizo un punto oscuro e inmóvil antes de desvanecerse en el azul, como si hubiera abandonado la tierra para siempre. El blanco, de pie ante el umbral de la puerta, la mirada en lo alto, escuchó en la cabaña un confuso y roto rumor de palabras sin sentido que fue concluyendo en un gemido. Repentinamente Arsat salió tropezando, las manos alargadas; se estremeció, permaneciendo inmóvil por un rato, la mirada fija. Luego:

—No arde más —dijo.

Ante sus ojos el sol asomaba el filo sobre las copas de los árboles, levantándose lentamente. Refrescó la brisa; una gran luminosidad irrumpía sobre la laguna, destellando en el agua hirviente. En las sombras claras de la mañana se irguieron las selvas, haciéndose distintas, como si se hubieran aproximado precipitadamente... para detenerse en seco en un gran estremecimiento de hojas, de helechos declinantes, de ramas conmovidas. En el sol despiadado se intensificaba el murmullo de vida inconsciente, hablando en voz incomprensible alrededor de la sorda oscuridad de aquel dolor humano. Los ojos de Arsat vagaron lentamente y se fijaron luego en el sol que nacía.

—No veo nada —se dijo casi en voz alta.

—Nada hay —replicó el blanco, aproximándose a la orilla de la plataforma y haciendo señas a su bote.

Un grito llegó mansamente desde la laguna y el *sampán* comenzó a deslizarse hacia la morada del amigo de los espíritus.

—Si quieres venir conmigo, te esperaré toda la mañana —dijo el blanco, dirigiendo la vista a la laguna.

—¡No, Tuan! —respondió Arsat con suavidad—. No comeré ni dormiré más en esta casa, pero antes quiero encontrar mi camino. Ahora no veo nada... ¡nada! No hay en el mundo luz ni paz, pero existe la muerte..., reservo a muchos la muerte. Fuimos los dos hijos de la misma madre... y lo abandoné a merced de los enemigos; pero ahora regreso a mi país.

Respiró hondamente, y continuó en tono soñador:

—Dentro de poco podré ver con la necesaria claridad para asestar el golpe... para asestar el golpe. Diamelen ha muerto y... ahora... todo es oscuridad.

Abrió ampliamente los brazos, dejándolos caer a lo largo de su cuerpo, y permaneció luego inmóvil, el rostro impasible, los ojos muertos vueltos hacia el sol. El blanco bajó a la canoa. Sus hombres corrían ágilmente a los lados del bote, mirando por sobre el hombro hacia el principio de una fatigosa jornada. Sentado en la proa, la cabeza envuelta en trapos blancos, aparecía melancólico el *juragán* dejando que su remo se arrastrara sobre las aguas. El blanco, apoyado con ambos brazos sobre el techo de la caseta de popa, volvió la vista al brillante escarceo del agua ante la quilla del *sampán*. Antes de que el bote saliera de la laguna para internarse por el arroyo, el blanco levantó los ojos. Arsat no se había movido. Permanecía solitario y escrutante en el sol, asomándose, más allá de la vasta luz de un día sin nubes, a la oscuridad de un mundo de ilusiones.



SANGRE EN LA BOCA

1990

MILAGROS SOCORRO

(venezolana)



Incluso meses después del gran recibimiento, cada vez que Manolo Alvia se emborrachaba, se ponía a contar el momento en que un chorro de sangre saltó de la boca de sus oponentes indicando al mundo que él era el propietario de una medalla de plata en boxeo en las Olimpiadas de Montreal. Si contaba con un auditorio interesado, Alvia agregaba detalles con respecto a la estela roja en la lona y al sabor que la sangre de su contendor había dejado en su propia boca. Sus antiguos compañeros en Bébsara gritaban «aaag» y ese era el momento en que Judith, la esposa de Alvia, salía de un rincón para llevárselo a casa.

Es necesario recordar que la recepción que el pueblo de Bébsara organizó para su primer campeón olímpico fue verdaderamente extraordinaria. Claro que el júbilo había comenzado durante las eliminatorias del torneo olímpico, que Alvia parecía superar con la facilidad con que derribaba muchachitos en las arenas de Bébsara. En esos días el pueblo se cubrió de niños que peleaban con su propia sombra como la piña madura convoca las moscas en los mediodías de mayo. El día de su llegada, puede decirse que más de la mitad del pueblo se hallaba congregado en el matapalo que indica la entrada a Bébsara. El carro que lo transportaba pasó veloz a través de una pancarta decorada con su nombre y con dos enormes círculos plateados, puestos en cada extremo de la cinta. A los pocos metros el carro se detuvo y el campeón se bajó, se quitó la chaqueta y la corbata, tiró ambas prendas en el interior del vehículo y retó a los presentes a una carrera hasta el centro de Bébsara. El jubiloso maratón se inició con un impresionante rugido que no cesó hasta que el presidente del concejo municipal tomó el micrófono para ensalzar al héroe y hacerle promesas referidas al futuro que le esperaba en el boxeo profesional del mundo.

Al acto en la Plaza Bolívar de Bébsara siguieron almuerzos, ruedas de prensa con la multitud de periodistas que invadió el pueblo, fiestas en el club de ganaderos y visitas a las escuelas. Por las noches se reunía con

sus verdaderos amigos en parrandas que duraban hasta el amanecer. En aquellos días Judith estaba embarazada de su primer hijo, condición que le servía de excusa para sustraerse de los festines y sesiones de fotografías con la gente del barrio. Apenas si cambiaba palabra con Alvia porque a las diez de la mañana, cuando él regresaba del espeso sopor en que se había sumido nada más recibir la oleada de sangre ajena en la lejana Montreal, le preguntaba con su humildad habitual cuándo iba a ponerse a entrenar.

—El profesor Patiño estuvo por aquí, dice que ya viene el Torneo Batalla de Carabobo y que si no te preparas... —le decía extendiéndole una taza de café.

—Si no me preparo qué —le respondía él sacando una pierna de la hamaca—. Yo soy el campeón, los gringos me dieron una medalla. Patiño no es nadie en el boxeo.

Y era verdad. El nombre de Iván Patiño era completamente desconocido fuera de los dos o tres colegios donde daba clases de educación física a niños de primaria. Pero había sido él quien lo había visto pelear una tarde en el gimnasio, adivinando en el acto las grandes posibilidades de Alvia, en aquel tiempo un muchacho cuya protuberancia corporal más notable era la constituida por sus rodillas, que parecían pugnar por rajarse su tostada piel. En descargo de los principales de Bébsara hay que decir que Patiño fue invitado a casi todos los actos de celebración, y que el propio presidente del concejo había dejado en sus manos la elección de un entrenador «profesional» que sería contratado inmediatamente en Maracaibo. «En Caracas si es preciso», había concluido, en medio de vítores.

Pero las semanas fueron pasando y el entrenador profesional nunca se dejó ver, a pesar de que Patiño había consignado los nombres de tres muy buenos. Bébsara volvió a su vida, Judith tuvo a su hijo al que bautizó con el nombre de Ivan Darío, después de librar un verdadero pugilato con los amigos de Alvia —y con él mismo— que habían decidido llamarlo Montreal. Y Manolo Alvia siguió encabezando las farras nocturnas, aguardando el momento en que sintiera las piernas bien flojas y la cabeza pesada para narrar con detalles el instante en que la cara del oponente se disolvió como manteca puesta al sol, bajo su puño poderoso, y una ráfaga de sangre le tiñó el protector dental. Una de esas noches, Patiño se presentó en el bar donde se reunían y antes de que Manolo iniciara su número estelar, lo agarró por los hombros y lo sacó a la calle. Lo golpeó dos veces con el puño cerrado y le dijo que lo esperaba al otro día en el gimnasio para comenzar a entrenar.

A las diez de la mañana siguiente, Alvia llegó al gimnasio. Todavía le esperaba un homenaje más conmovedor que todos los que lo habían precedido: más importante incluso que la foto publicada en la primera plana de todos los periódicos, donde Alvia aparecía junto —en realidad abrazado— al presidente de la República; todos los muchachos que estaban entrenando, absolutamente todos, hicieron un profundo silencio, y cuando Alvia se acercó a Patiño, rompieron a aplaudir. El campeón los miró a todos como si fuera

la primera vez que alguien reconocía sus dotes y se abrazó a Patiño como si este lo acabara de sacar de un río crecido.

Sin suspender completamente sus escarceos nocturnos, Alvia se sometió a los ejercicios que Patiño le imponía. En apenas tres meses sus piernas se habían debilitado notablemente. Pero sus manos imprimían un rasgo aéreo al enfrentarse con la pera de goma. Tan ágiles eran sus puños al volar hacia la pera que semejaban las alas de un tucusito, detenido y mínimamente vertical, al hundir su pico en una cayena. Patiño estaba preocupado por la afición de Alvia al licor, pero confiaba en que la belleza de sus propios puños terminaría arrastrándolo, sobrio y anhelante, al cuadrilátero.

Una tarde, concluida la sesión de carreras en un terreno baldío que Patiño vigilaba cronómetro en mano y la garganta ardiéndole de gritar, los dos entraron al gimnasio. Patiño se dirigió al fondo y Alvia se quedó parado en la puerta. Estaba embobado. En uno de los rines saltaba, con las rodillas vendadas, la criatura más extraña que él hubiera visto desde que había largado los primeros puñetazos en cualquier callejón de su infancia. En un momento, ella advirtió la presencia de Alvia y quiso examinarlo. El resplandor que abrasaba la puerta, a espaldas del campeón, lo dejaba sumido en las sombras. Pero ella sabía que era él.

Al poco rato, llegó Patiño y le notificó que un masajista vendría una vez por semana. Le mostró la carta oficial. Estaba preocupado por la lasitud de los músculos de su vientre. El masaje ayudaría pero él tenía que hacer mil flexiones cada día.

—¿Quién es ella? —lo interrumpió Alvia, sin atender ni un instante al asunto del masajista. Ya Patiño lo había sacado del gimnasio con leves empujones.

Pero Patiño no lo sabía. Apenas si la había visto alguna vez. «Parece que es una de esas marimachas». En realidad era un caso espectacular —y raro— de guajira de gran estatura y enormes ojos. Por las mañanas atendía un almacén que su padre tenía en un barrio llamado La Ranchería, donde vendía hamacas, botas, peines y cantimploras de plástico a los colombianos y guajiros que trabajaban como peones en las haciendas de las inmediaciones de Bébsara. Y a las tres de la tarde se iba al gimnasio a entrenar. Más bien, a obedecer las instrucciones que los entrenadores daban a los hombres: no había conseguido ninguno que quisiera conducirla a ella. A las ocho de la noche, cuando terminaba sus ejercicios, se soltaba el moño que llevaba muy alto en su cabeza y un estruendo de cabellos negros se deslizaba por su espalda, casi hasta la cintura. La primera vez que Alvia vio esto, sintió una punzada directamente en los testículos que le nubló la vista. Cuando se recuperó, ya ella había desaparecido.

La segunda palabrota de su vida debió soltarla Patiño la mañana que vio llegar a Alvia con Mireya de la mano. «Ella también va a entrenar», le anunció, como si fuera la cosa más normal del mundo. Lo primero que se le ocurrió al entrenador fue mandarlos al carajo a los dos, pero después pensó reconfortado

que aquella mujer no iba a aguantar ni la primera media hora de la sesión, que aquel día iba a ser feroz. Nunca sabremos cuál de los dos dio cabida a mayor estupefacción cuando vieron a Mireya sortear, con apenas una leve cortinilla de sudor en el bigote, las dificultades que Patiño imponía con la impasividad de guardián de campo de concentración. Trotes, flexiones, salto de rana, levantamiento de piernas con el torso pegado al terreno hirviente, saltos a la cuerda, saltos rápidos, más rápidos. Ante la delectación de Patiño, la presencia de Mireya en el campo, lejos de constituir un obstáculo para el entrenamiento de Manolo, era más bien un acicate, una mano férrea que iba torciendo una cuerda hasta tensarla dentro de su pecho. En muchas ocasiones, Alvia pareció estar a punto de dejarse caer fulminado por el cansancio y la ira, pero la danza que a su lado ejecutaba Mireya, en un fragor de muslos suaves y ojos relumbrantes, le daba nuevos bríos para intentar vencerla sobre la tierra, bajo un cielo despejado... y frente a la risita malvada de Patiño.

A Judith le habían llegado ciertos cuentos de una mujer, bruja y medio machona, que competía con Manolo en unas carreras que atravesaban los campos, hacían saltar la maleza y espantaban los zamuros. Pero su felicidad —total por aquellos días— le impedía pensar en otra cosa que en el entrenamiento de su campeón y las tetadas que prodigaba a Montrealito como —desoyendo los designios de la Pila— habían dado en llamar a su hijo. La única tachadura que afeaba la perfecta caligrafía de su vida eran las correrías a las que Alvia se entregaba todavía, de vez en cuando. Y eso, porque ella sabía que conspiraban contra su futuro en el boxeo mundial, no por otra cosa.

La primera vez que Manolo y Mireya se vieron a salvo de los gritos de Patiño fue en un hotelito miserable, no lejos del almacén del padre de ella. Cuando llegaron a la habitación, Alvia entró a orinar, con la puerta del baño cerrada. Estando allí escuchó el estrépito que hacía Mireya al mover los muebles del cuarto. Cuando salió, encontró la cama recostada contra una pared y la destartada mesita de noche, decorada con un viejo radio —que permanecía sonando—, arrumbada en un rincón. Los dos tenían todavía la ropa de entrenar. Mireya fue hacia el rincón donde había dejado su enorme morral y sacó dos pares de guantes. Antes de que Alvia se recobrara de la sorpresa, sintió los guantes estrellarse contra su vientre. «Póntelos», ordenó ella mientras, a su vez, se colaba los suyos.

Cuando ambos estuvieron convenientemente enguantados se pusieron a dar saltitos, cada uno en una esquina de la habitación, mirándose a los ojos. De afuera se escuchaban las rancheras y los vallenatos mezclándose en un tercer género enloquecedor. Retazos de conversaciones a gritos, en castellano y guajiro, se colaban por las paredes del verde más llamativo que debían ofrecer los catálogos de la época en que fue pintado el cuartucho. Sin suspender la gravitación, Mireya soltó su pelo.

—Pegá aquí —le dijo de pronto a Alvia. Él sonrió sin creerse la cosa.

—Pegá aquí —volvió a exigir ella, señalando con su puño enguantado la mejilla izquierda.

Alvia saltaba al son de un vallenato extraviado al final de la tarde. Tenía ganas de arrancarse los guantes y hacer de todos aquellos músculos una sola masa de saliva y semen. Pero ella estaba insistiendo, con ese acento guajiro que parecía devolver las palabras después de haberlas mascado largo rato y ablandado con una baba espesa. Sin anunciarlo, Alvia saltó de su rincón y obedeció. La sangre acudió de inmediato cubriendo la boca de Mireya y buena parte de su cara que se había hinchado repentinamente. Cuando la derribó, apenas había liberado su mano derecha. La otra quedó enguantada hasta que comenzó el segundo round.

Muy pronto estos encuentros se hicieron norma. Sin contar enteramente con su anuencia, Patiño comenzó a dejarlos frente al hotel al final de cada sesión de ejercicios. Cuando llegó la etapa en que Alvia debía volver a entrenar con otro boxeador sobre la lona, nadie pudo disuadirlo de hacerlo con Mireya. La primera vez que la inmensa muchacha estiró el ensogado para entrar al ring, Patiño sintió el helado tránsito de un rayo que recorrió su columna vertebral, haciéndolo enrojecer de vergüenza frente a los otros entrenadores e impávidos atletas que observaban la escena. Pero Mireya volvió a vencerlo en el terreno de la eficiencia. Patiño no hubiera podido encontrar mejor contendor aunque hubiera recorrido todos los gimnasios y callejones del territorio nacional. El único problema es que el entrenamiento transcurría en medio de una atmósfera de deseo tan palpable como si un telón de terciopelo hubiera caído sobre el cuadrilátero.

Las veladas con Mireya en el hotel exilaron a Alvia de los bares y de la casa que compartía con Judith. Le dejó las fotos, el flux¹, la medalla, y se llevó el resto de su ropa, un pequeño bulto que fue a parar a un rincón de la habitación de alquiler. En ocasiones, él y Mireya dejaban a Patiño esperando y se iban a entrenar a donde Mireya indicaba. Se iban hasta la Sierra de Bébsara y subían montañas al ritmo del cronómetro que Mireya regentaba con saña superior a la de Patiño. Recorrían enormes tramos del río contracorriente para que el esfuerzo fortaleciera sus piernas y el frío del agua templara los músculos del vientre. Terminaron por relegar completamente a Patiño y entregarse ellos, solos, a un perenne entrenamiento.

Por las noches, se embadurnaban de vaselina y fingían luchas cuerpo a cuerpo que los dejaban extenuados, desnudos y amagullados sobre el áspero piso de la habitación del hotel. Alvia no recordaba haber sido tan feliz en toda su vida. Pero Mireya comenzó a exigirle proezas físicas que ningún libro ha reseñado. Lo llevaba a extremos de agotamiento que nadie ha alcanzado fuera de un régimen de trabajos forzados. Por último, comenzó a gritarle insultos para lograr de él marcas superiores, lo perseguía, lo

1 Flux: Traje formal que se usa en fiestas.

espoleaba, lo humillaba. Y lo esperaba en su lecho de cemento para seguir probándolo hasta el final.

Una noche en que Alvia estaba besándola en la garganta y aspirando el olor de su cabello, Mireya lo hizo levantar. Manolo le rogaba que se quedara allí, casi lloraba asegurándole que ya no podía más, le dolía milimétricamente cada parte de su cuerpo. Pero ella se puso a gritarle y a burlarse. Se puso de pie y le lanzó los guantes. A Manolo no le quedó otro remedio que obedecerla. Mireya lo azuzaba, saltando por todo el cuarto con el pelo revuelto como una nube de humo que se hubiera alzado en una montaña de miel.

—Pegá aquí —le decía—. Pegá aquí.

Alvia se levantó como pudo. Casi no podía verla, solo distinguía una forma palpitante que lo arengaba con aquel tono de grito fraguado en una garganta potente para que cruzara un desierto. Lanzó el primer golpe y se estrelló contra una pared. Y así el segundo y el tercero. Varias veces dio con los codos en la tierra mirándola desde abajo con los ojos suplicantes. Mireya proseguía con su danza de improperios, acercándose y alejándose sin dejar de atizarlo con sus burlas, hasta que se detuvo frente a él. Alvia respiró profundo, su brazo se convirtió en lanza solitaria que se disparara sobre un lago en calma y se hundió en la cara de Mireya. Cuando pudo enfocarla, ella estaba en el piso tendida, su pelo desparramado, y muy quieta. Solo se veía fluir un cálido chorro de sangre que salía de su boca.

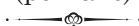


ENTONCES EN LAS AGUAS DE CONCHÁN (verano 1978)

1981

ANTONIO CISNEROS

(peruano)



Entonces en las aguas de Conchán ancló una gran ballena.
Era azul cuando el cielo azulaba y negra con la niebla. Y era azul.
Hay quien la vio venida desde el Norte (donde dicen que hay muchas).
Hay quien la vio venida desde el Sur (donde hiela y habitan los leones).
Otros dicen que solita brotó como los hongos o las hojas de ruda.
Quienes esto repiten son las gentes de Villa El Salvador, pobres entre los pobres.
Creciendo todos tras las blancas colinas y en la arena: Gentes como arenales en arenal.
(Solo saben del mar cuando está bravo y se huele en el viento.)
El viento que revuelve el lomo azul de la ballena muerta. Islote de
aluminio bajo el sol.
La que vino del Norte y del Sur y solita brotó de las corrientes.
La gran ballena muerta.
Las autoridades temen por las aguas: La peste azul entre las playas de
Conchán.
La gran ballena muerta.
(Las autoridades protegen la salud del veraneante.)
Muy pronto la ballena ha de pudrirse como un higo maduro en el verano.
La peste es, por decir, 40 reses pudriéndose en el mar (o 200 ovejas o 1000 perros).

Las autoridades no saben cómo huir de tanta carne muerta.
Los veraneantes se guardan de la peste que empieza en las malaguas de
la arena mojada.
En los arenales de Villa El Salvador las gentes no reposan.
Sabido es por los pobres de los pobres que atrás de las colinas flota una
isla de carne aún sin dueño.
Y llegado el crepúsculo —no del océano sino del arenal—
se afilan los mejores cuchillos de cocina y el hacha del maestro carnicero.
Así fueron armados los pocos nadadores de Villa El Salvador.
Y a medianoche luchaban con los pozos donde espuman las olas.
La gran ballena flotaba hermosa aún entre los tumbos helados. Hermosa
todavía.
Sea su carne destinada a 10 000 bocas.
Sea techo su piel de 100 moradas.
Sea su aceite luz para las noches y todas las frituras del verano.



VENID A VER EL CUARTO DEL POETA

1961

CÉSAR CALVO

(peruano)



Venid a ver el cuarto del poeta.
Desde la calle
hasta mi corazón
hay cincuenta peldaños de pobreza.
Subidlos.
A la izquierda.

Si encontráis a mi madre en el camino
cosiendo su ternura a mi tristeza,
preguntadle
por el amado cuarto del poeta.

Si encontráis a Evelina
contemplando morir la primavera,
preguntadle
por mi alma
y también por el cuarto del poeta.

Y si encontráis llorando a la alegría
océanos y océanos de arena,
preguntadle
por todos
y llegaréis al cuarto del poeta:
una silla, una lámpara,
un tintero de sangre, otro de ausencia,
las arañas tejiendo sordos ruidos
empolvados de lágrimas ajenas,
y un papel donde el tiempo
reclina tenazmente la cabeza.

Venid a ver el cuarto del poeta.
Salid a ver el cuarto del poeta.
Desde mi corazón
hasta los otros
hay cincuenta peldaños de paciencia.
¡Voladlos, compañeros!

(Si no me halláis
entonces
preguntadme
dónde estoy encendiendo las hogueras).



EL ACHIQUÉÉ

Tradición oral de Taricá

Este era un pueblo pequeño. Un poco alejado del centro vivía una viuda enferma, con sus dos hijitos; el trabajo y los sufrimientos llevaron pronto a la tumba a la desdichada madre. Quedaron los huerfanitos abandonados sin techo ni pan, y, un día que vagaban acosados por el hambre, vieron cruzar por el espacio un gorrión que llevaba en el pico la flor de la papa (producto muy codiciado y escaso en el lugar), entonces pensaron que, probablemente, siguiendo al pájaro llegarían al sitio donde había papas. Emprendieron la marcha; pero en el pueblo vivía también el Achiqueé, una vieja harapienta y muy mala, quien al saber que los niños iban en busca de papas, decidió matarlos y luego apoderarse de las papas. Con engaños los atrajo a su casa y mientras la niña partía leña para cocinar, cogió a su hermanito, que era un niño de corta edad, para darle muerte; como este comenzaba a llorar, regresó la chica, y al ver el fin que se proponía llevar a cabo la vieja le lanzó una piedra para distraer su atención; en seguida cargó a su hermanito; se lo puso en la espalda cubriéndolo con la *lliclla* que tenía puesta, e inmediatamente huyó de la casa.

Al ver que la arpía les seguía, la niña echó a correr. Y ya la vieja les iba a alcanzar, cuando llegaron junto a un gallinazo, y la niña dijo al gallinazo: «Tie wiscur alas llequic rurincho paquecallam» (Tío gallinazo, escóndenlos bajo tus alas). Este los escondió. Llega el Achiqueé y le pregunta: «Tie wiscur huambra llaccuna manaccu ricarckauqui?» (Tío gallinazo, ¿no has visto pasar una muchacha con un bulto a la espalda?). El gallinazo por toda respuesta le da un aletazo en el rostro, bañándose en sangre. Mientras tanto la niña aprovecha este tiempo para huir y le agradece al tío wiscur diciéndole: «Tendrás buena vista y nunca te faltará comida». (Es esta la razón por la cual el gallinazo tiene una mirada tan penetrante que descubre su presa aun desde grandes alturas.) Luego los niños siguieron corriendo. Y nuevamente les iba a alcanzar el Achiqueé, cuando se encuentran con un puma. Y los niños piden al puma que les defienda de la bruja que les persigue; este accede. Y cuando el Achiqueé preguntó a la fiera si ha visto a los niños, el puma le da un zarpazo tan tremendo que la arroja al suelo. La niña le agradece diciéndole: «Tío puma: serás el más valiente de los animales». Luego continúan la marcha, siempre perseguidos por

el Achiqueé. Y son protegidos por otros animales, a los cuales en agradecimiento les conceden ciertas cualidades que poseen hasta ahora. Por último llegan donde el *añaz* (zorrillo) y le piden ayuda; mas este los rechaza; entonces la huerfanita enojada le dice al añaz que tendrá un olor repugnante y debido a él será atrapado fácilmente por los cazadores. Y es por eso que los zorrillos tienen ese olor tan feo.

Y continuando su camino, los niños llegaron a una pampa donde había abundante vegetación, pero ningún lugar seguro para esconderse de su perseguidora. Entonces se arrodillan y piden al cielo que los ayude; san Jerónimo les tira una cuerda y los niños suben al lugar buscado, que era una chacra de papas, donde los huérfanos de la leyenda son muy felices hasta ahora.

En cuanto al Achiqueé, llega también a la pampa, y al ver que los niños subían por la cuerda exclama: «Taita Jerónimo, haz que suba yo también». San Jerónimo le manda una cuerda vieja y un ratoncillo para que la vaya comiendo. La *chagua* (vieja) comienza el ascenso, y al advertir que el pericote está royendo la cuerda, le dice: «Au manavaleck trompa, imaccta huscata micucurcuncki» (¡Oye trompudo inútil! ¿Por qué comes mi sogá?). Este le contesta: «Infadameccu chagua nockacca rupa simita miccucurqui» (No me fastidies vieja, yo estoy comiendo mi semita quemada). Y sigue royendo la sogá. El Achiqueé, al ver que se va a caer, pide a Dios que caiga solamente en la pampa para no hacerse daño: «Pampallaman, pampallaman, pampallaman», exclama. Pero al ver que va a caer sobre una roca, lanza una maldición: «Cuerpo ramackaquishun, tuyuccuna jahuickashun allpacho, y yahuarni plantaccunatta ckoracunnata sxaquisencka!» (¡Que mi cuerpo se desparrame, que mis huesos se incrusten en la tierra y mi sangre seque las plantas y hierbas!).

Desde ese momento aparecieron los Andes. Y cuenta la leyenda que los cerros que lo forman son los huesos del Achiqueé, porque hay rocas con caras horrorosas que recuerdan el repugnante gesto maldiciente de la arpía al caer. El eco que se oye cuando se grita es la voz del Achiqueé que nos remeda. Y cuentan también que su sangre salpicó los valles de la costa y las faldas de ciertos cerros, haciéndolos desde entonces áridos, apareciendo así los interminables arenales de la costa.

En las noches de luna las abuelitas de mi tierra, Taricá, repiten la historia; y cuentan a los pequeños que les rodean que el sitio privilegiado al que ascendieron los niños fue Taricá, donde no se conocerá nunca el hambre, pues abundan las papas. Y dicen también que el culto a san Jerónimo se debe a que fue él quien ayudó a los primeros pobladores de esa tierra (los niños) librándolos del hambre.

Este cuento está tan arraigado en mi bella tierra, que todos, grandes y chicos, creen que el Achiqueé es un ser maléfico que trata de mortificarlos por todos los medios, ya sea con la sequía o con las lluvias muy abundantes que malogran las sementeras.

De allí también se han dado en llamar Achiqueé o familia del Achiqueé a las personas malas y avaras del lugar.



LA SISIMIQUE Y EL HOMBRE

Tradición oral de Nicaragua

Érase una vez, un hombre cazador que fue a una montaña lejana a cazar animales, muy lejos de su casa, y cuando se dio cuenta, andaba perdido en la montaña sin encontrar el camino de regreso. En su andanza por el bosque, encontró la fuente de un río y siguió río arriba. Después de haber caminado un buen rato, escuchó un ruido extraño, era como si alguien levantaba piedras y las tiraba al río.

El hombre pensó que había alguien cerca de él, y en eso vio una persona muy extraña, parecía una mujer pero de muy alta estatura, con el cuerpo cubierto de pelo, los pies grandes y un extraordinario sentido del olfato.

Al ver esto, el hombre se asustó, y escondiéndose huyó del lugar, pero lo que este hombre no sabía es que este personaje era una Sisimique, un ser sobrenatural que vive solo en la montaña y se alimenta de carne cruda.

La Sisimique ya se había dado cuenta de que alguien se había corrido de allí porque ella olfatea y distingue a los humanos de los animales. Entonces la criatura usó su olfato para seguir al hombre hasta que lo alcanzó, y enseguida se lo llevó a su escondite para tenerlo como su hombre. Lo mantenía constantemente bajo estricta vigilancia, pero con el paso del tiempo le fue dando cierta libertad, aunque siempre limitada.

Le permitía andar solo alrededor de su escondite en la búsqueda de cangrejos y de miel. Para ese entonces, la Sisimique ya estaba embarazada del hombre. Él, sin embargo, tenía una sola meta: encontrar cómo escaparse lo más pronto posible de ese lugar. Un día por fin logró salir, muy temprano en la mañana, siempre con el pretexto de buscar cangrejos, y aprovechó la oportunidad para correr y librarse de las manos de esa malvada.

La Sisimique, al ver que no regresaba, sospechó que el hombre había escapado y salió en su persecución, corriendo rápidamente bajo los árboles, pero aun así no lo pudo alcanzar.

El hombre, cansado y con miedo, seguía corriendo, y de pronto se encontró con una playa, vio el inmenso mar, y miró que iba pasando un barco y lo llamó desesperadamente haciendo señal de auxilio. Los tripulantes del barco vieron la señal y se acercaron para recogerlo. El hombre se sintió muy alegre, y cuando ya iba nadando en alta mar, la Sisimique apareció en la orilla de la playa, y pensando que él regresaría le gritó con una gran voz: «Mirá aquí traje a nuestro hijo, vení a recibirlo, y si no lo hacés lo partiré por la mitad», pero en ese instante el hombre nadó más rápido hasta subir al barco, y entonces la Sisimique le enseñó a su hijo desde la playa y, llena de furia, agarró a la criatura, lo levantó de ambos pies y lo partió en dos pedazos.

La Sisimique regresó nuevamente a su escondite sin el niño y sin su amor.



LA LAGUNA

Relee la descripción de cómo la embarcación va acercándose a la laguna en la primera parte del cuento. Nota cómo el narrador describe las aguas, la vegetación, lo ancho o angosto de los lugares por los que pasan, la acción de los remos sobre el agua; y luego, al final, la laguna, que es descrita como «inerte». Ahora que sabes cómo termina la historia, ¿por qué crees que el cuento se inicia con una descripción tan detallada?

La primera impresión que tenemos de Arsath nos la proporcionan los malayos de la embarcación. Relee qué dicen de él. Conociendo toda su historia, ¿estás de acuerdo con su apreciación de ese personaje? Explica tus razones.

¿Por qué Arsath no podía desposar a Diamalen?

Para poder tener una vida junto a Diamalen, Arsath traiciona y deja morir a su hermano. ¿Crees que la pareja ha sido feliz? Debes basarte en lo que Arsath le relata al «blanco».

Explica por qué crees que el cuento se titula «La laguna», si el protagonista es Arsath y trata de amor y muerte.

SANGRE EN LA BOCA

En este relato, la fama está a punto de echar a perder a Manolo Alvia, subcampeón olímpico de boxeo. ¿Qué distrae de su entrenamiento?

En el gimnasio, aparece Mireya, una mujer que quiere entrar al boxeo. ¿Por qué nadie quería entrenarla?

¿Cómo ayuda Mireya a Manolo?



ENTONCES EN LAS AGUAS DE CONCHÁN

En el primer verso de este poema, ¿por qué se utiliza el verbo «ancló» y no otro?, ¿cuál es el sentido que se quiere reforzar con ese verbo?

En el poema se afirma: «Las autoridades protegen la salud del veraneante». Sin embargo, hay gente pobre en busca de alimento. ¿El poeta hace algún tipo de crítica a las autoridades al decir esto? Explica tu respuesta.

Explica en tus propias palabras qué significa esta comparación: «Gentes como arenales en arenal».

En los versos 3, 4 y 5 se presenta el origen de la ballena desde distintas versiones y luego, en el verso 13, se dice: «La que vino del Norte y del Sur y solita brotó de las corrientes». ¿Cuál puede ser la intención de que no se precise el origen de la ballena?

VENID A VER EL CUARTO DEL POETA

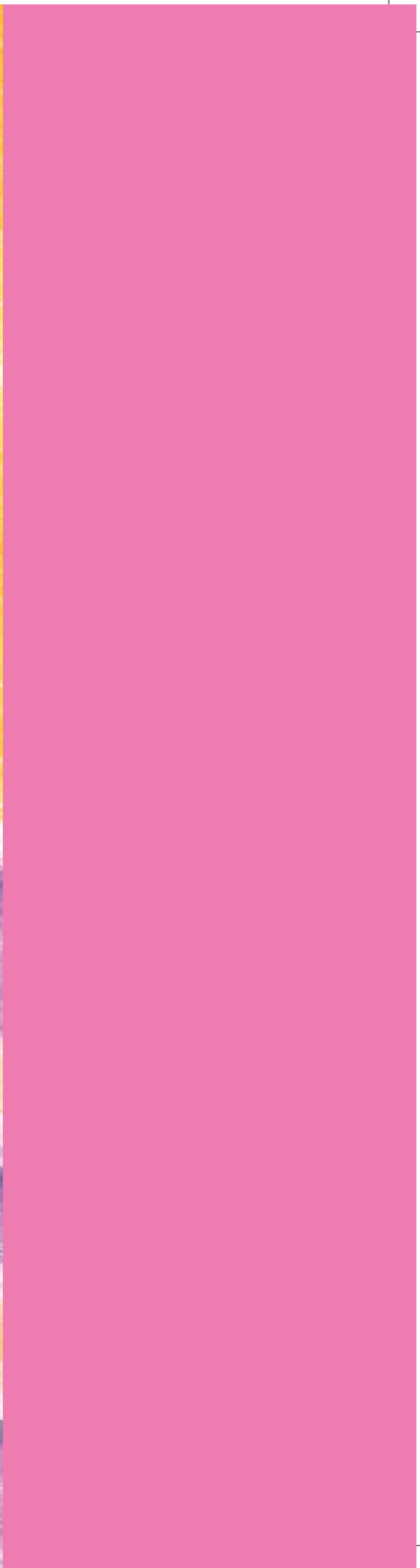
La voz poética utiliza la expresión «el cuarto del poeta» como un elemento recurrente para conducir al lector mediante una serie de instancias. En primer lugar, el cuarto del poeta es su corazón y para llegar a él hay que subir «cincuenta peldaños de pobreza». Explica qué quiere decir con esto.

Luego de varias instancias se llegará al cuarto. Relee la cuarta estrofa. Explica cómo nos damos cuenta de que la habitación está abandonada desde hace tiempo.

Ya cerca del final del poema, lo que hay que andar son «cincuenta pasos de paciencia». ¿Qué quiere decir la voz poética cuando pide que vuelen esos pasos?

Finalmente, ¿dónde está el poeta y qué está haciendo?





GARCÍA MÁRQUEZ Y YO

1994

JORGE NINAPAYTA DE LA ROSA

(peruano)



Extraños fueron los caminos que me llevaron hacia la gloria. Ahora que repaso mi vida puedo apreciarlo con claridad. El día que yo cumplía veintitrés años, en un bar del Callao, una gitana circunspecta y de carnes enjutas me leyó la suerte en las cartas. Luego, con tono solemne, me dijo que yo haría algo muy importante en la vida; «algo grandioso», fueron sus palabras.

La verdad, no fue una gran sorpresa para mí, porque siempre estuve convencido de ello. Aunque pensaba que no era necesario ejecutar algo desmesurado; un aporte a la Historia, por pequeño que sea, es un logro notable. Y mientras llegaba el momento esperado, me desempeñaba como corrector de textos en una editorial de libros de teología.

Cuatro años después, partí del Callao en un barco carguero que me llevó por varios puertos de Sudamérica. Así inicié un periplo que duró más de diez años. Me ganaba la vida corrigiendo textos. Lugar a donde llegaba, averiguaba sobre las editoriales o los diarios más conocidos y allá iba a ofrecer mis servicios.

La corrección de textos es un oficio mal reconocido. Y no es una tarea fácil, aunque muchos la consideren una ocupación ancilar y de poco fuste. En este trabajo hay que dominar no solo la ortografía, la gramática, la sinonimia; también el ritmo y la cadencia de las frases. Muchas veces, incluso, hay que adivinar lo que el autor quiso decir. La experiencia brinda destreza al buen corrector; y, con los años, basta una rápida ojeada a las primeras frases de un texto para medir la calidad de su autor, para saber si estamos ante un profesional de la pluma o ante un pelmazo que ensarta palabras.

El año más importante de mi vida fue 1967, que me halló viviendo en Buenos Aires. Trabajaba corrigiendo libros técnicos, boletines, algunos volúmenes de cuentos, en una editorial de cierta importancia, luego de haberme rebajado a fungir de ayudante de cocina en un restaurante japonés. No pasaba nada especial en mi vida, y ya empezaba a dudar de mí mismo.

Hasta que cuatro meses y medio después de haber entrado a esa editorial, llegó a mis manos un texto grueso en un sobre manila. Era una novela, me dijeron, a la cual debía hacerle la corrección. «Apúrate, el editor quiere entrar a imprenta dentro de una semana».

Es lo usual en todas partes: los editores siempre andan apurados y quieren que uno también se apresure a último momento, cuando ellos han perdido tiempo valioso sacando cuentas sobre costos de producción y esas banalidades.

Hojeé sin ganas las páginas, esperando encontrarme con algún farragoso texto de estilo regionalista y temática sollozante, de los que aún sobrevivían por esos años. Pero sucedió algo inesperado; desde las primeras páginas de esa novela quedé sacudido. Yo había leído antes algo de ese autor, unos cuentos, creo; pero esa novela, que en la primera página anunciaba *Cien años de soledad*, era, definitivamente, una obra notable y original.

Me entretuve más de la cuenta repasando con delectación cada capítulo, cada párrafo, cada línea. Cada frase llamaba a la siguiente con naturalidad, engarzándose como en una gran joya de finos arabescos, y la historia avanzaba envolviéndome en su universo de maravilla. No le hallaba error de ninguna clase, ni siquiera alguna mácula ortográfica.

Mi labor, esa vez, se redujo solo a cotejar el original con el texto que iría a imprenta, a identificar las faltas de la digitadora. Sin embargo, parecía que hasta ella, una gorda mendocina que solía resollar mientras aporreaba las teclas, se había contagiado de esta voluntad de perfección y había olvidado sus frecuentes errores. Y mientras realizaba mi labor, pensaba que algo así, precisamente así, me hubiera gustado escribir. Y me acordé de lo que me dijera la gitana.

Yo avanzaba la lectura de la novela sin hallar ninguna falta. Cada hoja revisada la ponía sobre una bandeja, de donde era llevada por un empleado al editor. Hasta que, un poco después de la mitad, hallé algo que me sobresaltó: un vocativo sin su coma. En un diálogo, el coronel Aureliano Buendía era llamado por uno de sus lugartenientes, y el nombre aparecía sin la coma de rigor. Pensé que debía ser descuido de la digitadora, no podía haber otra razón. Pero cuando revisé el original, fue mayúscula mi sorpresa al comprobar que allí tampoco aparecía la necesaria virgulilla. El autor, el maestro, se había equivocado. ¿Era posible? Quizá de tanto revisar y rehacer las frases. A veces sucede.

Que Dios me perdone, pero confieso que me alegré de esa circunstancia, pues para entonces estaba convencido de que esa novela haría historia. Claramente sentí en ese instante que una voz me llamaba desde arriba y, con tono exhortativo, me indicaba que había llegado el momento. Mi momento.

Volví a mirar el vocativo, que parecía como abandonado, inerme, sin su coma. Y, entonces, ya no me quedaba más que cumplir con mi labor, hacer mi aporte. Así es que tomé mi gruesa pluma de tinta líquida, tratando de

sortear un temblor que al inicio amenazó con debilitar mi mano, inspiré larga y lentamente, calculé la distancia, la presión necesaria, y esta vez con mano segura y pulso firme puse la coma: un punto grueso con una colita hacia abajo, como mandan los cánones, tanto en la versión de la digitadora como en la del autor. Eso fue todo. Eso fue suficiente.

El resto es historia. La novela prácticamente instauró una nueva manera de narrar, se realizaron varias ediciones de ella y se vendieron millones de ejemplares. Yo permanecí en Buenos Aires solo hasta la tercera edición. Volví al Callao, donde ingresé como corrector en una dependencia del Ministerio de Educación. Me casé, tuve tres hijos, fui feliz: ya nada importante. Años más tarde me jubilé.

Mi vida después ha consistido en mantenerme atento al derrotero editorial de la obra. En cuanto una nueva edición llegaba a librerías, corría a conseguir un ejemplar, un poco para hacerle honor a la novela, pero sobre todo para verificar la presencia de mi coma, si es que continuaba allí. Y, por supuesto, allí estaba, bien afincada, cumpliendo su función cabal, y hasta me parecía que resaltaba más que los otros signos cercanos.

Ahora que mi modesta pensión de jubilado no me permite comprar las nuevas ediciones —algunas notablemente lujosas—, solamente puedo dedicarme a admirarlas. Entro en esos elegantes recintos de libros del centro, sorteo al vendedor que me mira con gesto despreciativo, ubico la nueva edición, llego hasta la página indicada —que varía según la editorial y las picas— y veo mi coma. Y cuando leo el párrafo pertinente y recuerdo todo el reconocimiento que ha obtenido la obra, que ha contribuido a ganar el Nobel para su autor, yo también siento orgullo y se me hincha el pecho de emoción. En esos instantes percibo claramente cómo el aliento de la gloria me roza la cara y revuelve mis cabellos canos, y me siento orgulloso —muy orgulloso— por esa novela que hace mucho, en un tiempo ya lejano, escribimos García Márquez y yo.



EN EL BOSQUE

1922

RYUNOSUKE AKUTAGAWA

(japonés)

Declaración del leñador, interrogado por el oficial del *Kebiishi*
—Sí, señor, es verdad; fui yo quien encontró el cadáver. Esta mañana, como de costumbre, había salido a cortar leña y encontré al muerto en el bosque que está detrás de la montaña. ¿El lugar exacto, dice usted? Pues, a unos ciento cincuenta metros de la carretera a Yamashina. Es un lugar solitario, poblado de bambúes, con algunos cedros entre ellos.

El cuerpo estaba tendido de cara al cielo; vestía un kimono de seda violáceo y llevaba un gorro al estilo Kioto. Una herida de *katana*¹ le atravesaba el corazón, y las hojas de bambú que lo rodeaban estaban teñidas de rojo. No, no perdía más sangre en ese momento. Creo que la herida estaba seca; un tábano, de tan pegado que estaba a ella, ni siquiera sintió mis pasos.

¿Si vi alguna *katana* o algo parecido? No, no vi nada de eso, señor. Solamente encontré una cuerda junto al tronco de un cedro que había cerca del cadáver. Y..., ah, sí; también junto a la cuerda había un peine. Eso fue todo lo que vi. Daba la impresión de que ese hombre había luchado antes de ser asesinado, porque las hierbas y las hojas que había a su alrededor estaban bastante pisoteadas.

—¿Había algún caballo cerca del lugar?

—No, señor. Es un lugar inaccesible para esos animales; está separado de la carretera por un bosque de bambúes.

Declaración de un sacerdote budista, interrogado por el oficial del Kebiishi

—Es cierto. Ayer me encontré con el desdichado hombre. Ayer... sería cerca del mediodía. El lugar es la carretera que conduce de Sekiyama a Yamashina.

¹ *Katana*: espada tradicional japonesa, usada por los samurái del Japón feudal.

El hombre caminaba en dirección a Sekiyama acompañado por una dama que iba a caballo. No alcancé a ver el rostro de esta dama, pues lo llevaba cubierto con un velo. Únicamente pude ver el color de su kimono, que era claro. El caballo era un alazán de finas crines. ¿La estatura de la dama?... algo así como un metro y medio. Como sacerdote, no estoy habituado a fijarme en esos detalles. El hombre iba armado con *katana*, arco y flechas. Particularmente recuerdo la aljaba negra donde llevaba unas veinte flechas.

No podía imaginar que a ese hombre le aguardara semejante destino. En verdad, nuestra vida es comparable al rocío del alba o a un destello fugaz. ¡Lamento tanto la suerte de ese hombre que no encuentro palabras para expresar mi sentimiento!

Declaración del policía, interrogado por el oficial del Kebiishi

—¿Quién es el hombre que arresté? Es el famoso bandolero Tajômaru. Cuando procedí, él había caído del caballo, y gemía echado sobre el puente de Awataguchi. ¿Cuándo? Fue en las primeras horas de anoche. Recuerdo que aquella otra vez en que fracasé al intentar arrestarlo, también llevaba ese kimono azul y esa larga *katana*. Esta vez, como ustedes ven, lleva además arco y flechas. ¡Ah!... ¿De modo que el arco y las flechas son iguales a los del muerto? Entonces es seguro que este Tajômaru es el asesino. El arco enfundado en cuero, la aljaba negra y las diecisiete flechas de pluma de halcón seguramente eran del samurái. Sí; el caballo era, como usted dice, un alazán de finas crines. Pastaba cerca del puente, con las riendas sueltas. Seguramente por una ironía del destino Tajômaru fue arrojado por el mismo caballo que robó.

Este Tajômaru es el mujeriego más famoso entre los bandidos que merodean por la capital. El año pasado una creyente y su criada fueron asesinadas en un monte, detrás de la estatua de Píndola² del Templo Toribe; y se rumoreó que había sido obra de este bandido. Si es Tajômaru el asesino del samurái, vaya uno a saber qué ha sido de la dueña del alazán.

Si se me permite una palabra, sugiero la conveniencia de averiguar la suerte que corrió la dama.

Declaración de una anciana, interrogada por el oficial del Kebiishi

—Sí, señor; el cadáver es del hombre que se casó con mi hija. Él no era de la capital; fue samurái en la ciudad de Kokufu, en la provincia de Wakasa. Su nombre es Takejiro Kanazawa y tenía veintiséis años. No, señor, él era una buena persona, y no creo que haya sido víctima de alguna venganza.

¿Mi hija? Su nombre es Masago, y tiene diecinueve años. Es impulsiva, pero dudo que haya conocido otro hombre aparte de Takejiro. Es de cutis moreno y su cara es pequeña, ovalada, y tiene un lunar cerca del ojo izquierdo.

² Píndola: llamado Píndola-bharadwaja, discípulo de Buda. (Nota del texto consultado).

Ayer, Takejiro y mi hija salieron para Wakasa. ¡Quién podía imaginar esta tragedia!

¡Qué será de ella! Pues si bien estoy resignada por la suerte de mi yerno, quisiera saber qué ha ocurrido con mi pobre hija.

¡Por los cielos, señores, no dejéis piedra sin remover hasta encontrarla!

A quien odio es a ese asesino, Tajômaru, o como se llame... A él, que no solo a mi yerno, sino también a mi hija... [*llora y no se entienden sus palabras*].

Confesión de Tajômaru

—Sí, señor comisario; yo maté a ese hombre, pero no a la mujer. ¿Qué a dónde fue? No sé nada. ¡Eh! Déjeme en paz; no me apremien porque no podrán obligarme a decir lo que no sé. Además, no tengo esperanza de salvarme, así que no veo por qué he de ocultar detalles.

Bueno, fue así:

Ayer, poco después de mediodía, me encontré con esa pareja. Justamente una leve brisa levantó el velo de seda que cubría el rostro de la mujer, y la vi apenas. Digo apenas, porque inmediatamente volvió a ocultarlo. Quizá por eso me pareció tan hermosa como la sagrada Bodhisattva. Y desde ese instante decidí conquistarla, aunque tuviera que matar al hombre que la acompañaba.

¿Qué dice? Vea: para mí, matar a un hombre no significa gran cosa, como usted creería.

De todos modos, para poseer a la mujer había que eliminar al hombre. Pero le aclaro, señor, que yo mato con *katana*, y no como ustedes, que matan con el poder, con el dinero, hasta con el pretexto de hacer un favor. Es cierto que no derraman sangre y sus víctimas siguen viviendo; pero así y todo son muertos, sombras de vivos. Si medimos los alcances del delito, es muy difícil fijar quién es más criminal, yo o ustedes. [*Sonríe con ironía*].

Sin embargo, era mejor proceder evitando la muerte del hombre. Y opté por ello. Pero era imposible ejecutar mi propósito en la carretera (que conduce a Yamashina). Entonces inventé una historia para internar a la pareja en la montaña.

Resultó fácil. Empecé a caminar con ellos, y les conté que había descubierto una vieja tumba en la montaña, hallando una considerable cantidad de sables y espejos antiguos, que luego había trasladado clandestinamente al bosque de bambúes; y que de encontrar a algún interesado, estaba dispuesto a venderlos a bajo precio. Al oír esto, el hombre comenzó a interesarse, y...

¿No les parece terrible la codicia que es capaz de abrigar el hombre? En menos de media hora, los tres íbamos camino de la montaña.

Al llegar al bosque de bambúes me detuve, les dije que más adentro es-

taba oculto el tesoro, y les pregunté si querían verlo. El hombre, por codicia, no puso objeción; pero la mujer, que ni siquiera se molestó en desmontar, dijo que esperaría allí. Era comprensible su deseo, ante el aspecto de un bosque tan espeso. Y eso era justamente lo que yo quería. Me apresuré a conducir al hombre, sin insistir en que ella nos acompañara.

A la entrada del bosque hay bambúes solamente, pero a cierta distancia existe un lugar más despejado con algunos cedros. No podía haber sitio más apropiado para el logro de mi propósito. Abriéndome camino a través de los bambúes, engañé al hombre diciéndole que las piezas estaban ocultas al pie de un cedro. Él apresuró los pasos hacia unos cedros que se divisaban entre los bambúes. Caminamos aún algo más, y llegamos al lugar señalado.

En un segundo, lo atacué y lo derribé. Aunque el hombre llevaba *katana* y era bastante vigoroso, al ser tomado por sorpresa y atacado por la espalda nada pudo hacer para evitarlo. Lo até sin demora al tronco de un cedro. ¿Dónde conseguí las cuerdas? Gracias a que soy ladrón siempre las llevo, por si me veo obligado a escalar algún muro. Naturalmente; es fácil impedir que el otro grite si se le llena la boca con hojas de bambú.

Terminada mi tarea con el hombre, volví en busca de la mujer y le dije que fuera a reunirse con su marido, que se había indispuerto repentinamente. Demás está decir que el plan tuvo éxito. La mujer, que se había quitado el *ichimegasa*³, se dejó conducir hasta el lugar; pero al llegar, ni bien advirtió la situación del hombre, sacó un puñal —no supe cuándo—, y me desafió. Nunca conocí una mujer tan impetuosa. De no ponerme en guardia, nada me hubiera extrañado que en su arremetida terminara atravesándome el vientre, o peor aún, matándome. Pero como sabrá, yo soy Tajômaru. Pude arrebatarle el arma sin hacer uso de la mía, y aunque valiente, una vez desarmada, nada pudo hacer. Así, por fin, pude satisfacer mis deseos de poseerla.

Como le dije, no había matado al hombre; era innecesario, después de haber conseguido a la mujer. Me disponía a huir cuando sucedió lo inesperado. Ella se aferró a mis brazos con desesperación, y patéticamente, con palabras entrecortadas, me gritó que uno de nosotros, su marido o yo, tenía que morir; si no, ella misma moriría antes que soportar el dolor y la vergüenza de saber vivos a los dos hombres que la habían poseído. Dijo más: que sería de aquel que sobreviviera. Al oír estas palabras, el deseo de matar al hombre me ofuscó. [*Sombría excitación*].

Contándolo de esta manera debo parecer muy cruel. Pero no; usted no vio la cara de la mujer en ese momento, ni soportó su mirada ardiente, como yo. Al mirar esos ojos juré casarme con ella, sí, hacerla mi mujer a riesgo de todo; ese era el único pensamiento que me absorbía.

³ *Ichimegasa*: sombrero antiguo que usaban las damas japonesas.

Tal pensamiento no se debía al solo deseo carnal, como usted puede suponer. Al contrario, si en ese momento solo hubiese sentido sensualidad, habría escapado, sin importarme golpear a la mujer. Y de ser así, no habría tenido ninguna necesidad de manchar mi *katana* con la sangre de ese hombre.

Pero viendo el rostro de aquella bella mujer en la penumbra del bosque, juré no abandonar el lugar sin haberlo ultimado. Sin embargo, no tenía intención de matarlo en forma cobarde: solté sus ligaduras y lo desafié. (La cuerda que se encontró junto al tronco fue la que yo utilicé y que luego dejé olvidada). Encolerizado, el hombre desenvainó su *katana*. Inmediatamente me atacó iracundo, sin pronunciar palabra. Huelga explicar lo que pasó después. Mi *katana* atravesó su pecho a los veintitrés asaltos. Recuerden esto: veintitrés asaltos. No consigo salir de mi asombro. Nadie hasta entonces me había resistido más de veinte. [*Sonríe jovialmente*].

Muerto el hombre, con la *katana* aún mojada en su sangre, me volví hacia donde había quedado la mujer.

Pero ante mi asombro, había desaparecido. En vano registré el bosque tratando de encontrarla; ni el menor rastro. Escuché con atención: se oyó el estertor del hombre; nada más.

Pensé que al empezar el duelo ella habría salido en busca de ayuda. Y puesto que era cuestión de vida o muerte, me apoderé de la espada del hombre, junto con el arco y las flechas, y hui hacia la carretera. Una vez allí, encontré pastando el caballo de la mujer. De lo que siguió después, le diré únicamente que antes de entrar en la capital me deshice de la *katana* robada.

Esta es toda mi confesión. Siempre tuve la convicción de que mi cabeza colgaría algún día de un árbol; senténcienme a la pena capital. [*Actitud desafiante*].

Confesión de la mujer que llegó al Templo Shimizu

—El hombre que vestía el kimono de seda azul, después de ultrajarme, lanzó una mirada sarcástica a mi esposo, que estaba atado al tronco de un cedro. ¡Cuán humillado se habrá sentido mi marido! Cuanto más se empeñaba en liberarse, más se hundía la soga en su cuerpo. Desesperada, corrí hacia él. No, mejor dicho, quise correr. Pero al intentarlo, el bandido me derribó.

En ese preciso instante advertí un brillo extraño en los ojos de mi marido, tenía una expresión indescriptible... Lo recuerdo y todavía me hace estremecer. Él, al no poder hablar, procuraba expresarse de ese modo. Sus ojos no denotaban ni furor ni angustia...; despedían un brillo frío, que reflejaba su desprecio hacia mí. Más herida por esos ojos que por el golpe del ladrón, dejé escapar un gemido y me desvanecí.

Después de largo rato (creo), recobré el conocimiento, y advertí que el hombre del kimono azul había desaparecido. Estaba solamente mi marido, que continuaba atado al árbol. Me incorporé sobre las hojas de bambú y dirigí hacia él mis ojos. Pero el brillo de los suyos no había cambiado; me observaba con la misma frialdad, reafirmando su desprecio, y en lo más profundo, también su odio. Vergüenza, rabia, angustia...; no sé bien lo que sentí entonces. Me levanté, vacilante, y me acerqué a él:

—Takejiro —le dije—, después de lo sucedido, no podría seguir vi-
viendo contigo. He decidido matarme, pero... pero tú también debéis morir.
Visteis lo que me ha hecho: no puedo dejaros vivir.

Hube de hacer un gran esfuerzo para decirlo. Pero él seguía mirán-
dome sin inmutarse. Sentí que mi corazón latía con violencia. Busqué afa-
nosamente la espada de mi marido. En vano; por lo visto, el bandido había
robado sus armas. Fue una suerte que allí cerca encontrara mi puñal. Sos-
teniendo el arma en alto, volví a decirle:

—Ahora, dadme vuestra vida. Yo os seguiré inmediatamente.

Al escucharme, movió apenas los labios. Con la boca llena de hojas, no
podía articular palabra. Sin embargo, con solo mirarle adiviné su voluntad.
Con profundo desprecio me decía: «Matadme». Sin poderme dominar, enlo-
quecida, clavé la daga en su pecho, a través del kimono de color lila. Volví a
desvanecerme. Cuando tiempo después me recobré, mi marido había muer-
to. Un rayo del sol poniente, filtrado a través del follaje, iluminaba su rostro
sin color. Llorando, quité las ataduras de aquel cuerpo. Después... No tengo
fuerzas para narrar lo que me tocó vivir después. Hice todo lo posible para
darme muerte; clavé el puñal en mi garganta, me arrojé al lago, cerca de la
montaña; pero todo en vano. Heme aquí, frustrados mis intentos, soportan-
do el peso agobiador de mi deshonor. [*Sonríe tristemente*].

Es de creer que a una mala mujer como yo, hasta por la misma Bodhi-
sattva, le sea negada la piedad.

En fin yo, que maté a mi esposo, que fui violada por un bandido, ¿qué
debo hacer? ¿Qué es lo que yo... yo...? [*Estalla de pronto en violentos sollozos*].

Versión del muerto narrada por la médium

—Después de violar a mi mujer, el bandido se sentó junto a ella y le
habló, tratando de consolarla. Naturalmente, yo no podía hablar; estaba
atado al tronco del cedro, amordazado. Sin embargo, intentaba decirle con
los ojos una y otra vez: «No creáis a ese canalla, es mentira todo lo que
dice». Pero ella, sentada con las piernas recogidas, sobre las hojas de bam-
bú, se miraba las rodillas con obstinación. Esa actitud me hizo suponer que
estaría escuchando las palabras del hombre. Los celos me torturaban.

El bandido, hábil en la conversación, le hablaba de una cosa y otra,
hasta que llegó a proponerle con el mayor descaro: «Ya que has sido injuriada

en tu honor, no puedes seguir junto a tu esposo. A cambio de eso, y puesto que ya no serán felices, ¿no prefieres ser mi mujer? Fue el amor que me inspiraste lo que me llevó a cometer tal violencia contra ti».

Mi mujer le escuchó fascinada y alzó la cabeza. Nunca la vi tan hermosa como en ese momento. Pero, ¿qué respondió ante su mismo esposo, víctima como ella de ese malhechor? Ahora vago perdido en el espacio, pero no podré evitar la rabia y los celos mientras recuerde sus palabras: «Bien, llevadme adonde queráis». [*Largo silencio*].

Y no fue este el único delito de mi mujer. Si se tratara solo de esto, no sufriría lo que sufro en esta oscura eternidad. Cuando, como en sueños, se disponía a partir del brazo de aquel hombre, palideció repentinamente, y señalándome, exclamó: «Matadle. No puedo unirme a ti mientras él esté con vida». Y repitió varias veces, enloquecida: «¡Matadle, matadle!». Aún ahora sus palabras quieren arrastrarme hacia el negro abismo.

¿Habrán salido alguna vez palabras tan atroces de labios de un ser humano? ¿Habrán entrado tan odiosas frases en oídos de algún mortal? Alguna vez semejante... [*Súbitamente, ríe con desprecio*].

El mismo bandido se quedó perplejo al oírlas. «¡Matadle!». Ella continuaba gritando y se aferraba al brazo del delincuente. Él la miró fijamente y no contestó... Antes de pensar en una respuesta, la arrojó al suelo de un puntapié. [*Nuevamente una carcajada desdeñosa*].

Luego se cruzó de brazos tranquilamente y mirándome, dijo: «¿Qué piensas hacer con esta mujer? ¿La matas o la perdonas? Contéstame con la cabeza. ¿La matas?». Solo por estas palabras perdonaría la acción del individuo. [*De nuevo largo silencio*].

Mientras yo vacilaba en contestar, mi mujer dio un grito y echó a correr, bosque adentro. El bandido se abalanzó tras ella, pero no logró alcanzar ni la manga de su kimono. Fugada mi mujer, el hombre tomó mi *katana*, mi arco y mis flechas. Luego cortó en un solo sitio la soga con que me había atado. Recuerdo que al salir del bosque murmuró: «Ahora se juega mi suerte». Siguió un profundo silencio. No, oí que alguien sollozaba. Mientras me quitaba las sogas escuché con atención, y noté que era mi propio sollozo. [*Largo silencio*].

A duras penas separé del árbol mi cuerpo entumecido. Delante de mí, brillaba la pequeña daga que había dejado mi mujer. La recogí y la hundi en mi pecho. Un coágulo de sangre subió a mi garganta, pero no sentí ningún dolor. A medida que mi cuerpo se enfriaba, todo a mi alrededor se volvía silencioso y solemne. Ni el canto de un pájaro se oía en el aire de aquel lugar en la cañada de la montaña. Apenas una débil claridad descendía sobre las hojas, pero también eso fue desapareciendo, hasta que los cedros y los bambúes se borraron de mi vista. Tendido en el suelo, un hondo silencio me envolvía. En ese momento alguien se acercó a mí con

pasos cautelosos. Traté de ver quién era; pero la oscuridad me lo impidió. Alguien... alguien que no pude ver, una mano invisible, quitó suavemente el arma hundida en mi pecho, al tiempo que otro coágulo me volvía a llenar la boca. Y de nuevo me hundí en el oscuro espacio; por última vez, para siempre.



PREGUNTAS DE UN OBRERO QUE LEE

1939

BERTOLT BRECHT

(alemán)



¿Quién construyó Tebas, la de las siete puertas?
En los libros aparecen los nombres de los reyes.
¿Acarrearón los reyes los bloques de piedra?
Y Babilonia, destruida tantas veces,
¿quién la reconstruyó otras tantas? ¿En qué casas
de la dorada y reluciente Lima vivieron los constructores?
¿A dónde fueron, la noche en que fue terminada la Muralla China,
los albañiles? La gran Roma
está llena de arcos de triunfo. ¿Sobre quiénes
triumfaron los césares? ¿Es que Bizancio, la tan cantada,
solo tenía palacios para sus habitantes? Hasta en la legendaria Atlántida,
la noche en que el mar se la tragaba, los que se hundían
chillaron llamando a sus esclavos.
El joven Alejandro conquistó la India.
¿Él solo?
César sometió a los galos.
¿No llevaba consigo siquiera un cocinero?
Felipe de España lloró cuando su flota
fue hundida. ¿No lloró nadie más?
Federico II venció en la Guerra de los Siete Años. ¿Quién
venció además de él?
Cada página una victoria.
¿Quién cocinó la comilona de la victoria?
Cada diez años un gran hombre.
¿Quién pagó los gastos?

Tantos relatos,
tantas preguntas.¹



¹ Traducción del alemán, realizada por Karen Coral Rodríguez para esta edición.

YA PUSE ESTOS VERSOS COMO RAMAS DE OLIVO...

1971

ENRIQUE VERÁSTEGUI

(peruano)

*Para María Luisa Rojas de Peláez,
muerta el 21 de agosto de 1969 en Cañete donde moran,
a las cinco de la mañana en el estanque de los ángeles de Jericó*

Ya puse estos versos como ramas de olivo sobre tu tumba oh mi
abuela y me tendrás aquí
para siempre —gritando, dando alaridos, llamándote, prosternado
a tus maneras,
levantándome, maldiciendo a pesar de las prohibiciones y de que no
debo hablar con locos
o pillar frutas en los mercados.

Estaré silencioso estos días como cuando hacia las 4 de la tarde
cogías tu alfombra
para continuar tejiéndola con yerbas y ángeles de Jericó y rojos y
verdes y dorados.
No fumaré ni saldré ahora a caminar con Mario hablando de Marx
de la victoria.

Llegué hasta la tumba donde duermes y duerme una parte de mis
años, de mi sueño
y permanezco como brasa bajo la lluvia o bajo el jazz de las discotecas
escuchando cantar a Odetta
meciéndome con la brisa como con un murmullo de mariposas sobre
mis rodillas,
sobre mi soledad.

Y no quiero estar solitario, no quiero ni puedo.
Tú viajas junto a mí a mi lado y soy la yerba por donde vas caminando
sin que se noten tus ojos y tu canto
—en el patio deliro conversando con lo que eran tus pasos trazados
sobre la noche

como por la constelación de mis labios sobre la frialdad del vidrio
que daba a tu rostro en el ataúd
y eso era todo o casi todo; yo volando por la ciudad con mis juguetes,
enardecido como un ángel, con mis palabras de ángel.
Vi cómo te despediste de mí por última vez aquel día de agosto
en Tigre cuando te trajeron a Lima a Neoplásicas y yo recién tanteaba mi ingreso a la universidad que ahora desprecio.

Toda la mañana de aquel día viajé en ómnibus, sudando, abochornado,
desmayándome en los semáforos,
con una sensación de muerte en los labios, con el llanto.

Y eso era todo o casi todo, o nada.

Llegué hasta tu tumba cruzando amplios jardines —perdido entre
otras tumbas
y chocándome a cada instante con viejos conocidos de cabellos de
neón— amigos suicidas
—parientes venidos a menos después de la lluvia— devorando
frutas y palabras extrañas en los manicomios,
en el fondo de cuartos que ya nadie recuerda.

Este es Jarry que retorna a tu álbum de recuerdos, a tu gusto;
cargado de soledad
y sin sentido, hablando de cosas ininteligibles, blasfemando
—recíbeme abuelita soy yo el más engreído.

Agitaste tu mano desde dentro del automóvil, tu último saludo
para mí —adiós al nieto que más querías
y a quien continuaste lavándole pañuelos y camisas aún cuando ya
te sentías enferma
a 28 días de tu muerte y mírame colgado en la percha de la sala
junto al estante de libros
entre la yerba y los ángeles de Jericó.
Hoy me levanté temprano y corrí a saludarte porque también toda
palabra es un parque de sueños
y aquí estoy para siempre a tu lado, como las ramas de olivo que
te puse ayer en la tumba.



POSESIÓN

1977

GABRIEL CELAYA

(español)



Si el sol sale, zumba, truena
como un dios antiguo de la luz poderosa,
hermoso, con sus barbas floridas y sus muslos
morenos, duros, recios,
también yo soy mujer,
también me abro en espasmo, pues eso es hacer versos:
llorar mientras resbalo por caricias y ríos
de sombra espesa y dulce.

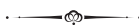


A LA POESÍA

1998

LEOPOLDO CHARIARSE

(peruano)



Tú cuya mano el laberinto móvil
del cielo traza y la espiral errante
que en todo danza de tu centro inmóvil

cuando hacia el alba muestras tu semblante
y tu sonrisa a quien los extasiados
ojos el llanto inunda y un instante

la espera colmas con tus deseados
gestos de enamorada primavera
que irrumpiera florida en los collados

y en praderas y valles la quimera
de tu olorosa falda desplegando
suscitara la fábula primera

tú que haces el otoño despertando
ámbar de luz y espíritu del vino
en las viñas tu gracia respirando

ven y despiértame al danzar divino
de tu cuerpo y que múltiple se abra
amante en mí de tu garganta el trino

que es la del vate trémula palabra
y suprema verdad que se escondía
secreta gema que en la noche labra
la paciencia de amor y su agonía



LA CAPILLA ALDEANA

1913

VICENTE HUIDOBRO

(chileno)

A v e

Canta

suave

que tu canto encanta
sobre el campo inerte

sones

vierte

y ora-

ciones

llora.

Desde

la cruz santa

el triunfo del sol canta

y bajo el palio azul del cielo

deshoja tus cantares sobre el suelo.

Une tus notas a las de la campana

Que ya se despereza ebria de mañana

Evangelizando la gran quietud aldeana.

Es un amanecer en que una honda bondad brilla.

La capilla está ante la paz de la montaña

Como una limosnera está ante una capilla.

Se esparce en el paisaje el aire de una extraña

Santidad, algo bíblico, algo de piel oveja

Algo como un rocío lleno de bendiciones

Cual si el campo rezara una idílica queja

Llena de sus caricias y de sus emociones.

La capilla es como una viejita acurrucada

Y al pie de la montaña parece un cuento de hada.

Junto a ella como una bandada de mendigos

Se agrupan y se acercan unos cuantos castaños

Que se asoman curiosos por todos los postigos

Con la malevolencia de los viejos huraños.

Y en el cuadrado lleno de ambiente y frescura

En el paisaje alegre con castidad de lino

Pinta un brochazo negro la sotana del cura.

Cuando ya la tarde alarga su sombra sobre el camino

Parece que se metiera al fondo de la capilla

Y la luz de la gran lámpara con su brillo mortecino

Pinta en la muralla blanca, como una raya amarilla.

Las tablas viejas roncán, crujen, cuando entra el viento oliendo a rosas.

Rezonga triste en un murmullo el ecosanto del rosario.

La oscuridad va amalgamando y confundiendo así las cosas

Y vuela un «Angelus» lloroso con lentitud del campanario.

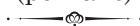


EL GUARDIÁN DEL HIELO

1999

JOSÉ WATANABE

(peruano)



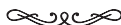
Y coincidimos en el terral
el heladero con su carretilla averiada
y yo
que corría tras los pájaros huidos del fuego
de la zafra.
También coincidió el sol.
En esa situación cómo negarse a un favor llano:
el heladero me pidió cuidar su efímero hielo.

Oh cuidar lo fugaz bajo el sol...

El hielo empezó a derretirse
bajo mi sombra, tan desesperada
como inútil.

Diluyéndose
dibujaba seres esbeltos y primordiales
que solo un instante tenían firmeza
de cristal de cuarzo
y enseguida eran formas puras
como de montaña o planeta
que se devasta.

No se puede amar lo que tan rápido fuga.
Ama rápido, me dijo el sol.
Y así aprendí, en su ardiente y perverso reino,
a cumplir con la vida:
yo soy el guardián del hielo.



GARCÍA MÁRQUEZ Y YO

El relato está narrado por el protagonista y desde la primera línea nos señala que alcanzó la gloria. ¿Realmente lo hizo? Explica tu respuesta.

¿De qué se siente orgulloso el protagonista?

El hecho de que haya corregido una obra tan importante como *Cien años de soledad* hace que su trabajo sea visto por él como más importante aún. A lo largo de los años, ¿qué costumbre adquirió cada vez que se publicaba una nueva edición de esa novela?

Copia una cita en la que quede claro que lo único que el protagonista considera importante es la corrección que hizo al autor de *Cien años de soledad*.

Explica el título del cuento.

EN EL BOSQUE

Este relato está compuesto por los testimonios de diversos protagonistas o testigos de los hechos. Como habrás notado, las versiones de los diferentes personajes son distintas. El hecho es que Takejiro, el esposo, está muerto. De acuerdo con el bandolero, él fue el que lo mató. De acuerdo con la esposa, fue ella quien le dio muerte. De acuerdo con el espíritu de Takejiro, él se suicidó. Explica quién crees que dice la verdad y por qué.

PREGUNTAS DE UN OBRERO QUE LEE

En este poema, se hace referencia a varios hechos históricos. Los libros de historia destacan las acciones de los héroes y reyes, pero la voz poética se pregunta por otros actores. ¿Qué quiere comunicar el poema al preguntar por ellos?

El poema también se refiere a la Atlántida, un continente que, según la leyenda, se hundió en el mar. Este no es un hecho histórico, pero, aun así, la voz poética afirma que los habitantes pidieron ayuda a sus esclavos. ¿Qué se quiere subrayar acerca de ellos?

Explica el título del poema.

YA PUSE ESTOS VERSOS COMO RAMAS DE OLIVO...

En este poema, la voz poética se lamenta de la muerte de su abuela, con la que en muchas ocasiones no se llevó bien. ¿Qué le prohibía su abuela cuando vivía?

Las ramas de olivo son un símbolo de paz, ¿por qué crees que la voz poética considera que estos versos a su abuela son una rama de olivo?

Observa que, en la tercera estrofa, se indica que su abuela duerme. Explica por qué dice que duerme cuando sabemos que está muerta.

La voz poética dice también que duerme con su abuela una parte de sus propios años. ¿Qué significa eso?

¿Qué significa que la voz poética le diga al final del poema que va a estar siempre a su lado?

POSESIÓN

Observa que el poema consta de una sola oración que establece una condición. Las oraciones condicionales establecen una premisa y, si esta se cumple, una consecuencia. Por ejemplo, en «si sale sol, voy al río», la premisa es «que salga el sol», la consecuencia es —si se cumple— «ir al río». Ahora relea el poema y subraya la premisa. Como verás, la premisa comenta sobre el sol y lo compara a un dios. Explica las características de ese dios.



Ahora observa la consecuencia. La voz poética dice que también es mujer. En este caso, la mujer es la receptora. Según el poema, ¿a quién recibe?

Finalmente, el poema señala que escribir versos es como un placer muy intenso. Ahora vuelve a releerlo teniendo en cuenta que el sol es en realidad la inspiración poética. ¿Crees que la inspiración es como un acto de procreación? Da tus razones.

A LA POESÍA

Observa que el poema le habla a un «tú». Ese «tú» tiene poderes especiales. Hace amanecer, hace que las estaciones se sucedan. Teniendo en cuenta el título del poema, explica quién es ese «tú».

¿Qué le pide la voz poética a la poesía?

Para la voz poética la poesía es una gema secreta que labra la paciencia de amor y su agonía. ¿Qué querrá decir con esto?

LA CAPILLA ALDEANA

Observa la forma en que está escrito este poema. Explica la relación con su título.

El poema comienza aludiendo a un ave y a una campana. ¿Qué pueden tener en común ambas?

Observa que luego crea toda una escena: la capilla es una limosnara ante la montaña, que viene a representar a la capilla, y unos castaños junto a la capilla son como mendigos que la acompañan. ¿Qué efecto crees que intenta producir la voz poética en el lector?

El acercamiento continúa y se detiene en el sacerdote. ¿Cómo lo describe?

Luego, la voz poética nos lleva al interior de la capilla. ¿Qué imágenes nos comunican que estamos dentro?

EL GUARDIÁN DEL HIELO

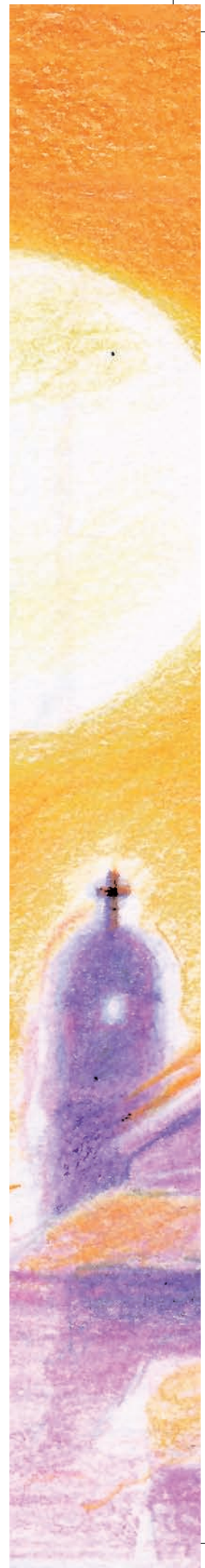
¿De qué tres coincidencias habla la primera estrofa de este poema?

¿Por qué describe al hielo como «efímero»?

¿Por qué puede ser su sombra «desesperada» e «inútil»?

La voz poética dice que no se puede amar lo que desaparece con rapidez. El sol le dice que ame rápido. Observa que el último verso da el título al poema. ¿Que termina haciendo la voz poética en su vida?

En esta sección, has leído varios poemas. ¿Cuál de ellos te gustó más? Explica tu respuesta con el mayor detalle posible.







UN ARTISTA DEL TRAPECIO

1924

FRANZ KAFKA

(checo)



Un artista del trapecio —como se sabe, este arte que se practica en lo alto de las cúpulas de los grandes circos es uno de los más difíciles entre todos los asequibles al hombre— había organizado su vida de tal manera —primero por afán profesional de perfección, después por costumbre que se había hecho tiránica —que, mientras trabajaba en la misma empresa, permanecía día y noche en el trapecio. Todas sus necesidades —por otra parte muy pequeñas— eran satisfechas por criados que se relevaban a intervalos y vigilaban debajo. Todo lo que arriba se necesitaba lo subían y bajaban en cestillos contruidos para el caso.

De esta manera de vivir no se deducían para el trapecista dificultades con el resto del mundo. Solo resultaba un poco molesto durante los demás números del programa, porque como no se podía ocultar que se había quedado allá arriba, aunque permanecía quieto, siempre alguna mirada del público se desviaba hacia él. Pero los directores se lo perdonaban, porque era un artista extraordinario, insustituible. Además, era sabido que no vivía así por capricho y que solo de aquella manera podía estar siempre entrenado y conservar la extrema perfección de su arte.

Además, allá arriba se estaba muy bien. Cuando, en los días cálidos del verano, se abrían las ventanas laterales que corrían alrededor de la cúpula y el sol y el aire irrumpían en el ámbito crepuscular del circo, era hasta bello. Su trato humano estaba muy limitado, naturalmente. Alguna vez trepaba por la cuerda de ascensión algún colega de gira, se sentaba a su lado en el trapecio, apoyado uno en la cuerda de la derecha, otro en la de la izquierda, y charlaban largamente. O bien los obreros que reparaban la techumbre cambiaban con él algunas palabras por una de las claraboyas o el electricista que comprobaba las conducciones de luz, en la galería más alta, le gritaba alguna palabra respetuosa, si bien poco comprensible.

A no ser entonces, estaba siempre solitario. Alguna vez un empleado, que erraba cansadamente a las horas de la siesta por el circo vacío, elevaba su mirada a la casi atrayente altura, donde el trapeceista descansaba o se ejercitaba en su arte sin saber que era observado.

Así hubiera podido vivir tranquilo el artista del trapecio a no ser por los inevitables viajes de lugar en lugar, que lo molestaban en sumo grado. Cierto es que el empresario cuidaba de que este sufrimiento no se prolongara innecesariamente.

El trapeceista salía para la estación en un automóvil de carreras que corría, a la madrugada, por las calles desiertas, con la velocidad máxima; demasiado lenta, sin embargo, para su nostalgia del trapecio.

En el tren, estaba dispuesto un departamento para él solo, en donde encontraba, arriba, en la redecilla de los equipajes, una sustitución mezquina —pero en algún modo equivalente— de su manera de vivir.

En el sitio de destino ya estaba enarbolado el trapecio mucho antes de su llegada, cuando todavía no se habían cerrado las tablas ni colocado las puertas. Pero para el empresario era el instante más placentero aquel en que el trapeceista apoyaba el pie en la cuerda de subida y en un santiamén se encaramaba de nuevo sobre su trapecio.

A pesar de todas estas precauciones, los viajes perturbaban gravemente los nervios del trapeceista, de modo que, por muy afortunados que fueran económicamente para el empresario, siempre le resultaban penosos.

Una vez que viajaban, el artista en la redecilla como soñando, y el empresario recostado en el rincón de la ventana, leyendo un libro, el hombre del trapecio le apostrofó suavemente. Y le dijo, mordiéndose los labios, que en lo sucesivo necesitaba para su vivir, no un trapecio, como hasta entonces, sino dos, dos trapecios, uno frente a otro.

El empresario accedió en seguida. Pero el trapeceista, como si quisiera mostrar que la aceptación del empresario no tenía más importancia que su oposición, añadió que nunca más, en ninguna ocasión, trabajaría únicamente sobre un trapecio. Parecía horrorizarse ante la idea de que pudiera acontecerle alguna vez. El empresario, deteniéndose y observando a su artista, declaró nuevamente su absoluta conformidad. Dos trapecios son mejor que uno solo. Además, los nuevos trapecios serían más variados y vistosos.

Pero el artista se echó a llorar de pronto. El empresario, profundamente conmovido, se levantó de un salto y le preguntó qué le ocurría, y como no recibiera ninguna respuesta, se subió al asiento, lo acarició y abrazó y estrechó su rostro contra el suyo, hasta sentir las lágrimas en su piel. Después de muchas preguntas y palabras cariñosas, el trapeceista exclamó, sollozando:

—Solo con una barra en las manos, ¡cómo podría yo vivir!

Entonces, ya fue muy fácil al empresario consolarle. Le prometió que en la primera estación, en la primera parada y fonda, telegrafiaría para

que instalasen el segundo trapecio, y se reprochó a sí mismo duramente la crueldad de haber dejado al artista trabajar tanto tiempo en un solo trapecio. En fin, le dio las gracias por haberle hecho observar al cabo aquella omisión imperdonable. De esta suerte, pudo el empresario tranquilizar al artista y volverse a su rincón.

En cambio, él no estaba tranquilo; con grave preocupación espiaba, a hurtadillas, por encima del libro, al trapecionista. Si semejantes pensamientos habían empezado a atormentarlo, ¿podrían ya cesar por completo? ¿No seguirían aumentando día por día? ¿No amenazarían su existencia? Y el empresario, alarmado, creyó ver en aquel sueño, aparentemente tranquilo, en que habían terminado los lloros, comenzar a dibujarse la primera arruga en la lisa frente infantil del artista del trapecio.



PARECE TAN DULCE

1994

ROSA MONTERO

(española)

Parece tan dulce y es feroz. Contemplan la sala: está llena de gente. Un tercio de esa gente, haciendo un cálculo optimista, son personas que no me quieren bien. Todos mis competidores, todos mis verdugos y todas mis víctimas. Llevo quince años en la firma, los cinco últimos como director de personal: no ha sido fácil. Pero de entre todos esos señores y señoras que me odian sé con certeza que la peor es ella. Ella es mi mayor enemigo. Estoy muy seguro de lo que digo porque la conozco bien: es mi mujer.

Y eso que están presentes los más belicosos, los más tenaces de mis adversarios: Donatella, la licenciada en Económicas con un *máster* en Harvard que entró como secretaria mía porque no encontraba trabajo con la crisis, y que un día me echó lenta y deliberadamente un *carajillo* hirviendo en los pantalones porque yo le había pedido que nos trajera unos cafés a la reunión de directores (¿y qué podía hacer yo? Yo no soy culpable de la crisis. Y en la reunión estaba el director general. Y se lo había pedido por favor). Zaldívar, que me tiranizó los seis años que fue mi jefe, firmando como suyos, sin yo saberlo, todos los informes que le hice. Contreras, que aspiraba a mi cargo y perdió la contienda, ayudado en la derrota, probablemente, por el hecho casual de que yo me hubiera hecho socio del mismo club de tenis que el director general, con quien llegué a trabar cierta amistad a golpe de raqueta (no soy un santo, pero tampoco un cerdo como Zaldívar: digamos que estoy asentado en el más común y vulgar nivel de indignidad). Pues bien, pese a estar presentes estos tres pesos pesados de la hostilidad, ella sigue siendo el mayor enemigo que tengo en esta sala y en el planeta. El hecho de estar casados solo agrava la cosa. Duermo con ella, con mi feroz enemiga, y en mis noches insomnes me parece escucharla rumiar, en el silencio de sus sueños, ocultos planes de futuras venganzas.

Parece tan dulce. Ahí está, al otro lado de la sala, apoyada en la pared con su fingida y elegante desgana de siempre, hablando con alguien a quien no conozco: mírenla, ahora se la ve bien entre la gente, las espesas aguas de

la concurrencia se han abierto un poco, creo que acaban de sacar los canapés calientes y ha habido una súbita deriva de glotones hacia la puerta. Hay que reconocer que se mantiene guapa: se toma su trabajo para ello, desde luego. Se tiñe el pelo, se da masajes, hace gimnasia todo el día (quiero decir, siempre que está en casa: es abogada y trabaja en un despacho laboralista), se llena la cara de potingues, de mascarillas horrendas, de cremas apestosas; se mete en la cama por las noches tan resbaladiza y aceitosa como un luchador de *sumo* en un campeonato. En esto compruebo una vez más que es mi enemiga y puedo medir el odio y el desapego que me tiene: tantos esfuerzos por mantenerse guapa ¿para quién? Debe de ser para Donatella, para Contreras, para Zaldívar. Para mí no es, eso está claro; a mí me ofrece la tramoya del afeitado, un gorro de plástico en el pelo, un aspecto ridículo. No sé si lo hace por sadismo: para enfrentarme con su presencia. O sí, lo que sería peor (lo que sospecho), lo hace simplemente porque no me ve, porque no me tiene en consideración, porque no existo. Muchas veces en mi vida, con diversas personas, me he sentido así, de cristal transparente; pero no estar en su mirada, en la mirada de ella, es lo más duro.

Cuando estoy es peor. A veces me echa una desapasionada ojeada y dice:

—¿Por qué no te compras el monoxinosequé ese, esa loción que se dan los hombres contra la calvicie?

O bien:

—Deberías cuidarte un poco más.

No parecen frases muy crueles, pero tendrían que oír el tono. Y la imagen de mí mismo que me ofrecen sus ojos. Estoy allí, en el fondo de las pupilas de ella, pequeñito por todas partes, más pequeñito aún de lo que sé que soy, con mi calva incipiente y mi barriga incipiente y mi derrota incipiente. Y entonces no le digo a mi mujer que llevo años frotándome la coronilla con minoxidil sin mejoría apreciable, y que en el secreto de mi cuarto de baño (tenemos dos, uno cada uno) hago abdominales, y que lo peor es que intento cuidarme y que la ruina incipiente de mi aspecto es el pobre resultado de todos mis desvelos. Para disimular, hago como que no me interesa nada mi apariencia física, como que desdeño esas banalidades. Es un viejo recurso que he usado desde la infancia: pretender que no me importa aquello en lo que he fracasado. Pero sé que mi mujer sabe mi truco. Y también sabe que yo sé que ella lo sabe. Es humillante. Mi mujer es mi mayor enemigo porque me humilla.

Quizá no es culpa suya. Quizá todo esto sea también tan duro para ella como lo es para mí. Al principio no fue así: al principio yo me miraba en ella y veía un dios. Sé que me quiso con locura. Lo sé, aunque no lo recuerdo; hoy me es tan difícil imaginarla enamorada de mí que, si no guardara todavía algunas arrebatadas cartas tuyas, y, sobre todo, si no tuviera como prueba principal el hecho inaudito de que acabó casándose conmigo, creería que todo había sido producto de mi imaginación. Recuerdo, eso sí, que un día se apagó su mirada como se apaga la luz de un reflector. Y entonces yo dejé de estar bajo los focos y ya no volví a ser jamás el protagonista de esta mala película.

Las mujeres son así. O al menos muchas mujeres, sobre todo las que son apasionadas, como ella. Son terribles porque lo quieren todo. Porque no se conforman. Porque en el fondo pretenden encontrar al Príncipe Azul. Y cuando creen haberlo hallado, se emparejan; pero al cabo de unas semanas, de unos meses, de unos años, una mañana se despiertan y descubren que, en lugar de haberse estado acostando todas esas noches con el Príncipe, en realidad lo han estado haciendo con una rana. Lo peor es que entonces desprecian a la rana y abominan de ella, en vez de aceptar las cosas tal cual son, como yo mismo he hecho. Porque también mi mujer es mitad batracia, como todos; pero a mí no me importa, incluso me gusta. A veces, por las noches, mientras ella duerme en nuestra cama común (que es un desierto), yo la vigilo agazapado en la penumbra, esperando el prodigio. Suspira ella, se agita entre sueños, unta de crema de belleza toda la almohada; yo escruto a mi mujer atentamente, la veo un poco rana, algo verdosa, me atrevo a ponerle una mano en la cintura, ella ronronea sin despertar, como si le gustase; me acerco más, me cobijo en la tibieza de su espalda como antes, palpitan los segundos en la noche, aquí estamos los dos siendo otra vez uno, compañera de charca al fin aunque sea dormida. Entonces me duermo yo también en esa postura inverosímil: y al cabo de un instante de plácida negrura alguien me sacude, me despierta. Es ella, que está erguida sobre un codo, contemplándome de cerca, la cabeza levantada como una cobra. La cobra mira a la rana y dice:

—Roncas. Ya estás roncando otra vez. Date la vuelta.

¿Por qué sigo con ella? Parece tan dulce a veces, sobre todo cuando está callada, cuando está ensimismada en otra cosa: será por eso. ¿Y ella por qué sigue conmigo? Es una pregunta que no me atrevo a contestarme. Sé que soy una decepción para ella: incluso lo soy para mí mismo. Sé que me falta pasión, vitalidad, empuje. Que no hablo apenas, que soy introvertido y aburrido. Sé que mi mujer se desespera cada vez que me ve pasar las horas delante del televisor absorto en unos programas que por otra parte aborrezco. Un día, hace ya años, era un domingo por la tarde y estábamos viendo una película en el vídeo, mi mujer bostezó, se estiró y se me quedó contemplando pensativamente:

—Quién sabe, quizá sea esto todo lo que hay —dijo con lentitud—. Es como cuando dejas de creer en Dios en la adolescencia, cuando un día te das cuenta de que no hay cielo ni hay infierno y que esto es todo lo que hay.

Dicho lo cual se levantó del sofá y se puso a hacer pesas furiosamente en un rincón de la sala: para qué, para quién. Si esto es todo lo que hay, a qué viene tanta gimnasia. Mírenla: está todavía guapa, ya lo sé. Quizá se arregle para Zaldívar. Para Contreras. Para Donatella. O quizá para ese hombre con el que lleva tanto rato hablando y que no sé quién es. Tal vez a mi mujer se le hayan vuelto a encender los faros de sus ojos y esté mirando a ese tipo con la luminosa mirada del enamoramiento, que siempre es la misma y siempre parece nueva. No quiero ni pensarlo. Antes, hace años, era celoso. Ahora tengo tantas razones para serlo que no puedo permitírmelo.

Ese estruendo que acabamos de escuchar de algo que se rompe definitivamente no fue mi corazón, contra todo pronóstico, sino que me parece que ha sido un trueno. Sí, ahora truena otra vez, y a través de las ventanas se ve un cielo tan negro como el futuro. A ella le dan miedo las tormentas. Un miedo pueril que es parte de su cuota de rana, de imperfecta. Mírenla: ya se ha puesto nerviosa. Ha vuelto la cabeza hacia los balcones, baila el peso de su cuerpo de un pie a otro, se cambia el vaso de mano. Está buscando a alguien con los ojos. A mí. No quiero ser pretencioso, pero me parece que es a mí. Sí, ya me ha visto. Me mira. Me sonrío. Es una sonrisa que nadie ve: un fruncir muy pequeñito de los labios por abajo. Solo yo sé que ella está sonriendo. Solo yo conozco esa sonrisa. Y yo le digo: «No te preocupes, ya sabes que en las ciudades siempre hay buenos pararrayos». No se lo digo con la boca, pero ella entiende igual, desde el otro lado de la sala, lo que le he dicho. Esto es lo más cerca que estamos de la eternidad y del amor.

Recuerdo momentos. Buenos momentos. Los tengo guardados en la memoria para los instantes de mayor desaliento. Recuerdo cuando enfermé de gravedad con la neumonía y ella estaba tan fresca y tan serena en el incendio de mi fiebre, sus manos arropándome, entendiéndome y perdonándome como las manos de la Providencia. Recuerdo este invierno, cuando nevó y se cortó el fluido eléctrico: a la luz de las velas nos vimos distintos e hicimos el amor como si nos deseáramos, mientras los copos se asomaban sin ruido a la ventana para mirarnos. Recuerdo las canciones que cantamos juntos en el viaje de vuelta de Barcelona, mientras conducíamos por la autopista a través de la noche; y lo que nos reímos.

Escuchad el ruido: está diluviando. Ahí fuera llueve, en la intemperie. Es una noche desabrida y cruel, una oscuridad inacabable. Ella vuelve a mirarme, en la distancia. Entre toda la gente que hay en la habitación, me mira a mí. Afuera cae del negro cielo una lluvia de desgracias y dolores, de cánceres, fracasos, soledades; de envejecimientos, de miedos y de pérdidas. Y yo aprieto los dientes y aguanto el chaparrón, y sé que quiero a mi enemiga con toda mi voluntad, con toda mi desesperación. Con lo mejor que soy y con mi cobardía.



YO VI GÜIJES

Tradición oral de Cuba
narrada por Rita Piedra

En eso de los güijes yo no creía. Un tío mío, que vivía en Camagüey, siempre me decía que por allá salían en los ríos unos negritos chiquitos que mordían y que por las mañanas se sentaban a coger sol arriba de una laja grande que había en el medio del río, que cuando veían gente se tiraban al agua enseguida.

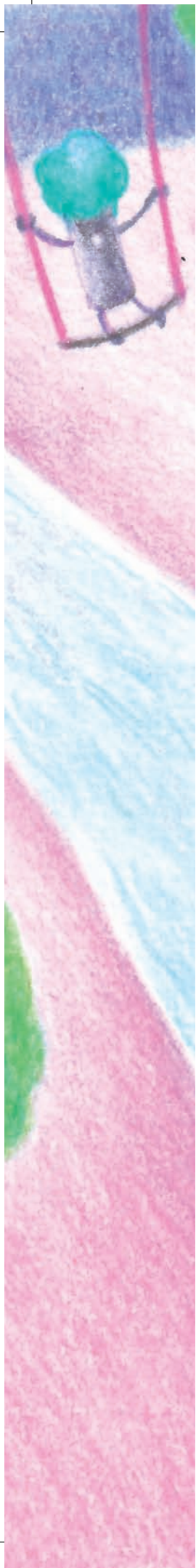
Decía que eran igual a un humano pero que en vez de pelo tenían como mazamorra verde en la cabeza.

Pero yo, Rita Piedra, a los treinta y dos años vi un güije, con mis propios ojos. Eran como las seis y media o las siete, anocheciendo. Yo venía, con mi mamá y mis hermanos chiquitos, que después que murió papá los fui a buscar para que vinieran a vivir conmigo a Cárdenas. Veníamos con todos los trastes, calderos y todo. Yo venía alante con un bulto, echando, pa pasar el puente del río San Pablo antes que el agua lo cubriera, porque había llovido en la cabecera y el río venía muy crecío.

En eso oigo una cosa que se tira de la baranda del puente pal agua y miro y veo como dos cabecitas nadando apurás. Entonces pensé: «Eso no es pescao». Y tiro una piedra y salta pa'rrriba un negrito chiquito como de seis meses y después se volvió a hundir. Mi cuñao me dijo que como el río estaba crecío el agua arrastró los güijes desde lejos, porque ellos viven en todos los ríos profundos.

También, en una casa que yo trabajé, de gente muy rica, que se fueron porque le quitaron primero ochenta caballerías, después treinta y después veintitrés y se fueron del país. Ellos eran de por allá del punto ese que nombra mucho Barbarito Diez, de Sancti-Spíritus, y la señora me contaba que por el medio de la finca, que era muy grande, pasaba un río, pero que ella no dejaba que los niños se bañaran porque salían güijes, que eran unos negritos con yerbas en vez de pelo en la cabeza.





UN ARTISTA DEL TRAPECIO

Explica, con tus propias palabras, ¿qué impulsa al trapecista a vivir en un trapecio?

¿Cómo viajaba el trapecista para reducir el sufrimiento que le causaba no estar en su trapecio?

Cuando el trapecista le pide al empresario que le ponga otro trapecio, pues uno solo ya no es suficiente, ¿qué ventaja encuentra el empresario en esta propuesta?

¿Por qué el empresario queda intranquilo luego de haber calmado al trapecista?

Si tuvieras que escribirle una moraleja a este cuento, ¿cuál sería? Léela a un amigo que lo haya leído.

PARECE TAN DULCE

Este relato es un monólogo. El esposo explica los sentimientos encontrados que despierta en él su esposa. ¿Por qué dice que ella es su enemiga?

¿Qué le exige su esposa que él no puede cumplir?

Cuando su esposa estaba enamorada de él, ¿cómo se sentía cuando lo miraba?


Al final del relato, la lluvia que cae fuera del edificio es una metáfora de la vida. ¿Qué es lo que traen tanto la vida como la lluvia?

YO VI GÜIJES

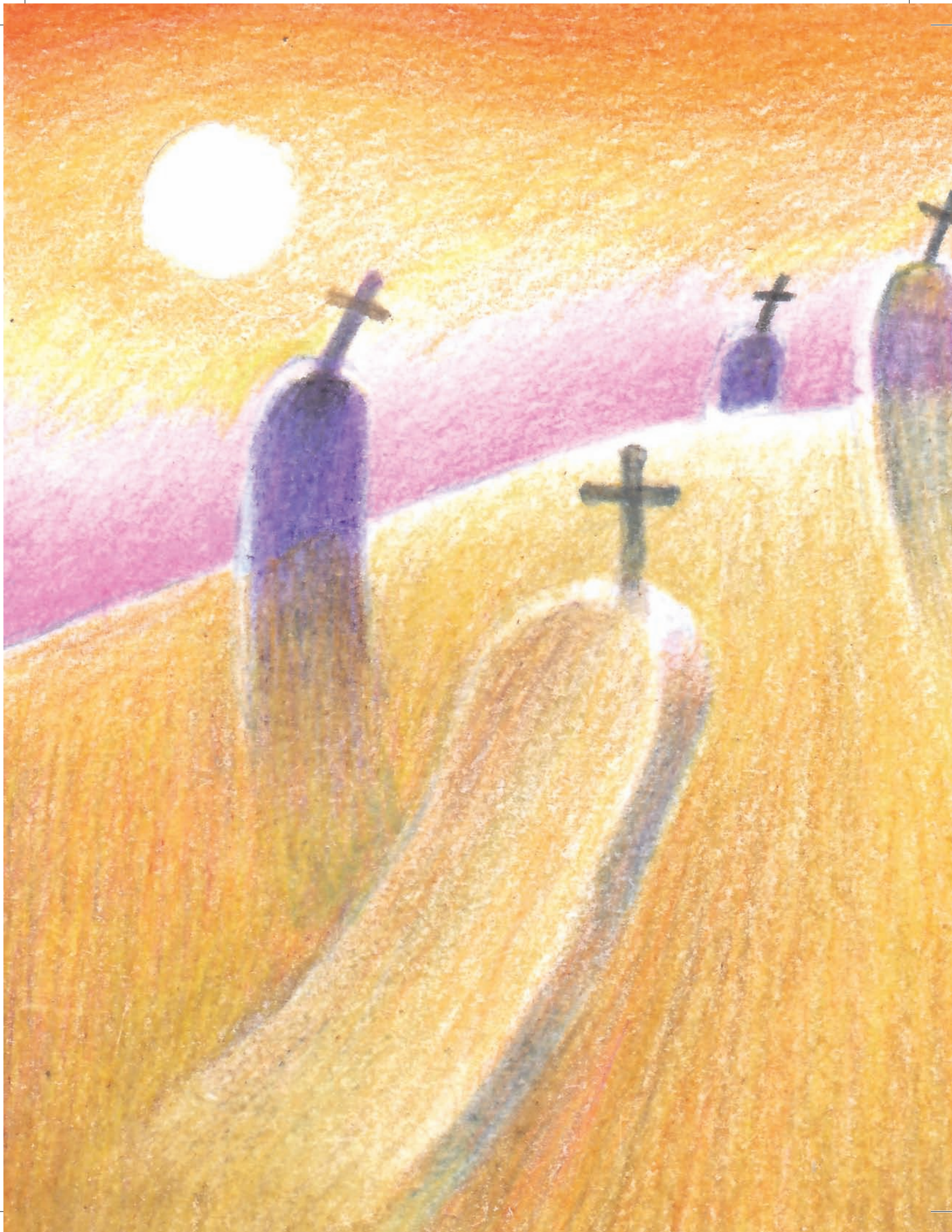
La narradora dice que ha visto güijes. Explica dónde y en qué condiciones los vio.

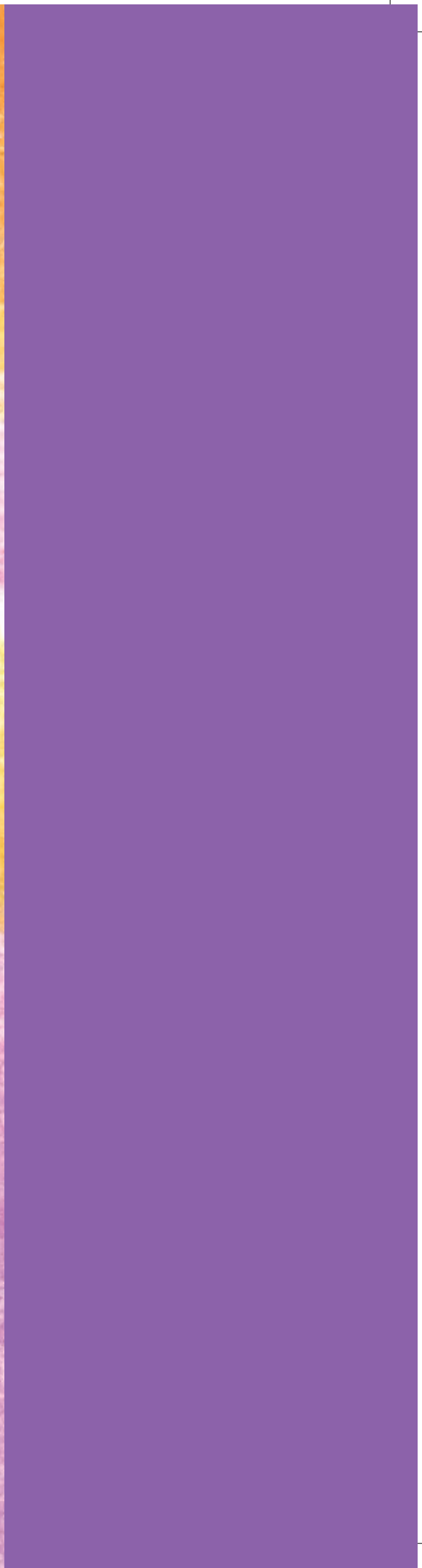
También señala que una señora adinerada para la que trabajaba prohibía a sus hijos bañarse en el río por temor a los güijes. ¿Qué es lo peligroso de ellos?

Imagina que eres un biólogo y te cuentan de la existencia de los güijes. ¿Con qué animal crees que podrías relacionar esas criaturas? ¿Cuáles serían las semejanzas y diferencias con el güije?

 «Parece tan dulce» es el monólogo del esposo acerca de su esposa. Con los datos que ofrece de ella, escribe el monólogo de la esposa.







HE DEJADO DESCANSAR TRISTEMENTE MI CABEZA...

1935

EMILIO ADOLFO WESTPHALEN

(peruano)



He dejado descansar tristemente mi cabeza
En esta sombra que cae del ruido de tus pasos
Vuelta a la otra margen
Grandiosa como la noche para negarte
He dejado mis albas y los árboles arraigados en mi garganta
He dejado hasta la estrella que corría entre mis huesos
He abandonado mi cuerpo
Como el naufragio abandona las barcas
O como la memoria al bajar las mareas
Algunos extraños sobre las playas
He abandonado mi cuerpo
Como un guante para dejar la mano libre
Si hay que estrechar la gozosa pulpa de una estrella
No me oyes más leve que las hojas
Porque me he librado de todas las ramas
Y ni el aire me encadena
Ni las aguas pueden contra mi sino
No me oyes venir más fuerte que la noche
Y las puertas que no resisten a mi soplo
Y las ciudades que callan para que no las aperciba
Y el bosque que se abre como una mañana
Que quiere estrechar el mundo entre sus brazos
Bella ave que has de caer en el paraíso
Ya los telones han caído sobre tu huida
Ya mis brazos han cerrado las murallas
Y las ramas inclinado para impedirte el paso

Corza frágil teme la tierra
Teme el ruido de tus pasos sobre mi pecho
Ya los cercos están enlazados
Ya tu frente ha de caer bajo el peso de mi ansia
Ya tus ojos han de cerrarse sobre los míos
Y tu dulzura brotarte como cuernos nuevos
Y tu bondad extenderse como la sombra que me rodea
Mi cabeza he dejado rodar
Mi corazón ha dejado caer
Ya nada me queda para estar más seguro de alcanzarte
Porque llevas prisa y tiemblas como la noche
La otra margen acaso no he de alcanzar
Ya que no tengo manos que se cojan
De lo que está acordado para el perecimiento
Ni pies que pesen sobre tanto olvido
De huesos muertos y flores muertas
La otra margen acaso no he de alcanzar
Si ya hemos leído la última hoja
Y la música ha empezado a trenzar la luz en que has de caer
Y los ríos te cierran el camino
Y las flores te llaman con mi voz
Rosa grande ya es hora de detenerte
El estío suena como un deshielo por los corazones
Y las alboradas tiemblan como los árboles al despertarse
Las salidas están guardadas
Rosa grande, ¿no has de caer?



PRIMERA MUERTE DE MARÍA

1958

JORGE EDUARDO EIELSON

(peruano)



A pesar de sus cabellos opacos, de su misteriosa delgadez,
de su tristeza áurea y definitiva como la mía,
yo adoraba a mi esposa,
alta y silenciosa como una columna de humo.

María vivía en un barrio pobre,
cubierto de deslumbrantes y altísimos planetas,
atravesado de silbidos, de extrañas pestilencias
y de perros hambrientos.
Humedecido por las lágrimas de María
todo el barrio se hundía irremediablemente en un rocío tibio.

María besaba los muros de las callejuelas
y toda la ciudad temblaba de un violento amor a Dios.
María era fea; su saliva, sagrada.

Las gentes esperaban ansiosas el día en que María,
provista de dos alas blancas,
abandonase la tierra sonriendo a los transeúntes.
Pero los zapatos rotos de María, como dos clavos milenarios,
continuaban fijos en el suelo.
Durante la espera, la muchedumbre escupía la casa,
la melancolía y la pobreza de María.

Hasta que aparecí yo como un caballo sediento y me apoderé de sus senos.
La virgen espantada derramó su leche y un río de perlas sucedió a su tristeza.

María se convirtió en mi esposa.
Algún tiempo más tarde, María caía a tierra envuelta en una llamarada.
Esposo mío —me dijo—, un hijo de tu cuerpo devora mi cuerpo.
Te ruego, señor mío, devuélveme mi perfume, mi botella de leche, mi barrio miserable.

Yo le acerqué su botella de leche y le hice beber unos sorbos redentores.
Abrí las ventanas y le devolví su perfume adorado, su barrio polvoriento.
Casi enseguida, una criatura de mirada purísima abrió sus ojos ante mí,
mientras María cerraba los suyos
cegados por un planeta de oro: la felicidad.

Yo abracé a mi hijo llorando y caí de rodillas ante el cuerpo santo
de mi esposa: apenas quedaba de él un hato de cabellos negros,
una mano fría sobre la cabeza caliente de mi hijo.
¡María, María —grité—, nada de esto es verdad, regresa a
tu barrio oscuro, a tu melancolía, vuelve a tus callejuelas
estrechas, amor mío, a tu misterio llanto de todos los días!
Pero María no respondía.

La botella de leche yacía solitaria en una esquina,
como en un cono de luz divina.
En la oscuridad circundante, toda la ciudad me reclamaba a mi hijo,
repentinamente henchida de amor a María.
Yo lo confié al abrigo y la protección de algunos bueyes,
cuyo aliento cálido me recordaba el cuerpo tibio y la impenetrable pureza de María.



EL FÉRETRO AMBULANTE¹

Tradición oral de Ayaviri

En Ayaviri, cuando las noches no eran alumbradas por lámparas y aún no se había instalado la luz eléctrica, y la luna era la única que alumbraba las calles, la gente salía solamente en las noches que había luna.

Contaban los noctámbulos que, en ese tiempo, pasadas las doce de la noche, el féretro que se guardaba en la iglesia, y que era un rústico ataúd de palos, en el que se llevaba los restos de todos los pobres que no podían costearse el cajón; ese féretro salía de noche a recorrer las calles, produciendo un ruido macabro, como de osamenta que se tumba y se levanta. Cuenta un vecino antiguo, que al tener noticia de esta leyenda, se aventuró a subir a la torre de la iglesia, para comprobar si era efectivamente cierta la historia de que el féretro salía en las noches de luna; y observó que pasadas las doce de la noche, crujió el féretro dando tumbos; y se dirigió al centro de la plaza. Movidó por el susto, el hombre tocó la campana y fue entonces cuando el féretro precipitadamente regresó a la iglesia; al poco rato nuevamente salió el féretro y avanzó hasta la esquina opuesta de la plaza; el observador tocó la campana, y el féretro nuevamente regresó al templo.

Por tercera vez volvió a salir el féretro; y entonces, el observador quiso percatarse hacia qué lugar se dirigía; y con gran asombro vio que el féretro doblaba una de las calles y entraba en la casa de una familia apellidada Bustinza; y que de esta salió conducido por cuatro hombres vestidos de negro, que llevaban cuatro velas encendidas; y traían un cadáver. El observador se retiró tembloroso y estupefacto. Y a los ocho días murió un miembro de dicha familia. Por esto ha quedado la tradición de que ocho días antes de que fallezca un vecino, el féretro se anticipa.



¹ Recogida en Ayaviri, capital de la provincia de Melgar, departamento de Puno, por Adelman Tapia Cano, alumna del tercer año de media del Colegio Nacional «Miguel Grau» de Magdalena Nueva, Lima.

EL MONJE DE LAS CATACUMBAS DE LA IGLESIA DE LA PUNTA

Tradición oral de Pomalca

Cuenta el experimentado huaquero José, que un día llegó hasta su casa un reconocido brujo a pedirle sus servicios en el oficio que él durante varios años había logrado ganarse el respeto. El trabajo consistía en entregarle una calavera para ser empleada en la mesa del brujo, pero esta no debería ser de cualquier entierro, sino de una de las tumbas que se encontraba en el sótano de la antigua iglesia colonial de La Punta. Doscientos soles fue el ofrecimiento del brujo por el cráneo. José, acostumbrado durante muchos años a este oficio, no se hizo de rogar y de inmediato aceptó la propuesta. Por la tarde cogió su mochila, su palana, su chuzo y unas cuantas hojas de coca que de inmediato echó a su boca y se dirigió a la antigua iglesia que muy bien conocía desde niño. Ingresó a ella por donde se ubicaba la puerta principal, se dirigió hacia el altar y volteando a la izquierda en el rincón, con su palana sacó un poco de tierra y adobes que apenas cubrían la entrada del sótano, bajó unas cuantas gradas y de pronto se encontró en medio de las tumbas, escogió la más cercana y con poco esfuerzo la destapó, observó dentro de ella y antes de recoger la cabeza sacó de su mochila su botella con yonque y se tomó un buen trago, retiró el cráneo del cuerpo, lo echó a su mochila, y sin buscar más en la tumba la tapó rápidamente y salió con el encargo del brujo; al día siguiente como ya estaba acordado, el brujo llegó con el dinero y José le entregó la cabeza.

A los pocos días, Carlitos, de apenas 8 años, hijo menor del huaquero, había perdido el apetito y estaba muy extraño. José llamó a su hijo para preguntarle qué le pasaba y este le dijo: «Allá en el algarrobo hay un señor que todos los días me dice “¡Quiero mi cabeza!”». Su padre en tono medio molesto le dijo: «¡Oye, qué te pasa!, no seas sonso, déjate de tonterías», y retirándose se fue a su cama a pensar y, sospechando de la cabeza que había entregado al brujo, empezó a preocuparse. Al día siguiente volvió a preguntar a su hijo por la apariencia del hombre que se le aparecía. Su hijo lo describió como un hombre con un largo vestido que le cubría

desde la cabeza hasta los pies. Él, un poco temeroso pero disimulando, le pidió que le dijera el lugar exacto y la hora que lo veía para él mismo poder comprobarlo. Y así fue, al día siguiente en el lugar y hora indicada encontró al monje parado y en postura desafiante que en tono molesto y amenazador le dijo: «¡Quiero mi cabeza!». José, bastante temeroso y confundido pensando que se trataba de su imaginación, se retiró del lugar. Ya en el interior de su casa, al ver a su hijo muy enfermo así como también a su esposa, desesperado fue al brujo a contarle lo sucedido y obligándole a devolverle la calavera le regresó los doscientos soles. El brujo, al ver la desesperación y darse cuenta del peligro de la familia de José, accedió a devolverle la calavera. José, sin decir nada, la echó rápidamente a su mochila y la misma tarde regresó a la antigua iglesia. Ingresó por una de las ventanas y bajó a las catacumbas, abrió la tumba y repuso el cráneo en su lugar, tomó un trago de yonque, le rezó un padre nuestro, le pidió perdón, tapó la tumba y regresó a su casa. En un rincón prendió unas velas pidiéndole nuevamente perdón al monje, colocó su mochila junto a la palana y el chuzo. Y desde ese día no más se apareció aquel monje, su familia sanó y él por temor cambió de casa.



HE DEJADO DESCANSAR TRISTEMENTE MI CABEZA...

Una imagen recurrente de la muerte en poesía y que viene de la mitología griega es hablar de las márgenes de un río. Para los griegos, el río Estigia separaba el mundo de los vivos del de los muertos. Relee los cuatro primeros versos del poema y explica cómo podría estar refiriéndose a la muerte.

Observa cómo compara su cuerpo con un guante (relee los versos 11, 12 y 13). Explica por qué esta comparación tiene una connotación de liberación para la voz poética.

Copia dos versos que den cuenta de la inmaterialidad de la voz poética.

El final del poema podría verse como el deseo de la voz poética por atrapar a su amada en su mundo, enlazando vida y muerte, materialidad e inmaterialidad, alma y cuerpo. ¿Qué palabras se usa para comunicar el acecho?

PRIMERA MUERTE DE MARÍA

Este poema hace referencia a un personaje bíblico. Observa cómo la describe: «María era fea; su saliva, sagrada». ¿Qué busca resaltar la voz poética con esta descripción?

Según el poema, ¿por qué muere María?

¿Qué características de santidad le atribuye la voz poética a María?

¿Qué sensación te deja el final del poema?



EL FÉRETRO AMBULANTE

¿Por qué crees que el féretro se escondía cada vez que sonaba la campana?

¿Es real lo que observa el protagonista con el féretro en la casa de los Bustinza?

Si conoces alguna leyenda que cuente algo sobrenatural relacionado con la muerte o la anticipación de hechos, redáctala.

EL MONJE DE LAS CATACUMBAS DE LA IGLESIA DE LA PUNTA

¿Qué es un huaquero?

¿Crees que el huaquero procedió correctamente al devolver la calavera a la tumba?

En muchas ocasiones, los huaqueros depredan nuestro patrimonio arqueológico. ¿Crees que esta leyenda tiene el propósito de asustar a los huaqueros? Explica tus razones.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

I. Tradiciones orales

- «El Achiqueé». [1947]. Anónimo. Tradición oral de Taricá, Áncash. En *Mitos, leyendas y cuentos peruanos*. José María Arguedas y Francisco Izquierdo Ríos (editores). Madrid: Siruela, 2009.
- «El búho que se convirtió en ser humano». Anónimo. Tradición oral chayahuita. En *Mashocoro 'sa topiso'.* *Leyendas de los chayahuita*. Lima: Instituto Lingüístico de Verano, 1996.
- «El féretro ambulante». Tradición oral de Ayaviri, Puno. En *Obra antropológica*, tomo II. José María Arguedas. Lima: Horizonte, 2012.
- «El monje de las catacumbas de la iglesia de La Punta». Anónimo. Tradición oral de Pomalca, Lambayeque. En *Revista Pomalca*. Elmer Fernández Gastelo (compilador), N.º 2, 2009.
- «La Sisimique y el hombre». Anónimo. Tradición oral de Nicaragua. En *Cuentos, leyendas y tradiciones indígenas del Caribe nicaragüense*. M. Antonio, M. Kauffmann y D. Zamora (compiladores). Managua: CRAAN, 2012.
- «Yo vi güijes». [1986]. Narrada por Rita Piedra. Tradición oral de Cuba. En *Mitología cubana*. Samuel Feijoo (compilador). La Habana: Editorial Letras Cubanas, 2007.

II. Cuentos, poemas, novelas

- AKUTAGAWA, Ryunosuke. [1922]. «En el bosque». En *El biombo del infierno y otros cuentos*. Buenos Aires: La Mandrágora, 1959.
- ALEGRÍA, Ciro. [1954]. «Calixto Garmendia». En *Novelas y Cuentos*. Lima: Pontificia Universidad Católica del Perú, 2004.
- ARGUEDAS, José María. «La agonía de Rasu-Ñiti». En *La agonía de Rasu-Ñiti*. Lima: Taller Gráfico Ícaro, 1962.
- BORGES, Jorge Luis. [1949]. «Emma Zunz». En *El Aleph*. Buenos Aires: Emecé, 2009.
- BRECHT, Bertolt. [1939]. «Preguntas de un obrero que lee». En *Kalendergeschichten*. Reinbek: Rowohlt, 1983.
- CALDERÓN DE LA BARCA, Pedro. [1636]. «Jornada primera» (fragmento). En *La vida es sueño*. Ciriaco Morón (editor). Madrid: Cátedra, 1983.
- CALVO, César. [1961]. «Venid a ver el cuarto del poeta». En *Pedestal para nadie*. Lima: Instituto Nacional de Cultura, 1975.
- CARPENTIER, Alejo. [1946]. «Los fugitivos». En *Cuentos completos*. Barcelona: Bru-guera, 1981.
- CELAYA, Gabriel. [1947]. «Posesión». En *Poesía*. Madrid: Alianza, 1994.
- CHARIARSE, Leopoldo. «A la poesía». En *Elegías*. Lima: Lluvia Editores, 1998.

- CISNEROS, Antonio. «Entonces en las aguas de Conchán». En *Crónica del niño Jesús de Chilca*. México D. F.: Premiá Editora, 1981.
- CONRAD, Joseph. [1897]. «La laguna». En *Cuentos de inquietud*. Buenos Aires: Ediciones del Sol, 1994.
- EIELSON, Jorge Eduardo. [1958]. «Primera muerte de María». En *Poesía escrita*. Marta L. Canfield (editora). Bogotá: Norma, 1998.
- FERNÁNDEZ CUBAS, Cristina. [1994]. «Ausencia». En *Cuentos de este siglo. 30 narradoras españolas contemporáneas*. Barcelona: Círculo de Lectores, 1997.
- HESSE, Hermann. [1911]. «Un hombre llamado Ziegler». En *Cuentos 2*. Madrid: Alianza, 1978.
- HUIDOBRO, Vicente. «La capilla aldeana». En *Canciones en la noche*. Santiago de Chile: Imprenta Chile, 1913.
- KAFKA, Franz. [1924]. «Un artista del trapecio». En *Relatos completos*. Buenos Aires: Losada, 1979.
- LAFORET, Carmen. [1970]. «Rosamunda». En *Cuentos de este siglo. 30 narradoras españolas contemporáneas*. Barcelona: Círculo de Lectores, 1997.
- MONTERO, Rosa. [1994]. «Parece tan dulce». En *Cuentos de este siglo. 30 narradoras españolas contemporáneas*. Barcelona: Círculo de Lectores, 1997.
- NINAPAYTA DE LA ROSA, Jorge. [1994]. «García Márquez y yo». En *Muñequita linda*. Lima: Campodónico, 2000.
- NIÑO DE GUZMÁN, Guillermo. [1981]. «Caballos de medianoche». En *Caballos de medianoche*. Lima: Seix Barral, 1984.
- POLLAROLO, Giovanna. [1992]. «Futuro anunciado». En *Entre mujeres solas*. Lima: El Santo Oficio, 1995.
- RIVERA MARTÍNEZ, Edgardo. [1982]. «Ángel de Ocongate». En *Ángel de Ocongate y otros cuentos*. Lima: Peisa, 1986.
- RULFO, Juan. [1953]. «No oyes ladrar los perros». En *Pedro Páramo y El llano en llamas*. Barcelona: Planeta, 1985.
- SILVA SANTISTEBAN, Rocío. «Maternidad». En *Condenado amor*. Lima: El Santo Oficio, 1996.
- SOCORRO, Milagros. [1990]. «Sangre en la boca». En *17 narradoras latinoamericanas*. Buenos Aires: Aique, 1996.
- TAGORE, Rabindranath. [1916]. «El cabuliwallah». En *Obras escogidas*. La Habana: Arte y Literatura, 1985.
- VERÁSTEGUI, Enrique. [1971]. «Ya puse estos versos como ramas de olivo...». En *En los extramuros del mundo*. Lima: Lluvia Editores, 1994.
- WATANABE, José. «El guardián del hielo». En *Cosas del cuerpo*. Lima: Caballo Rojo, 1999.
- WESTPHALEN, Emilio Adolfo. [1935]. «He dejado descansar tristemente mi cabeza...». En *La poesía contemporánea del Perú*. Jorge Eduardo Eielson, Sebastián Salazar Bondy y Javier Sologuren (compiladores). Edición facsimilar con estudio preliminar de Inmaculada Lergo. Lima: Biblioteca Abraham Valdelomar, 2013.